

Viví para contarlo

LUIS ALBERTO CORVALÁN CASTILLO



LUIS ALBERTO CORVALÁN CASTILLO

"Un día aparecieron tres viejos maceteros de greda en una de las ventanas de un pabellón de Chacabuco. ¿De dónde fueron sacados? ¿Qué hacían allí? La procedencia no interesaba. Allí estaban orgullosos, mostrándose como adornos.

A las pocas semanas, desde su interior, empezaron a surgir algunas débiles plantitas. No era ilusión. Era algo real. En la aridez pampina emergía vida vegetal dentro de estrechos límites circulares...

... No hubo que esperar mucho tiempo para ver cómo asomaban, en ese lugar hostil, algunos tomates, porotos y rosas. Ese breve espacio se vistió de colores. Luis Alberto cultivó con ternura su vergel."

Del libro "Contar para Saber"
MARIO BENAVENTE PAULSEN

Viví para contarlo

ISBN: 978-056-8130-11-4

Registro de Propiedad Intelectual Nº 164.648

Santiago de Chile, agosto, 2007

Diseño de portada: Pamela Flores
Diseño interior: Salgó Ltda.
Editado e impreso por Ediciones Tierra Mía Ltda.
Móvil: 9-327 1918
tierramia@adsl.tie.cl

Nota del editor

Tras las torturas sufridas durante su cautiverio, hasta mediados de 1974, Luis Alberto comprendió que le quedaba poco tiempo de vida. Decidió, entonces, emplear febrilmente cada minuto de su exilio para denunciar el infierno que vivía el pueblo chileno y las atrocidades que soportaron los presos políticos bajo la dictadura, entre los cuales se encontraba su padre, el Secretario General del Partido Comunista, Luis Corvalán Lepez.

Invitado por las organizaciones solidarias de diversos países del mundo, participó en cientos de manifestaciones, conferencias de prensa, charlas y debates en los que puso de manifiesto la solidez de sus convicciones, el espíritu unitario, la modestia y transparencia que irradiaba su personalidad.

Cuando su salud se deterioró, fue internado en un sanatorio búlgaro. Allí avanzó a raudales en este libro de testimonio y de futuro. Lo hizo desde lo más profundo de su alma, con absoluto desprendimiento de sí mismo, sabiendo que su odisea no era la de un solo individuo sino la de un pueblo y la de un continente. Sin ser escritor, este joven agrónomo logra que sus lectores, al concluir la última página, no se compadezcan de una víctima, sino admiren la dignidad con que supo enfrentar a sus miserables carceleros y a los más miserables civiles y militares responsables del régimen más antipatriótico de la historia de Chile.

No hay duda que el haber experimentado, en carne propia, situaciones tan extremas, en tan poco tiempo, significó un salto en su maduración como individuo y como militante, lo que le permitió ampliar su mirada, más allá de su protagonismo en los acontecimientos que le tocó vivir. Por eso comienza su relato remontándose a las grandes luchas democráticas de los años sesenta; continúa con una enjundiosa descripción de la desbordante alegría popular por el triunfo de Allende, en septiembre de 1970, todo ello, como antesala que otorga mayor significación al oprobio del fascismo, a la tragedia de miles y miles de sus pares en los campos de concentración y a las múltiples expresiones de la resistencia del pueblo chileno contra la dictadura cívico militar, quedando inconcluso el texto en este punto. Los editores, por tanto,

complementaron el relato con su testimonio ante la tercera reunión de la Comisión Investigadora de los Crímenes de la Junta Militar Chilena, realizada en México, y con su último discurso, pronunciado en el Festival de la Canción Política de Bulgaria, en octubre de 1975.

Esta obra irradia un optimismo histórico y una abrumadora convicción ética e ideológica. Y no es para menos. Fue escrita en 1975, año en que el pueblo vietnamita coronó, victorioso, su lucha contra la ocupación estadounidense. Fue el año en que murió el dictador español Francisco Franco y emergió la revolución de los claveles en Portugal, abriendo paso a los procesos de independencia de numerosas colonias africanas. Ello explica que, en lugar de retroceder ante la trágica encrucijada que afrontaba su país, Luis Alberto hace sentir su entusiasmo por los notables avances que, en esa época, experimentaba el movimiento socialista a escala mundial.

La fuerza de estas páginas emana, principalmente, de la cruda realidad que describe y de la humanidad esencial de sus protagonistas, lo que se ilustra, de manera conmovedora, en aquella escena en que los 156 prisioneros de un calabozo del Estadio Nacional –hambrientos, torturados, muertos de frío–, deben decidir qué destino darle a un trozo de queso que les hizo llegar un familiar. Prevaleció, entonces, el razonamiento del "tata Sánchez", el más veterano de la celda: "Propongo, no una división para quitarnos el hambre, sino una unión para sobrevivir y resistir... Propongo que lo dividamos en 156 partes iguales... Es cierto que no nos quitará el hambre, pero nos dará las fuerzas para aguantar de pie y seguir luchando"...

Esta obra fue publicada por primera vez el año 1976, en Bulgaria, bajo el título "ESCRIBO SOBRE EL DOLOR Y LA ESPERANZA DE MIS HERMANOS", con un prólogo de Gladys Marín. Más tarde, aparecerán nuevas ediciones en México, Unión Soviética, República Democrática Alemana, Bulgaria, Checoeslovaquia y también en Chile, circuló una edición clandestina de Ediciones Amaranto, en 1980.

Tenemos el orgullo de reeditar este mensaje de heroísmo, dignidad, alegría y esperanza, escrito hace más de 30 años por un joven del siglo veinte que ofrendó su vida por hacer más plena y más libre la vida de los jóvenes en el siglo 21.

GUSTAVO RUZ ZAÑARTU
Santiago de Chile, agosto 2007

Prólogo de Gladys Marín

Queremos que el mundo conozca un libro escrito por un joven chileno. Se llamaba Luis Alberto Corvalán Castillo. Este joven, hijo de una familia comunista, selló desde niño su compromiso para luchar en nuestra patria por la felicidad del hombre. Ingresó en 1961 en las filas de las Juventudes Comunistas de Chile. Estudió Ingeniería Agraria Como experto agrícola ocupó cargos de responsabilidad durante el gobierno del pueblo presidido por el compañero Salvador Allende. Pocos días después del sangriento golpe militar fue hecho prisionero. En los campos de concentración fascista fue torturado de la manera más brutal. En esos mismos días su esposa Ruth fue detenida, quedando abandonado el hijo del matrimonio, Diego, que contaba entonces ocho meses. El pequeño salvó su vida gracias a la solidaridad del pueblo que lo protegió. El padre de Luis Alberto, Luis Corvalán, Secretario General del Partido Comunista de Chile, continúa encarcelado. Su vida está en constante peligro. A las hermanas de Luis Alberto las autoridades militares les han prohibido continuar sus estudios y a la madre, le han negado el derecho de trabajar para mantener a la familia.

El autor de este libro, impedido de permanecer en Chile, su patria, vivía en Bulgaria. Perfeccionaba sus estudios en el terreno de la economía agrícola. A sus estudios sumaba su incesante peregrinar denunciando al mundo los crímenes que los fascistas cometen en Chile y llevando ante la humanidad el mensaje de combate de su pueblo.

Para hacer llegar más lejos su voz de denuncia y de combate, trabajaba en un libro. Su libro quedó sin terminar. La muerte cegó su joven vida. Su corazón fue menos fuerte que sus ideas de patriota y de comunista. Y cedió ante tantos castigos recibidos, ante tantos dolores y sufrimientos acumulados.

Su libro inconcluso nos muestra con extraordinaria sencillez algo de lo que fue su vida. Pero su libro no fue sólo su vida, sino que es la de toda su generación que, en nuestra patria, a temprana edad, aprendió a combatir. Una generación que descubrió que su camino estaba junto al camino de la clase obrera chilena en la lucha por la conquista de la felicidad del pueblo, en la lucha por la revolución, por la construcción del socialismo y del comunismo en Chile.

Es la vida de una generación que, decimos con orgullo, supo aprender las mejores lecciones de la clase obrera chilena y de su partido de vanguardia, el Partido Comunista. Una generación que hizo suya la modestia de sus mayores y que supo comprender el valor inmenso de cada uno de los mil combates que conforman el torrente de la revolución. Una generación que aprendió el valor de la unidad frente al enemigo común. Alberto es parte indestructible de una generación que aprendió a amar entrañablemente a su patria, pero que también vio claro que nuestra lucha está indisolublemente vinculada al destino de otros pueblos. Es parte de una generación que siente una profunda admiración y cariño por la patria de Lenin y por todos los países que avanzan por la senda del socialismo.

Es parte, también, de la joven generación latinoamericana que vio acrecentadas sus esperanzas de victoria con el triunfo de la revolución cubana y que encontró nuevas fuerzas para combatir en el ejemplo de lucha del heroico pueblo vietnamita.

Alberto Corvalán es símbolo de los cientos de miles de jóvenes chilenos que en 1970 se entregaron con pasión revolucionaria al combate junto a la clase obrera, a fin de conquistar un gobierno para el pueblo de Chile. Es símbolo de todos aquellos que vieron interpretados sus más caros anhelos por el gobierno presidido por Salvador Allende. De los que entregaron sus esfuerzos para el éxito de la tarea emprendida. De los que le robaban las horas al descanso para entregarlas al trabajo voluntario. De los que le ponían el hombro a la patria, librando, minuto a minuto, la ba-

talla por la producción. Es símbolo de los miles de jóvenes chilenos que recorrieron los caminos de la patria llevando la música, la pintura, la creación artística a nutrirse con la sabia fresca en fábricas, en minas y en el campo. Alberto es símbolo de los miles de jóvenes que se jugaron la vida en la defensa del camino elegido.

El autor de nuestro libro también es parte de la joven generación a la que se asesina y encarcela, a la que el fascismo niega el derecho al estudio, a la que expulsa de liceos y universidades. A la que se le niega el derecho al trabajo, al pan, al deporte, al descanso y a la cultura. Es parte de la nueva generación chilena a la que el fascismo le pretende arrancar el derecho al amor y a la vida.

Pero Alberto Corvalán es símbolo de aquellos millones de jóvenes chilenos que están dispuestos a vencer las dificultades. De los que no permiten que el tiempo pase en vano, de los que aún desde las cárceles combaten por la vida.

Alberto es símbolo de millones de jóvenes que luchan hoy en Chile, junto al pueblo, para eliminar para siempre al fascismo de nuestra patria. Es símbolo de aquellos que en la fábrica, en la mina, en el campo, en la escuela o en la población libran mil combates para poner fin a la dictadura. De los que arriesgan su vida en la agitación y la propaganda clandestinas. De los jóvenes que unen sus voces, que suman sus voluntades para construir el ancho Frente antifascista que abrirá el camino de la victoria.

Esta es la vida de Luis Alberto Corvalán Castillo, reflejada en estas páginas. La vida de una generación que hoy está dispuesta, cualquiera que sean las dificultades, a cumplir cabalmente con su deber.

Toda su vida fue una muestra cristalina de haber sido un digno hijo del pueblo chileno, de nuestra clase obrera, del Partido Comunista de Chile y su destacamento juvenil, las juventudes comunistas de Chile. Toda su vida fue fiel a las enseñanzas de su padre, Luis Corvalán, y de su madre, Lily Castillo. Este libro

quedó inconcluso como inconclusa quedó su vida. El mundo entero conoce a los culpables de su muerte. En estas páginas Luis Alberto denuncia con crudeza a sus verdugos. Nos dice: "Las heridas de las primeras palizas, que jamás cicatrizaron, fueron una puñalada al corazón para desangrarlo".

Su muerte nos ha causado un dolor infinito, no sólo a los jóvenes chilenos, a nuestro pueblo, sino a toda la humanidad progresista.

Pero la vida de Alberto y su muerte injusta nos impulsan a redoblar nuestra lucha por la causa de la libertad de nuestra patria por la que él murió.

Porque conocemos el combate de nuestro pueblo, porque sabemos que junto a nosotros está toda la humanidad progresista, albergamos el mismo optimismo y la misma confianza en la victoria que tuvo Luis Alberto, aun en los momentos más difíciles.

Alberto ha muerto. Pero sigue combatiendo junto a nosotros, en la primera línea de fuego. Ni la muerte podrá acallar su voz.

Por eso, el día del triunfo, cuando el pueblo recorra nuevamente con banderas rojas las alamedas de la patria, Alberto estará como siempre, junto a nosotros. Su vida florecerá en la libertad de Chile.

GLADYS MARÍN,
Secretaria General
de las Juventudes Comunistas de Chile.
México, junio 1977.

Palabras arrancadas al recuerdo

Anda por ahí el corazón de Corvalán. El corazón generoso de Luis Alberto Corvalán. Son hoy unas páginas estremecedoras que cuentan muchos sueños, infinitas luchas, horrendas experiencias; todo un cúmulo de vivencias de una breve pero hermosa existencia.

Vi nacer el libro de Luis Alberto, página a página. Lo escribió en un suspiro. Quizá el mismo que tan joven lo llevó a la muerte. Todo su tiempo era redondo cada día: luchaba, estudiaba, escribía, organizaba, iba de un lugar a otro llevando la palabra, combatiendo, amando, impregnándose de la vida necesaria, para volver, una vez más, a la lucha, al estudio, al amor, a la escritura, a la esperanza.

Pocos días después que se fue Luis Alberto, se llevaron aquellas hojas a otro lugar que yo ignoré entonces, hasta que las ví, tiempo más tarde, convertidas en un impactante libro.

"Cuando termine de escribirlo –me había dicho–, me gustaría que le echaras una leidita". Pero aquellas páginas, a medio andar, y tal como él las dejó, no las pude ver, sino mucho después en ese libro editado en México.

Lo allí escrito me impresionó profundamente. Era Luis Alberto en persona que me hablaba –que nos hablaba–, desde la distancia insalvable. La vida de mi gran amigo estaba allí, y tal como él había sido exactamente. Alegre, pese al dolor; esperanzado, pese a la derrota transitoria.

En todos los largos años de la dictadura, y en la etapa siguiente, se han escrito muchos libros sobre los horrores de aquel período siniestro. La mayoría de ellos corresponden a testimonios personales, aunque otros han surgido de entrevistas o de relatos hechos por terceras personas. Allí encontramos esas experiencias traumáticas nacidas en las salas de tortura, en las cárceles,

en los campos de concentración, en los recintos militares, en los buques de guerra. Y los hay también, aquellos que relatan la actividad clandestina de los combatientes, la lucha armada, en fin, tantas facetas de los combates del pueblo por zafarse de la oprobiosa tiranía y retornar a la anhelada democracia. Este es uno de aquellos libros: con los objetivos que Luis Alberto Corvalán había querido: testimonial, de denuncia, de combate, con todos los ingredientes de un documento escrito al poco tiempo de salir de un campo de concentración, ya en el exilio, y mientras su padre sufría los rigores de un campo de confinamiento en la Isla Dawson y luego del de Ritoque.

Pero, lo que nunca pensó Luis Alberto, ni estuvo quizá en su interés, fue el que este libro tendría otros atributos. Al poco andar, mucha gente de letras vio con sorpresa cómo estas páginas escritas por un joven agrónomo mostraba un estilo límpido, de muy buen lenguaje, con una narración que absorbía la atención del lector; fuerte en la denuncia; sarcástico al mostrar la pequeñez y miseria humana de esos oficiales del fascismo, dueños del mundo y de la vida; y profundo y emotivo, para describir el alma de esos compañeros suyos, hijos del pueblo –el Tata Sánchez, Filistoque, Samuel Riquelme–, como sólo lo pueden hacer aquellos escritores de mucho oficio y superior talento.

Tal vez yo mismo, al leer por primera vez este libro, no vi sino la denuncia, sólo oí el llamado a la lucha; me quedé en el sentido testimonial del texto. Pero, en esta relectura, a treinta años de distancia, el libro surge como una nueva realidad: es historia viva, es la reconstrucción de un mundo que hace rato se fue, si bien está presente en el corazón de los chilenos. Es también un mandato al pueblo y a las instituciones, para que muchas de las cosas de las que allí nos muestra Luis Alberto, la tortura, el asesinato por ideas, no vuelvan a suceder en Chile, sean interdictas para siempre; y que sólo permanezcan, en el alma de la gente, la verdad, la justicia social, la fraternidad, el amor, el derecho a la libertad y a ser felices.

Por edad, Luis Alberto era algo así como mi hermano menor; pero, en muchos momentos, era mi hermano mayor. Era un joven de sorprendente inteligencia y sabiduría. Compartimos mucho con él, con su esposa Ruth, con su hijo Diego. Hasta fuimos compañeros en el Instituto de Idiomas mientras estudiábamos la lengua búlgara. Vivíamos cada día intensamente, siempre mirando a Chile. Yo era, por aquel entonces, Secretario General del Comité Chileno Antifascista de Bulgaria, del cual era Presidente mi entrañable amigo Julio Alegría Alfaro, ex Embajador de Chile en ese país. Y Luis Alberto, estaba presente en cada jornada, en cada actividad nuestra, aunque a él lo solicitaban los jóvenes de todos los lugares del mundo: Africa, América Latina, Europa, de los llamados países del mundo socialista. Querían escuchar de él sus experiencias, las mismas que quedarían plasmadas en su libro, y deseaban a su vez, entregarles la solidaridad de sus pueblos. Y en aquellos andares, pese a la preocupación de sus camaradas, de los médicos, para que atendiese sus heridas, Luis Alberto no quiso perder un minuto en algo que no fuese el objetivo central de su vida en ese momento: derribar la dictadura militar encabezada por Pinochet, una de la más siniestras y criminales de la época moderna en todo el mundo. Y fue así que él, como muchos otros de sus compatriotas, cayó en la lucha combatiendo, con lo que eran sus armas por aquellos días, con la denuncia implacable, al igual como lo habían sido, durante la campaña de Salvador Allende, las brochas y la pintura de las "Brigadas Ramona Parra".

No es posible dejar en una líneas preliminares todos los sentimientos que están guardados en mí de lo que fue mi inolvidable amigo y camarada Luis Alberto Corvalán. Es posible que algún día, escriba algún otro texto, pero, lo más importante es que sean muchos los chilenos, sobre todo los jóvenes, los que lleguen a conocer las páginas de este libro, para que vean que, pese a todos los contratiempos, ***la vida es bella***, que la esperanza no debe morir; que el futuro, no es un hecho fortuito, sino que se

puede y debe construir, y que, sobre el dolor y los horrores, es posible esbozar una sonrisa, porque el corazón de los humanos, al igual que el hermoso corazón de Corvalán, nunca ha dejado ni debe dejar de sonreír.

EULOGIO SUÁREZ

AMANECER VENCEREMOS

Con Ernesto nos habíamos hermanado en mil combates. En las filas del pueblo habíamos crecido, en sus luchas habíamos forjado la esperanza en el mañana mejor. Su llegada nos traía el ímpetu de la resistencia, la esperanza y el sudor de ese ejército que crece y se multiplica en las sombras. Nos traía la imagen de la lucha general del pueblo, de ese heroico pueblo que, desafiando la muerte, está combatiendo. Pero Ernesto nos traía también el recuerdo combativo de un camino de victoria, hecho de estudiantes, de juventud, de campesinos, y obreros. Hecho de unidad y de pueblo.

Esa noche compartimos, como antes, un mismo techo. Cuando nos venció el cansancio nos tiramos al suelo bajo un par de mantas. Volvía a mi mente el reposo del guerrero. En el cielo aparecían los recuerdos de tantas luchas en que nos habíamos hermanado y las certezas del futuro.

Habíamos cuestionado al rector y a todas las autoridades universitarias. Como un reguero de pólvora nació el Movimiento de Reforma, el año 68, en todas las universidades. Los estudiantes habíamos tomado la casa central y todas las facultades, junto a los académicos progresistas y al personal de servicio. Levantamos la consigna de democratizar la universidad, transformar los planes y programas de estudio, establecer un cogobierno que diera participación a todos los maestros y estudiantes en la dirección de la universidad y en cada una de las facultades. Aspirábamos a poner la universidad al servicio de Chile, a abrir sus puertas a los hijos de los obreros y campesinos, a definir la docencia y la investigación en función de los intereses del pueblo y no de la burguesía, que pretendía mantener una universidad tecnocrática y profesionalizante que, a la vez, la ayudara a defender sus intereses y privilegios y, con ello, perpetuar la explotación, la miseria y el hambre.

Ernesto estudiaba Veterinaria y yo Agronomía, en facultades diferentes pero de una misma Universidad. El era "jefe de toma"[1] en su escuela y yo en la mía. Quedaban a escasos metros de distancia en el interior de un mismo parque. Ambas producían profesionales para un mismo destino: el campo chileno. Pero, edificios vecinos, vivían separadas, aisladas una de la otra. Era la compartimentación ordenada por la burguesía. Veterinarios y agrónomos trabajaríamos en el mismo problema: el ancho, el extenso, el atrasado, abandonado y mal explotado campo chileno, pero estudiábamos las materias separadas, un detalle del problema cada uno, nunca su verdadera dimensión y significado. Era peligroso. Podrían surgir quienes hablaran de innovación y los cambios no son del gusto de la burguesía. Pero con Ernesto militábamos con los rebeldes y aspirábamos a poner la universidad al servicio del pueblo. Por eso una noche nos pusimos de acuerdo para celebrar juntos la asamblea del día siguiente.

En la mañana temprano, como ya era costumbre desde hacía meses, iniciamos el día con un mitin general. Más tarde se iniciaría el trabajo de comisiones en diferentes aulas. El auditorio estaba lleno. Entrelazados se hallaban académicos, estudiantes y el personal de servicios de ambas facultades. En medio de la bulla y del ajetreo de la convulsionada Universidad comenzó el debate. Después de la intervención de uno de los pocos y más reaccionarios adeptos al Rector, tomó la palabra uno de los dirigentes de los rebeldes quién habló en nombre del Movimiento de la Reforma. Con Ernesto estábamos sentados en el suelo, a un costado del escenario, alegres por esta primera asamblea conjunta. Un compañero de su escuela viene a avisarle que le necesitan en la puerta. Sale y a los minutos vuelve a buscarme. Es una delegación de estudiantes de la Universidad Técnica. Viene a invitarnos a una marcha hacia el centro de la ciudad.

---

1 Estudiante que dirigía la ocupación por sus compañeros de una escuela o facultad, a fin de presionar a los gobiernos anteriores al de la Unidad Popular a favor de la Reforma Universitaria.

Ellos son la vanguardia de la Reforma. Ya han democratizado su universidad. Ahora luchan por más presupuesto para ellos y para todas las universidades. Intercambiamos opiniones. El problema es común a todos. Quedamos de acuerdo de que se sumen a nuestro mitin para, al final, dar cuenta del problema y proponer en la Asamblea la acción de sumar nuestras fuerzas por el presupuesto.

Volvemos al mitin, el dirigente de los rebeldes está finalizando su discurso: "Sí, compañeros. Nosotros también queremos una universidad que prepare buenos ingenieros, los mejores, capaces de construir puentes que soporten trenes y camiones. Pero, además, queremos que los ingenieros sepan construir puentes anchos y sólidos, puentes por los cuales marche la clase obrera a paso firme hacia una sociedad más justa..."

Esa mañana no hubo trabajo de comisiones. Los destacamentos ya unidos de ambas Facultades nos sumamos a la columna que, a mediodía, partió desde la Universidad Técnica del Estado. Encabezaba la marcha el rector Enrique Kirberg. Era el primer rector elegido por toda la comunidad universitaria. Por el camino se iban sumando otras universidades; también los secundarios han adherido su fuerza a esta lucha general. Conquistamos la calle desplazando a todos los vehículos. Crece rojo el bosque de banderas. "Más presupuestos para la Universidad" dice el cartel que encabeza la marcha; "Cogobierno Universitario" dice el nuestro en medio de la columna; "Universidad para todos" reclama el estandarte de los secundarios. Hemos irrumpido en el centro de la ciudad. Truenan las consignas por entre los edificios. Se abren las ventanas y se ven pañuelos blancos que saludan el paso de los estudiantes. Nuestra lucha justa forma parte de la lucha general del pueblo. Somos miles, miles que reclaman educación para todos, miles que reclaman presupuesto, cogobierno y universidades para Chile.

Somos miles que forman millones. Sí, porque nuestra lucha no es un hecho aislado. Forma parte del ascenso combativo del

pueblo por conquistar una vida mejor. Así lo hemos comprendido con Ernesto en cada uno de los jueves proletarios del cinturón industrial de la periferia de Santiago. Casi todos los sindicatos han presentado pliegos de peticiones. Muchos de ellos han declarado la huelga. Nosotros vamos para llevar la solidaridad de los estudiantes y tratar de ayudar en algo, pero más que nada, a aprender. Los sueldos son miserables y en muchas industrias las condiciones son inhumanas. Hay obreros que van a cumplir los cien días de huelga. Tienen tomada la industria y han colocado grandes carteles a la entrada. En una aparece un viejo pelado y guatón colgado en una horca. En el cartel está escrito con faltas de ortografía: "vasta de hambre", "avajo el patrón". A la entrada del barrio industrial otra consigna decía: "Cuidado... Peligro... Zona de pulpos".

En Chile se viven horas de aguda confrontación de clases. La rebeldía estalla por todas partes. En las universidades nosotros luchamos por la Reforma; en las industrias, los obreros por salarios justos; en el campo, los campesinos se organizan y luchan por la tierra. Las familias sin casa también se organizan y se toman los terrenos baldíos para levantar aunque sea un provisorio techo. La crisis es general. El Gobierno no resuelve nada, nada que no sea en favor de los ricos. En la industria, en el campo, en la población, en la universidad y en la calle, se está hablando de la necesidad de cambios, cambios profundos que saquen a Chile del atraso y la miseria. En todas partes se está forjando la unidad, la unidad de las fuerzas del pueblo, la "Unidad Popular para conquistar un gobierno popular". Por la construcción de este amanecer vamos, con Ernesto, a las industrias, a las poblaciones y al campo. Vamos como militantes de la juventud luchadora a forjar la unidad que conquistará el luminoso amanecer de Chile. La unidad del pueblo se está amasando en la "olla común" que levantan los obreros del barrio industrial. Allí llega la solidaridad de los estudiantes y de los pequeños comerciantes. Allí se leen las declaraciones de apoyo que envían los sindicatos de

la construcción, los metalúrgicos, los ferroviarios y los mineros. También en el campo se masifica la lucha por la unidad del pueblo. Allí está, intransigentemente en pie, la huelga campesina del fundo Santa María de Longotoma y la ocupación de sus antiguas tierras por parte de los mapuches de Arauco. Con palas, horquillas y trabucos españoles conquistados por sus antepasados, han echado abajo las cercas del latifundio para clavar en la verde tierra mil banderas chilenas. En las ciudades también se clavan banderas. Las del pueblo que no tiene casa ni techo y que se trenza con la policía, respondiendo con piedras a las balas, pagando con sangre el terreno recién ocupado. La lucha crece y el amanecer se acerca. Por eso hoy marchamos con Ernesto seguros que nuestra acción ayudará a parir el luminoso amanecer de Chile.

Militamos en las filas del pueblo. Y los pueblos tienen un enemigo común. Por eso ahora marchamos por Viet-Nam. La joven columna ha partido desde Valparaíso. En tres días llegará a Santiago. Jóvenes comunistas, socialistas, del Mapu, radicales y demócratas cristianos, expresamos así la condena de la juventud de Chile a la agresión imperialista en Viet-Nam. Encabezaban la columna jóvenes mineros del carbón. Marchan con sus cascos ennegrecidos en el socavón. También marchan jóvenes campesinos de espalda prematuramente encorvada por el azadón, empuñado de sol a sol. Los estudiantes cerramos la columna joven. Vamos cruzando puentes, valles y montañas, vamos de pueblo en pueblo. Cada aldea un mitin sobre una improvisada tribuna; se habla sobre Viet-Nam, se condena el genocidio, se denuncia al imperialismo, a ese mismo imperialismo que nos tiene a los chilenos sumidos en el atraso y la miseria. Se llama a la unidad para defender a Viet-Nam y para defender a Chile. Se llama a la Unidad para conquistar un gobierno del pueblo. En cada aldea nos esperan naranjas, empanadas, un mitin y el cariño popular. Con nosotros también marchan muchachas, en cada ciudad más y más se nos unen. Pero hay alguien a quien no podemos olvidar.

Se nos unió desde los primeros pasos a las orillas del mar, en la arena de Valparaíso. Es una heroína del pueblo asesinada en combate durante una manifestación popular de 1946. Ha venido a nacer de nuevo para entregar otra vez juventud por un nuevo amanecer para Chile. En cada peñasco del cerro, en cada baranda de un puente, en cada muralla de la ciudad, ha escrito con letras cada vez más grandes "VIET-NAM VENCERÁ" BRP (Brigada Ramona Parra). Así vino Ramona Parra y se convirtió en brigada. Marchando y rayando por Viet-Nam comenzó a realizar sus esperanzas y sus sueños. Así nació la Brigada Ramona Parra.

Ahora no podrán matarla. Son muchos los corazones jóvenes que quieren llevar su nombre, muchas las manos que la unen a la esperanza del pueblo, convertida en consigna escrita sobre los muros. Ha nacido para volver a vivir en la lucha de la juventud chilena, junto a los pobres, junto a los campesinos y a los obreros, junto a las fuerzas organizadas del pueblo. La marcha por Viet-Nam ha llegado a Santiago. La lucha sigue adelante y también Ramona Parra. Los partidos populares se han unido en un solo frente. Han proclamado un programa y un candidato común. Es SALVADOR ALLENDE líder de los pobres de Chile.

Todas las luchas, la de los estudiantes por la Reforma Universitaria, la de los obreros por los salarios justos, la de los campesinos por la tierra, la de los sin casa por vivienda, se unen y crecen en la lucha de la Unidad Popular por conquistar el Gobierno Popular. A todos los une el nombre de Salvador Allende. A todos los une un programa popular. El programa representa el primer y más importante esfuerzo de superar el agotamiento de un sistema capitalista que desde hace muchas décadas venía mostrando su incapacidad para resolver los problemas fundamentales de Chile y mantenía al pueblo en el atraso y la miseria. El Programa proponía cambios sustanciales que apuntaban a la liberación económica nacional, mediante la nacionalización de los recursos básicos del país y la estatización de las empresas esenciales para su desarrollo; la erradicación definitiva del

latifundio a través de la Reforma Agraria, de sustitución del dominio, de los grandes monopolios privados en las esferas de la producción, la distribución y las finanzas, por la propiedad y control social en empresas importantes de la Nueva Area Social, con participación activa de los trabajadores en su conducción. En suma: un programa antiimperialista y anticapitalista que abriera paso a una transformación socialista del país.

Teníamos un Programa y un candidato. La lucha electoral era encarnizada. El imperialismo y la burguesía se daban cuenta que el pueblo unido era capaz de vencer y por ello se jugaban enteros. El imperialismo puso todos sus dólares, agentes y espías. Pero el pueblo iba creciendo, la unidad ensanchándose y el amanecer acercándose. Los candidatos adversarios comienzan a desplegar una campaña propagandista millonaria, de proporciones gigantescas en su anticomunismo, sus mentiras y sus carteles. Con Ernesto somos llamados a la brigada, con la misión de aprender el trabajo y más tarde crear las propias en la Universidad. Era necesario contrarrestar la propaganda del enemigo.

Ingresamos en la Brigada Ramona Parra, la que naciera en la marcha de Valparaíso-Santiago por Viet-Nam heroico. La brigada tenía un viejo y destartalado camión, tarros, brochas y pinturas salidos de los bolsillos del pueblo. Por uniforme tenía un overol verde oliva donado por el sindicato obrero de la Planta Fiat.

Los recursos eran escasos pero teníamos lo que nunca tuvieron los propagandistas a sueldo de la burguesía: audacia, juventud y coraje. Para sortear a la policía pintábamos a pleno día en el centro de la ciudad, protegidos por los autos y los transeúntes. Nos esfumábamos en un abrir y cerrar de ojos, cuando aparecían los carabineros que con bastón en mano trataban inútilmente de arrestarnos. La brigada había desarrollado una alta y revolucionaria técnica. Éramos un grupo no superior a 25 brigadistas. Los mejores y más rápidos para dibujar los contornos de las letras se llamaban trazadores y eran los primeros en

atacar el muro. Inmediatamente que aparecía la primera letra, se lanzaba al ataque el resto de la Brigada que cumplía la misión de rellenar las letras y pintar el fondo. Todo este trabajo era simultáneo. Al tiempo que aparecían las letras se pintaba al unísono la letra y el fondo usando diferentes colores. Pronto la rapidez pasó a ser nuestra mejor defensa ante la policía. Los trazadores, de una mirada, decidían la consigna adecuada para la dimensión del muro. Entonces partía uno de cada extremo y trazando las letras uno hacía adelante y el otro en sentido inverso se juntaban matemáticamente al centro. De este modo los "rellenadores" repartidos también en los grupos atacaban el muro simultáneamente por las dos puntas. Así lográbamos pintar en el muro de dos metros de alto por treinta de largo la consigna "CON ALLENDE VENCEREMOS", en dos minutos y medio. Pronto también nos ganamos el odio de la burguesía y de sus propagandistas y matones a sueldo.

Era de madrugada y andábamos pintando por Allende y las esperanzas del pueblo. De improviso y a quemarropa están disparándonos desde varias direcciones. Nuestro jefe da la orden de retirada inmediata. Sin dejar abandonados los preciados tarros y las escasas brochas nos lanzamos en carrera hacia nuestro camión, distante a unos cincuenta metros de nosotros. Los hombres tratando de proteger con el cuerpo a nuestras valerosas muchachas brigadistas, alcanzamos por fin el camión en medio de una lluvia de balas y piedras, lanzando los tarros y las brochas arriba. Sin importar cuidar la pintura, vamos apoyándonos unos a otros al trepar al camión. El cerco de los agresores va estrechándose y el camión no arranca. En eso vemos que a nuestro chofer le encañonan la cabeza por la ventanilla del conductor. Entonces es cuando Ernesto trepa en la baranda y armado de un tarro de pintura en polvo le da un feroz tarrazo al mercenario agresor y lo tumba al pavimento. Al verse libre, el chofer hace arrancar el motor y emprendemos la retirada en medio de las piedras y las balas. De pronto aparece una camioneta de nues-

tros perseguidores colocándose tras nuestro camión y disparándonos. Desde la ventanilla del copiloto aparece una metralleta vomitando mortífero fuego. Surgió una muchacha que tomaba una piedra grande de las caídas a la plataforma del camión, la lanza con toda su fuerza al parabrisas de la camioneta mercenaria. Se rompe en mil pedazos, comienza el vehículo a zigzaguear para finalmente estrellarse contra un poste del alumbrado, quedando fuera de combate. Enfilamos por una arteria principal ya liberados de los matones y sus balas. Recién nos damos cuenta que nuestro jefe va derramando sangre profusamente por la cabeza.

Entrenados y bautizados en la Brigada Central, volvemos a la Universidad para crear ahí nuevas brigadas Ramona Parra. El ejemplo de las BRP se ha comenzado a multiplicar en todas las provincias y en todos los destacamentos juveniles. La Juventud Socialista ha creado una brigada hermana, audaz y heroica, la brigada Elmo Catalán. La juventud radical y el MAPU también crearon equipos combativos de propaganda. A los dólares del imperialismo hemos opuesto la propaganda organizada de masas del pueblo y la juventud.

Con Ernesto formamos la primera brigada universitaria Ramona Parra con estudiantes de Arquitectura, Medicina, Ingeniería, Agronomía, Instituto Pedagógico y Escuela de Artes, en las que estudiaban los futuros pintores, escultores y músicos. Muchos son los que quedan afuera, pero esta selección nos permitirá crear más tarde brigadas en cada facultad.

Los que forman esta primera serán luego los maestros de los que pronto vendrán. Damos nuestros primeros pasos junto a la Brigada Central. Allí combatimos pintando por el pueblo. Allí también, de noche, recibimos el bautizo de fuego en las diarias escaramuzas contra los mercenarios. La derecha ha contratado un ejército de lumpen y delincuentes para crear grupos armados que tienen como misión "cazar brigadistas". Nos vemos forzados a salir, todas las brigadas juntas, formando verdaderas carava-

nas de camiones, autos y camionetas. Oponemos número y organización a la agresión artera. La campaña electoral ha entrado en tierra derecha, el candidato del pueblo unido avanza en todos los frentes, también en el de la propaganda. La BRP y la Brigada Elmo Catalán se han convertido en un fenómeno de masas. Sólo entonces, a pesar de los dólares de la CIA y de los mercenarios de la derecha, el nombre de Salvador Allende y el grito de ¡Venceremos! va apoderándose de los muros de ciudades y pueblos.

Estamos a una semana de la elección. Cada minuto es decisivo. Todas las brigadas somos llamadas para llevar adelante una gran iniciativa que significará poner en tensión todas nuestras fuerzas, dar un impulso decisivo en el terreno de la propaganda. La iniciativa se llamará "AMANECER VENCEREMOS". La gigantesca tarea es coordinada a lo largo de todo Chile. Una noche completa de propaganda que movilice a toda la juventud chilena, con el objetivo de ganar todos los muros de Chile para la consigna central del pueblo"

"+3 ALLENDE VENCEREMOS. ¡UNIDAD POPULAR!"[2]. Fijamos, como fecha para esta ofensiva, la noche del primero de septiembre de 1970 y nos damos a la tarea organizativa. Se necesitan muchos tarros para la pintura, muchas brochas, muchos camiones y muchos tambores. No tenemos los dólares que tienen los enemigos, pero tenemos lo único que ellos no pueden comprar: miles de jóvenes dispuestos a todo. Con la ayuda de los obreros, sindicatos, campesinos, profesores universitarios, en una palabra, de todos los que han estado luchando contra la opresión y el hambre, reunimos los recursos para el gran "Amanecer Venceremos" Las brigadas serán la base técnica de la operación. Los rellenadores debutarán como trazadores al mando de nuevos brigadistas. A nuestra Universidad le han asignado dos comunas del gran Santiago. Con Ernesto seremos los encargados de la ofensiva en la 5ª y 9ª comunas asignadas. Con plano en mano, recorremos ambas comunas, marcando en el mapa los muros

2 En la papeleta electoral el nombre de Salvador Allende figuraba en tercer lugar.

encuestados. También marcamos las arterias y calles de mayor movilización. Las calles estratégicas a las que daremos más importancia en la próxima noche. Reunimos a los veteranos brigadistas y les damos a conocer el Plan: cada brigadista tendrá al mando 15 nuevos propagandistas y serán responsables de un sector de la comuna. Habrá 4 camiones cisterna, pertrechados de grandes tambores con pintura preparada que, circulando constantemente, reabastecerán a las brigadas. La consigna central y única es "+ 3 ALLENDE VENCEREMOS U.P." Ninguna otra será permitida. Cada brigada debe cumplir una cuota de 50 rayados en la noche. Si hay agresiones por parte de los mercenarios, la orden es eludir el enfrentamiento salvar las brochas y la pintura para seguir pintando. En todo caso nos acompañarán compañeros obreros cuya misión es protegernos de cualquier agresión actuando como grupos de autodefensa. Nuestra tarea es borrar la propaganda enemiga y ganar todos los muros para el pueblo.

La noche del 1° de septiembre salimos cantando y marchando de muchos lugares para conquistar el amanecer del pueblo. Las brigadas eran de jóvenes y veteranos, de hombres y muchachas, de obreros y estudiantes. Jóvenes del MAPU, de la Juventud Radical, y de la Juventud Socialista se sumaban entusiastas y combativos a las brigadas del "Amanecer Venceremos", todos unidos en la hermosa tarea, luchar por nuestro pueblo, unidos, en una sola consigna nacida en las trincheras de la clase obrera, consigna que era la bandera de combate contra la dominación imperialista, contra la explotación capitalista, bandera de unidad para conquistar un Gobierno Popular, un gobierno que significara pan para todos, tierra para los campesinos, educación para toda la juventud, trabajo y vivienda para el pueblo.

Esa noche fue quizás una de las pocas en que Ernesto ni yo pintamos. Nuestra misión era dirigir el trabajo. A bordo de un jeep recorríamos sin descansar el frente, verificábamos o corregíamos el recorrido del camión cisterna, dábamos el aviso a los grupos de autodefensa informándoles que los camiones mercenarios es-

taban en tal parte, a tantos minutos de distancia. Recogíamos a quienes habían sido heridos para llevarlos a la Facultad de Medicina o al Sindicato de la Construcción, ambos, cuarteles generales de la ofensiva en la 5a y 9a comunas. Se dibujaba la alegría en los rostros de todos nuestros brigadistas. Los novatos y los "veteranos" sentían que el enemigo no podría recuperarse de esos golpes, una a una iban pasando las murallas a poder del pueblo. Casi mil estudiantes de nuestra universidad, jóvenes de todos los partidos y fuerzas del pueblo, organizados en 56 brigadas, esa noche pintaron 2800 rayados en las dos comunas asignadas al frente universitario. Cumplíamos así, con orgullo, la hermosa tarea. Otros jóvenes como nosotros hacían lo mismo en el resto de las comunas de Santiago donde esa noche alcanzamos a rayar más de 15 mil veces la consigna de la victoria.

Sin sentir se nos fue la noche y nos sorprendió el día. Allí pudimos recién darnos cuenta de la dimensión histórica de la jornada. Ya no había carteles ni rayados del enemigo, sólo "+3 Allende Venceremos UP" se leía en todos lados, y lo más hermoso y conmovedor era que en todas las calles de Santiago y de Chile se veía gente pintando. A los brigadistas se había sumado más juventud y a la juventud, el pueblo, que esa mañana rumbo al trabajo se había detenido para pintar "...aunque sea una letrita, compañeros". En Vicuña Mackenna, en Grecia, en Alameda y en Avenida Matta, habían aparecido guitarras para cantar la alegría del combate, a la victoria que amanece. De muchas casas se abren las puertas invitando con afecto a los brigadistas a tomar un humeante desayuno.

No pudieron recuperarse del golpe. La noche del 4 de septiembre, la noche del día de la elección presidencial en Chile, hablaba al pueblo desde el local de la Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile, el electo nuevo presidente de Chile, Salvador Allende Gossens.

El Amanecer Venceremos se había hecho realidad. El pueblo unido conquistaba el Gobierno. Mientras Allende hablaba al

pueblo llamándole a permanecer alerta y vigilante, a defender su Gobierno de cualquier agresión imperialista, a movilizarse en las fábricas y en las industrias, en la ciudad y el campo para consolidar la histórica conquista, los brigadistas repartíamos, por entre la multitud, volantes y llamamientos con las palabras de nuestro Presidente, la orden del día de la Central Única de Trabajadores declarando su reconocimiento al Gobierno electo y llamando a la clase obrera a organizarse para defender su conquista. Repartíamos la palabra del Partido Comunista, del Partido Socialista, del MAPU, y del Partido Radical. La gente del pueblo escuchaba a su Presidente, gritaba sus consignas de guerra: "El Pueblo, Unido, Jamás será Vencido". Estallaba en gritos y llantos de alegría. Llegaban carretelas embanderadas de cuecas y guitarras. Niños y viejos, jóvenes y mujeres, obreros, estudiantes y campesinos, se abrazan con júbilo y emoción. Todo era fiesta, esperanza y alegría. Se siente el llamado de reunión de la Brigada. Presurosos llegamos todos al punto previamente convenido. Nuestro jefe nos informa que los resultados oficiales y definitivos dan por ganador a Salvador Allende. Saltamos abrazados en la alegría. Entonces suena la voz potente de Ernesto: "¡Camarada Ramona Parra!..." –"¡Presente!", contestamos con la emoción anudada en nuestras gargantas: "¡Camarada Ramona Parra!" –"¡Presente!..." Había amanecido.

CAMARÍN NÚMERO SIETE

Después de anotar en el margen superior de la primera ficha que tuve en el Estadio Nacional, el coronel del Servicio de Inteligencia Militar (SIM) vomitó a secas la orden:

"Llévenselo al camarín número siete del surponiente."

Con las manos en la nuca y "cortésmente" ayudado por el punzante cañón del centinela, fui impulsado al interior del camarín número siete. El frío del silencio mudo me golpea la cara. Veo a hombres, mujeres, incluso niños, arrinconados en las esquinas

del camarín. Somos cerca de una treintena, de todas las edades, oficios y latinoamericana nacionalidad.

Salvo a dos, al resto no los conozco. Sin embargo, sus rostros me son familiares. Son los rostros de hombres y mujeres del pueblo. Quienes me conocen esbozan una imperceptible seña amistosa. Son horas de inicial reconocimiento, de desconfianza ante el terreno incierto de los soplones encubiertos y de la muerte rondante. Han cerrado la puerta. Se reinician, furtivas y silenciosas, las conversaciones en los rincones. Me siento al comienzo del escaño, solo, los hombros encogidos, las manos en los bolsillos del chaquetón y de todo el cuerpo en rígida tensión, como esperando un desenlace. En esos momentos se acerca un campesino al que yo conocía, se sienta a mi lado y sin mirarme me pregunta:

—¿Cuándo caíste?

—Ayer en la tarde, —le respondo.

—¿Y don Lucho? ¿Estará bien? Te van a apretar mucho para que les digas dónde está. Aquí estamos hace dos días presos. Hay que cuidarse de los soplones, pueden haber milicos infiltrados entre los presos. Cuídate muchacho, nosotros te ayudaremos.

Volvemos al mudo silencio. Reparo que son cuatro, en total, las mujeres que nos acompañan en aquella jaula de duro cemento. Una de ellas está pelada completamente y viste todo de negro. La otra es ya una anciana de pelo nevado y con anteojos sobre la nariz. Su rostro de abuela me parece familiar. Claro, ¡pero si la conozco! Es la compañera Mercedes Ferrada, profesora de niños y vieja combatiente, condecorada con la medalla Luis Emilio Recabarren, fundador del movimiento obrero chileno. Sus ojos gastados no le permiten aún reconocerme. La tercera mujer es delgada y enjuta. Quizás de cuarenta años, de mirada tierna y sufrida. La cuarta y última es joven y frágil, alta y mulata; tiene miedo en los ojos.

Acurrucado bajo el brazo de la abuela Mercedes se ve la cabeza rubia de un adolescente que busca refugio al frío y al miedo

en el cuerpo gastado y cálido de la abuela. La flaca se llama Hilda, es uruguaya y efectivamente había sido monja. Ahora no lo era. Estaba curando sólo con agua y cariño las heridas aún sangrantes de otro camarada. Angelina, la mulata, tampoco era chilena. Su nacionalidad era brasileña y estudiaba en Santiago. La habían detenido, al igual que a Hilda y a otros extranjeros que allí estaban, por el solo delito de ser extranjeros. En aquellos días, para los fascistas ser extranjero era sinónimo de guerrillero. Estaba Angelina con Laura, la joven y valiente mujer a quien habían rapado por su condición de luchadora militante del Partido Socialista. Ambas compartían una esquina tratando de pasar inadvertidas a las morbosas intenciones de nuestros carceleros.

Aún no me he movido de mi sitio. Sigo indagando en la dantesca escena. Casi todo los rostros están sangrantes. Algunos con los puños apretados hacen esfuerzos para no gemir al respirar; tienen las costillas quebradas o los pulmones reventados después de las primeras palizas. Aun cuando hay espacio libre en el camarín, permanecemos amontonados, pegados cuerpo con cuerpo para darnos calor y ánimo, afecto y mutua protección. Algunos están descalzos. Un muchacho moreno y famélico, arrancado del patio de su casa, está con el torso desnudo. Le cubren sólo unos raídos pantalones. Tirita de frío y, quizás, también de miedo. Otro muchacho se ha sacado su chaleco de lana, tímidamente se lo entrega y sin decir una palabra vuelve a su sitio.

La humedad y el frío han penetrado en mis huesos y también en mi corazón. Me pongo en pie y sin cambiar de sitio comienzo, en silencio, a empujar mi sangre por las venas, contraigo a un tiempo todos los músculos para luego aflojarlos. Repito una y mil veces. Quisiera escapar de este penetrante hielo, pero estamos reducidos a la más mínima expresión, desarmados, con hambre y con frío, solos frente al patíbulo. Siento impotencia y angustia. Sigo apretando rítmicamente los músculos de todo mi cuerpo y con todas mis fuerzas. Al fin siento una oleada de calor

encendido que sube de golpe a mi cara. El moreno y famélico muchacho está ahora compartiendo un segundo suéter. Esta vez ha sido un negro haitiano, tan desnutrido de carnes y de ropas como él, quien le ha invitado a cobijarse sobre un mismo chaleco. De espaldas ambos sacan la cabeza por el mismo orificio. Parecen hermanos siameses pegados en la espalda y el frío, cubiertos por un mismo dolor.

Han pasado las horas y se ha hecho de noche. Violentamente se abre la puerta. Una avalancha de uniformes verdes y fusiles automáticos se nos viene encima. Es una patrulla de carabineros, borrachos de drogas, vino y odio. Automáticamente nos hemos pegado a las murallas y en mudo silencio llevamos las manos a la nuca. Entre risas, insultos, preguntas y amenazas, comienzan a golpearnos con culatas, patadas y bestialidad inaudita. El que los comanda lleva puesta una guerrera a la que le han arrancado las jinetas y distintivos. Sin embargo, su disfraz no logra encubrir que se trata de un oficial. En un grito seco da la orden de ¡alto! y les llama a ubicarse tras sus espaldas. Se ha hecho el silencio; desde el centro de la sala nos apuntan.

—Ven acá pelá —vomita otra orden.

—Tú también negro de mierda. Le vas a hacer el amor a ésta o los fusilamos a los dos aquí mismo.

El negro era el haitiano que poco rato antes estaba compartiendo su suéter y su frío con el famélico muchacho. Aun cuando literalmente se le escapan los ojos de las cuencas, el haitiano no se mueve. Quizás porque no sabía español o más probablemente, porque no estaba dispuesto a cometer tal atrocidad. El noble y valiente negro permanece en su sitio sin siquiera hacer un ademán de cumplir la orden.

El silencio es aún más tajante. Pareciera que los fusiles están a punto de disparar. Ahora avanza el oficial en dirección al haitiano. En carrera le lanza un terrible golpe con el cañón del fusil. El negro cae y de su cabeza brota roja la sangre. Está inconsciente, pero en el suelo le sigue pateando. Se escucha una voz

cálida, serena y firme. Es una voz de mujer, suave pero sonora. Es la voz de la abuela.

—No le pegue hijo. ¿Por qué nos maltratan? Nada les hemos hecho. ¡Váyanse y déjennos en paz!

Los agresores se desconciertan ante la valiente actitud de la abuela. Retroceden aturdidos por la voz suave y firme de aquella mujer. Han comenzado a salir, pero antes de abandonar completamente la sala han cogido a un muchacho boliviano para seguir afuera su orgía de violencia y de sangre. Nunca más lo volvimos a ver.

Antes de recuperarnos se ha abierto nuevamente la puerta. Esta vez es un suboficial del Ejército. Con la mano en la cartuchera y protegido por su escolta nos cuenta sin acercarse ni darnos jamás su espalda. Nosotros, por segunda vez, nos hemos pegado automáticamente a la muralla y tenemos las manos en la nuca. Sale el suboficial para volver a entrar enseguida. Esta vez viene con algunas frazadas, las tira al suelo y nos dice: -Para que se abriguen. Mañana a las seis de la mañana las retiro.

Se va acompañado de su escolta, cerrando tras sí la puerta. Estamos unos minutos y luego recogemos las frazadas. Son cinco en total. Sacamos la cuenta. Nos han dado una frazada por cada siete presos. Las juntamos todos y se las entregamos a las compañeras.

Fue la primera de muchas noches de hambre y frío en el camarín número siete.

LA PREPARACIÓN DEL PRISIONERO

La fase más importante para los fascistas eran los interrogatorios. Allí cifraban sus esperanzas de descubrir el modo y los elementos para destruir a las organizaciones populares. Todo el manejo del campo de concentración, cada una de las disposiciones y medidas, apuntaba a preparar los prisioneros para los interrogatorios.

Somos miles y se amontonan miles más. Están persiguiendo a un pueblo entero que se levanta contra la miseria y que ha iniciado su marcha hacia la independencia y la liberación. La consigna de los fascistas es el aniquilamiento total. No es a un grupo conspirativo o a una minoría a quien tienen como enemigo, es a Chile entero. Allí está la razón de esta represión en masa. Es esta condición histórica la que determina los métodos y el carácter de la represión.

Torturan en contra del tiempo, en contra de la historia, torturan sin piedad y sin clemencia. Están en el poder para deshacer el camino hecho al andar. Están para destruir y aniquilar la organización y la fuerza del pueblo, para restablecer el pasado de explotación y hambre. Y para ello, hoy, necesitan encarcelar, torturar o matar a la inmensa mayoría de los chilenos. Son una minoría y defienden los intereses de clase de una minoría. No tienen tras sí al pueblo y por ello se apoyan en la fuerza de los fusiles, del terror y la muerte. Han asesinado a muchos hombres, también a muchas mujeres, algunos ni siquiera militantes de la Liberación. Necesitan aniquilarnos a todos y para ello deben descubrir nuestros nombres, dónde vivimos y trabajamos, cómo nos organizamos, nacemos y multiplicamos. Torturan contra el tiempo y la historia.

Antes de pasar al interrogatorio se cumple la fase previa de preparación, tanto física como moral y síquica. Para ello usan el hambre, el frío, el hacinamiento, la incomunicación, las enfermedades, el miedo, la incertidumbre, la ilusión, el vejamen y los suplicios. En el Estadio Nacional, como en todos los campos de concentración, se aplica la experiencia represiva de todas las policías antipopulares. Se aplica la maldita experiencia recogida en los campos de concentración nazis, en la guerra imperialista en Viet-Nam y por los Escuadrones de la Muerte, de Brasil. En fin, se aplica la experiencia represiva acumulada en el mundo por el imperialismo y transmitida por éste a través de sus academias de guerra para entrenar oficiales latinoamericanos en

Panamá y Texas. Todo va hilvanado tras un objetivo para ellos vital y decisivo: destruir la fuerza organizada del pueblo. El plan de preparación apunta a llevar al prisionero al punto crítico de la resistencia humana y, de ese modo, conseguir un hombre débil, enfermo, lleno de angustia y desesperación, quebrado física y moralmente. En síntesis: un prisionero apto para el interrogatorio contra el tiempo y la historia.

Por esta razón nos mantenían con aquella hambre dolida que nos iba apagando la vida. Tenían frazadas por miles, arrumbadas en enormes bodegas, pero nos entregaron una por cada siete prisioneros y las retiraban de día, obligándonos a combatir a tiritones el frío del húmedo cemento; íbamos gastando la sangre y el aliento de nuestro ya golpeado organismo. Las heridas de las primeras golpizas, que jamás fueron curadas, eran una puñalada al corazón para desangrarlo. Nos hacinaban de a cinco o de a siete por metro cuadrado y nos incomunicaban. Reducían así nuestro mundo a infinitas horas de pie; solos con nuestros sufrimientos. De amanecida fusilaban a nuestros camaradas, de día nos insultaban y amenazaban para agigantar el miedo a la muerte. Torturaban en nuestra presencia para agrandar el miedo al dolor. Mantenían celoso misterio de nuestro destino inmediato para que pensáramos que la muerte llegaba al minuto siguiente. Hacían circular falsos rumores de amnistía general para ilusionarnos y volvernos a golpear cuando hubiésemos bajado la guardia. Utilizaban a delatores encapuchados, ruidos ensordecedores y altoparlantes para crear un clima de infierno que nos hiciera estallar en llanto.

Nada quedaba al azar; todo, hasta el más mínimo detalle, apunta a un mismo objetivo: Disminuir física y moralmente al prisionero, llevarlo al borde de la locura, al punto crítico de la resistencia humana; llevarlo a la delación o al suicidio. Es solo la etapa previa a los interrogatorios y a la tortura, es la fase de la preparación obligatoria que cumplen todos los prisioneros. Es parte del método empleado, para que firmen falsas confesiones,

delaten a sus camaradas, traicionen a la organización y al pueblo, se transformen en soplones, se suiciden o mueran con su silencio en el paredón o en la cárcel. Son las instrucciones del manual de guerra del imperialismo, aplicadas al modo fascista en la preparación del prisionero en Chile.

LA ESCUADRA DE SERVICIO O BATALLÓN DE LA RESISTENCIA

Las primeras Escuadras de Servicio del Estadio, fueron realmente escuadras al servicio de los carceleros. En ellas se reclutó al lumpen o elementos despolitizados que comparten cautiverio con los presos políticos. Les eran encomendadas las tareas de limpieza en el campo de concentración, eran la mano de obra para la distribución de la comida y también la fuerza de trabajo para cualquier misión que significara poner fuerza y brazos. Pero no paraba allí el objetivo de las escuadras de servicio. Con ellas los carceleros no sólo pretendían alivianarse de las tareas pesadas y rutinarias del rodaje del campo, sino que también perseguían un fin político que las convertía en escuadras a su servicio. Todos pasábamos hambre. Pero quien conseguía que lo destinaran a la Escuadra de Servicio, tenía la posibilidad durante algunas horas de acompañar el fondo de la comida. Entonces durante el trayecto podía meter el plato de aluminio, la mano o cualquier cosa para conquistar un poco más de comida, o cuando se finalizaba la jornada y había que lavar los fondos, meter medio cuerpo dentro de estos y, con la mano, raspar las sobras hasta hacer lucir el aluminio. Los carceleros dejaban hacer, estimulaban a esos elementos, para que robaran el pan de otros prisioneros. Muchos iban quedando en cada camarín sin la ración de pan. La Escuadra de Servicio afirmaba haberles entregado la magra ración. El incidente terminaba siempre con la intervención presta del centinela, que ponía el cañón en la cabeza del que reclamaba su derecho y daba incondicionalmente la razón a la

Escuadra de Servicio. De este modo se habían convertido al poco andar, en instrumento de provocación y división.

No habían pasado muchos días y soy llamado por los viejos.

"Hemos estado viendo el problema de la Escuadra. La están utilizando en forma cada vez más intensa para dividirnos. De allí montan provocaciones para que nos peleemos entre los mismos presos. Ellos aplican una política de hambre para destruirnos moralmente y quizás para liquidarnos físicamente Están usando la Escuadra como un colchón de amortiguación entre nuestros reclamos y ellos, lo malo está en que le dan privilegios a los cabros que se meten en ella y así los corrompen. Más tarde los utilizarán como soplones. Por estas razones y porque nos interesa la movilidad que tiene la Escuadra para que nos ayude en el trabajo organizativo interno de la prisión, hemos resuelto que tú y otros jóvenes probados se metan en la Escuadra de Servicio y desplacen al lumpen. Se trata de convertir la Escuadra de Servicio en un batallón de la resistencia."

La tarea estaba clara como el agua. Con otros compañeros y con la ayuda de los viejos, comenzamos la batida por penetrar en la Escuadra. Una vez dentro iniciamos los forcejeos. El lumpen se daba cuenta que éramos una amenaza para sus privilegios. Comenzamos por explicarles que en lugar de quitarles la ración a nuestros compañeros debíamos de ver la forma de aumentar la cantidad de comida que ingresaba al Estadio.

Los milicos que nos custodiaban eran cuadrados para las matemáticas y además hediondos de flojos. Diariamente tenían que entregar a la comandancia del Campo "un parte de fuerza" en el cual daban cuenta del número de prisioneros a su cargo en ese momento. Este número variaba constantemente, porque llegaban nuevos prisioneros, o porque algunos eran trasladados a la cárcel o a otro lugar en el mismo Estadio. O bien, porque salían en libertad o porque habían sido llevados a interrogatorios. De allí, posiblemente, enviados al hospital de campaña o bien a la morgue. Este complejo movimiento marcaba a nuestros carcele-

ros, los cuales, poco a poco, fueron delegando en los jefes de camarín la responsabilidad de tener al día la nómina del "personal detenido", por camarín y por el total para el "parte de fuerza".

Nos pusimos de acuerdo con los jefes de camarines y comenzamos a adulterar el total del "personal detenido". Nuestra mira apuntaba a obtener más raciones de parte de nuestros carceleros. Era necesario arrancárselas. El parte general de fuerza y los partes por sectores tenían, entre otras funciones, ayudar a determinar el número total de raciones necesarias para el Campo de Concentración y la distribución por sectores. Si éramos quince mil los detenidos, ellos mandaban a hacer comida para diez mil personas. El plan de hambre formaba parte de la preparación general previa a los interrogatorios, en la cual se perseguía debilitarnos física y moralmente. La preparación de la comida, así como las adquisiciones de los materiales necesarios, se hacía en los cuarteles o en las cocinerías del Parque O'Higgins a cargo siempre de personal militar. Por cierto, los oficiales intendentes robaban a manos llenas del presupuesto destinado a la alimentación de los presos, de modo que al recorte de cinco mil raciones ordenada por los aparatos represivos especializados había que sumar la merma producida por quienes se enriquecían directamente del hambre de los presos del Estadio.

El sistema fue dando resultados no sin tropiezos ni dificultades. Poco a poco íbamos alcanzando el número de raciones que nos permitía, al menos, darle el magro cucharón de cereales y la ración de pan a todos nuestros compañeros. Poco a poco también fuimos desplazando al lumpen hasta cumplir el objetivo trazado por la vanguardia; convertir la Escuadra de Servicio en un batallón de la resistencia.

Al comienzo tuvimos que aceptar mantener algunos privilegios en la Escuadra. En lugar de un pan al día como virtualmente recibían nuestros compañeros, cada miembro de la Escuadra recibía tres panes diarios y tenía derecho a repetir la porción de cereales. Era tanta el hambre real y la angustia de hambre que

vivíamos, que en aquellos días algunos de nuestros "escuadristas" eran capaces de comerse sin descanso hasta ocho pocillos de aluminio, de litro y medio cada uno, llenos hasta el tope de espesos porotos. Allí nos dimos cuenta que no sólo hambre de verdad teníamos, sino también "angustia de hambre". Cuando les preguntábamos si serían capaces de comerse un octavo pocillo nos respondían que la "guata" no les daba más, pero que querían seguir sintiendo pasar la comida por la garganta. A esto le llamamos angustia de hambre.

Cuando hubimos desplazado totalmente al lumpen de la Escuadra, ésta se convirtió en Escuadra Militante de los intereses de los presos políticos. A partir de allí, iniciamos una lucha más organizada planteándonos cada vez conquistas de más envergadura para aquellas condiciones. Se hicieron las primeras demostraciones de huelga de hambre masiva y disciplinada. Las raciones aún no alcanzaban para todos los detenidos, éramos más de novecientos en el Sector sur poniente donde operaba la primera Escuadra de Servicio Militante. En las graderías del Estadio nos reunimos con los jefes de camarín para discutir el problema. Allí mismo acordamos los criterios que regirían nuestra escuadra militante. En primer lugar se acababan los privilegios, la escuadra comería en último lugar y si no alcanzaban las raciones se quedaba sin comida. El segundo criterio fue no estirar las raciones para repartir equitativamente el hambre, sino, a pesar de la presencia de los guardias, servir dos cucharones por persona hasta donde alcanzara, y enfrentar el problema para exigir conjuntamente más raciones. Se llevó la proposición del acuerdo de los camarines para discutirla con toda la gente. Hubo apoyo entusiasta a pesar que éramos una población políticamente muy heterogénea.

Al día siguiente comenzamos por los camarines que considerábamos más débiles dejando para el último los camarines patria o muerte. Dos cucharones por persona mientras uno le metía conversa al guardia. Ese día hubo más orden que nunca

en la fila. Trabajamos con dos fondos simultáneamente para así debilitar la vigilancia de la guardia. Al frente de cada cucharón colocamos a los más diestros en el manejo. No se les veían las manos al repartir el segundo cucharón. Ese día repartimos los porotos, no con el nudo en la garganta, como los días anteriores, a pesar de que era seguro que más de un camarín y nosotros mismos nos íbamos a quedar sin ración. Repartimos los porotos con la alegría de quien está luchando. Eran volantes, llamamientos a la lucha, eran fusiles, eran cartas de los seres queridos, eran porotos y eran todo, lo que repartíamos en aquellos momentos. Prisioneros, pero de pie y combatiendo.

De ocho camarines, cuatro, más la escuadra de servicio, quedamos ese día sin ración. Fuimos a buscar al suboficial a cargo de la parte administrativa del sector sur poniente, y le armamos la fiesta.

"Mi suboficial, no nos alcanzan las raciones; cuatro camarines más la escuadra de servicio nos hemos quedado sin ración."

Es probable que la situación de la escuadra le preocupara más que los camarines al suboficial. Al fin de cuenta la escuadra siendo de presos, se colocaba en filas como los militares, le saludaba como los militares y, sobre todo, le reemplazaba en sus funciones administrativas. Todo esto, además de que nos habíamos conquistado su simpatía, jugó en favor de que aquel hombre, que no era un fascista, se sintiera preocupado por el hecho que nosotros denunciábamos.

"¿Cuántos fondos trajeron hoy?" nos pregunta el suboficial.

"Menos que ayer, mi suboficial", le respondemos seguros. "Además, hoy tenemos más prisioneros y la comida viene cada vez más aguada. Veamos si no se ha ido el camión para pedirles más fondos. Ayer con el otro suboficial nos faltó pan y conseguimos del almacén general una ración suplementaria, mi suboficial."

Día por medio se turnaban entre dos suboficiales para cumplir las labores administrativas en nuestro sector. Nosotros, que explotábamos cualquier contradicción o posibilidad dentro del ré-

gimen carcelario, explotábamos por cierto también este cambio diario de mando. Tratamos con éxito de desarrollar "una emulación de blandura" entre ambos, en los marcos que era posible.

No era cierto que el día anterior el otro suboficial nos hubiera conseguido una ración extra de pan. Pero lo que sí fue cierto, fue que partimos escoltando a nuestro suboficial de ese día, en busca del camión de los fondos. No lo encontramos y de haberlo encontrado, de seguro no tenía fondos suplementarios, pero nos encaminamos al almacén general y gracias a las buenas gestiones de nuestro suboficial, esta vez sí, de verdad, conseguimos una ración extra de pan para los cuatro camarines y la escuadra de servicios. Además del compromiso por parte de nuestro suboficial, de pedir, a nombre de nuestro sector sur poniente, un número mayor de raciones para el día siguiente.

Ese día nuestra huelga de hambre organizada y consciente coronó con el primer triunfo de los presos sobre el hambre. Habíamos conquistado casi 500 panes extras, para quienes tuvieron el valor y el honor de levantar el primer signo de resistencia organizada y de masas. Y habíamos contado con la complicidad del suboficial para aumentar las raciones del día siguiente. Con ello quedaba amarrado para futuras acciones. En los hechos, a partir de allí, con avances y con retrocesos, logramos asegurar una ración de dos cucharones por persona, y su respectiva unidad de pan, incluso para la combativa escuadra de servicio.

Era ya el mes de octubre. Cerca de las cuatro de la tarde y antes del reparto de los diarios y familiares porotos, Manuel Cabieses, que venía de uno de sus interrogatorios del Servicio de Inteligencia, me pasa el dato que en el baño bajo la marquesina ha visto a Samuel Riquelme, quien fuera subdirector de la policía civil durante el gobierno del Presidente Allende. Me dice además, que al parecer lo tienen incomunicado y que está terriblemente golpeado.

Samuel Riquelme es miembro del Comité Central del Partido Comunista de Chile. De seguro lo habrían golpeado como a na-

die. Había que establecer contacto con él, pero primero darle el aviso a los viejos.

En seguida, ver un plan para acercarse. Tirarle un mensaje para que vuelva a ir al baño, a la enfermería, a alguna parte. ¡Había que hacer algo!

Comenzamos a sacar deducciones. Si Manuel lo había visto en el baño que está bajo la marquesina, es seguro que se encuentra entre la nave central que separa los bloques norponiente? del sur poniente. Entonces estaba ubicado en la zona prohibida. Por allí transitaban los altos oficiales y ningún preso podía acercarse. Era la zona, además, donde tenían unas pequeñas celdas individuales, las que también usaban como centro de tortura. Era demasiado peligroso, y de seguro no habría éxito si intentábamos un acercamiento, llano y directo.

Fue una vez más la escuadra de servicio la solución para el enlace. Esperamos la hora de ir a buscar los fondos. Necesariamente debíamos cruzar la zona prohibida, ya que el camión se ubicaba a la entrada del sector norponiente. Diariamente formados en militar fila, acompañados por el suboficial y escoltados por los centinelas, cruzábamos la zona prohibida cerca de las cinco de la tarde. Ese día no apuramos el paso ni de ida ni de vuelta en un inútil intento por descubrir dónde estaba nuestro compañero.

Comenzamos a repartir la comida como de costumbre. Entonces, aprovechando que la guardia estaba atareada con la vigilancia del reparto, con otro compañero echamos a andar la segunda etapa de nuestro plan. Nos deslizamos hacia la zona prohibida. Mi compañero tenía la misión de meterle conversa al guardia. Si lográbamos que yo entrara en la celda vigilada, en la que suponíamos estaba Samuel, nuestra misión llegaría a su fin con éxito.

Logramos el objetivo. Cuando nos interceptó el guardia le dijimos que el suboficial nos había enviado a darle comida al detenido. Mientras mi compañero seguía dándole explicaciones

al centinela y le invitaba a que le acompañara a hablar con el suboficial inexistente que había dado la orden, yo me deslizo al interior de la celda. Vi sentado en una silla y con las manos sobre la mesa al viejo e indomable combatiente Samuel Riquelme. Le miro a los ojos y veo los suyos intentando reconocerme entre la hinchazón y la sangre de sus párpados.

Lo habían estado ablandando durante dieciséis días, primero carabineros y luego el equipo más bestial e inhumano, el de la Fuerza Aérea de la Base de Colina. Dieciséis días con los ojos vendados. Le habían colgado en el "palo de arará"[3], tenía en las muñecas y en los tobillos heridas de dos centímetros de profundidad, las carnes vivas y abiertas, ambos brazos y piernas convertidos en una masa sanguinolenta producto de los infinitos pinchazos con el "suero de la verdad", las quemaduras de cigarrillos, las inyecciones de aire en las venas, las heridas de las ataduras con alambre de púas, etc. Su cuerpo estaba igualmente machacado por los golpes de los torturadores. Presentaba quemaduras de los electrodos de la "picana eléctrica", cortaduras hechas con yataganes. Era pellejo y hematomas negros, verdes, violetas, rojos y amarillos. Tenía los ojos hundidos y transpiraba copiosamente, aunque el frío del cemento penetraba en los huesos.

Al fin me reconoce. Le costaba esfuerzo para hablar. Y me dice lo que todos adivinábamos de él: "No les dije nada a estos conchas de su madre". Fue todo lo que me dijo en aquella oportunidad. Jadeaba como un búfalo herido, pero su corazón obrero y rojo había vencido las más bestiales torturas.

Le digo que el Partido está informado que se encuentra en el Estadio, que veremos la forma de hacer contacto con el exterior para avisar a la Dirección. Que el resto de los presos del Estadio estaremos pendientes de saber dónde lo llevan. Le entrego el

---

3 Tortura que consiste en atar al prisionero de pies y manos por la espalda para colgarlo seguidamente de un palo horizontal.

saludo de todos mis compañeros y con un beso en la frente me despido de aquel ejemplo de combatiente.

Había visto ya muchos cuerpos destrozados por las cámaras de tortura, incluso cuerpos sin vida en aquellos días de terror y muerte. Pero ninguno tan golpeado y al tiempo tan heroico como Samuel Riquelme.

Terminamos la faena de la distribución de la comida. Almuerza la escuadra de servicio. Lavamos los fondos, los platos y las cucharas. Formamos, pero antes de presentarnos ante el suboficial, les informo del estado del compañero Samuel y la necesidad de hacer una colecta en cada camarín para reunir algo de ropa, fruta y chocolate, y alguna frazada para proporcionarle una ración de guerra a nuestro querido compañero.

La escuadra de servicio estaba formada por dieciséis hombres, seleccionados de a dos por camarín. Esto nos permitía transformarnos en vehículo de información y agitación cuando no nos sacaban a todos a las graderías. Esa tarde ya no habría oportunidad hasta el otro día de reunirnos allí. Fue la escuadra entonces la encargada de dar la información y plantear la colecta material en cada uno de los camarines. En todos los camarines hubo compañeros que se sacaron la camiseta o dieron un par de calcetines para Samuel. Otros aportaron un chocolate o una manzana que celosamente guardaban como ración de guerra. La unidad y la solidaridad en la prisión es el pan que da las fuerzas para seguir de pie, prisionero, pero combatiendo. Militantes de todos los partidos y hombres sin partido dieron, como muchas veces, su ropa y su pan para el más golpeado.

Esa noche, aprovechando que estaba de turno una guardia "buena", partimos con mi compañero y con una frazada al hombro, recorrimos los ocho camarines recogiendo la solidaridad de los propios presos para un camarada preso golpeado y heroico. Terminada la recolección fuimos a entregarle el paquete a Samuel. Había probado sólo una cucharada de porotos y su pan no tenía más de dos mordiscos. Seguía transpirando copiosa-

mente. Le retiramos el plato y con un apretón de manos, le dejamos acompañado de la solidaridad de los prisioneros del Estadio Nacional.

UN BESO CLANDESTINO

—¡Compadre! Lo andaba buscando por todos lados. Hay una pega y usted es el más indicado.

—¿De qué se trata?

—Vamos no más, por el camino verá que tengo razón.

En fila con cuatro presos más, escoltados por dos soldados vamos caminando por la periferia del Estadio hasta la torre norte. Penetramos por una puertecita y ante nuestros ojos aparece una montaña de colchones y frazadas. Pienso para mis adentros: ¡cuánto frío estamos pasando y estos hijos de puta, a unos metros de nuestro frío, tienen almacenado y ordenadito el abrigo que nos niegan!

—¿Estos son los voluntarios? —truena la voz del suboficial—. ¡Con este carromato van a trasladar las frazadas y colchones!

Comenzamos la tarea. Primero las frazadas y luego los colchones. Al tiempo que vamos cargando, otro suboficial va tomando nota del número y tipo que cargamos. Lista la primera carga, nos dan la orden de iniciar la marcha.

Aún ignoro el destino de este primer viaje. Iniciamos la marcha en sentido contrario al Estadio. Miro al compañero que me enrolara en esta operación y en sus ojos leo la picardía de quien sabe el destino y guarda una sorpresa. Ya hemos caminado lo suficiente para comprender que nuestra dirección es hacia la piscina. El corazón brinca de alegría y quiero ir más rápido que la escolta. Me doy cuenta que podré ver a mi compañera.

En el recinto de la piscina hay una guardia especial, un centinela cuida la puerta de entrada al recinto, otros guardan la reja. Uno de los escoltas muestra el pase y abren el portón. Enfilamos por el sendero de maicillo que conduce a los camarines de la

piscina. A cien metros se divisan las mujeres detenidas. Cuando estamos a treinta metros y los rostros se tornan familiares, una de ellas sale corriendo en dirección a los camarines del sector opuesto al que hemos llegado, va gritando el nombre de mi esposa. Mis ojos con ansiedad siguen su carrera.

Entre tanto se han acercado las otras compañeras. Unas nos pasan naranjas, otras un pedazo de pan, al tiempo que nos preguntan por sus hermanos, maridos o compañeros. Les respondemos por los que sabemos y antes que podamos darles nuestra palabra de aliento se nos adelantan y nos dicen que debemos estar firmes, que ellas no están dispuestas a aflojar. Sin darnos cuenta han tomado el carromato y espontáneamente se han puesto a descargarlo. Alguien me toma de la mano y me aparta del grupo. Entonces veo a Ruth. Viene con su característica flor en el pelo y su sonrisa de marfil. Comprendo que está entera, de pie y combatiendo. ¡Qué importan los centinelas y sus fusiles! ¡Abro mis brazos para coger su aroma y darle mi fuerza!

—Nosotras vamos a descargar y les avisamos cuando esté listo.

—Ven, te voy a mostrar dónde duermo.

Entramos a los camarines de la Piscina. Son igualmente helados como los nuestros. Al menos ahora tendrán un colchón que separe sus cuerpos de las frías baldosas. Aprieto los puños y sigo pensando en silencio: ¿Serían capaces las mujeres de ellos de sobrevivir un sólo día en estas condiciones? Seguro que no. Y menos de la forma que lo hacen las nuestras, no sólo con valentía y entereza sino también, a pesar de todo, manteniendo su frescura y belleza.

Aprieto la cintura de mi compañera y acaricio su pelo. Nos han dejado solos en un entendimiento tácito. Miro sus ojos profundos que me cuentan de su tierno amor, veo en ellos la respuesta militante de las mujeres del pueblo ante la represión. Pienso que no lograrán doblegarlas. Cojo su rostro entre mis manos y la beso, con un beso prisionero y clandestino.

—¡Listo, compañero! Apúrese porque llegó un oficial.

Volvemos a nuestra rutina de prisioneros. Vamos de vuelta al Estadio con el carromato vacío. Mi compañero con la sonrisa pícara de quien ha hecho una maldad justa. Yo, con más fuerzas que antes, con el recuerdo imborrable de este nuevo ejemplo solidario de mis compañeros de prisión y con la dulzura de un beso clandestino.

UN CUARTO DE QUESO EN CIENTO CINCUENTA Y SEIS PARTES

Eran jornadas con dolor de hambre. Ese dolor que aturde los días y las noches de prisión. Sobrevivíamos con la esperanza puesta en la ración del día siguiente. Eran horas de espera infinita, de silencio ensordecedor por el hambre que carcomía nuestros cuerpos dolidos.

En veinticinco metros cuadrados de húmedas y heladas baldosas compartíamos el aliento ciento cincuenta y seis seres humanos. Cada veinticuatro horas se abría la puerta del camarín para, en diez minutos, repartir la ración cotidiana. En silenciosa fila nos formábamos para recibir un cucharón de cereales mal cocidos y medio pedazo de pan al día. A medida que pasaba el tiempo, el hambre se acumulaba en nuestras entrañas y se convertía en herida punzante. Cada vez era más difícil mantener la disciplina en la fila. Habíamos acordado turnarnos para encabezar la fila. De este modo, cada día un grupo distinto de los quince que habíamos organizado, tenía el privilegio de ser la vanguardia de aquel destacamento de hambrientos. A diario debíamos dar la pelea para que se respetara el criterio. La razón de los brotes de indisciplina a esa hora no sólo era el hambre acumulada por días y semanas, sino también la posibilidad cierta de quedarnos sin ración cuando no se conquistaba uno de los primeros lugares en la puerta. Con frecuencia la comida no alcanzaba para todos, y la mitad del camarín debía cargar con hambre a las esperanzas del día siguiente. En aquellas condicio-

nes era necesario forjar una disciplina de hierro para enfrentar colectivamente el hambre y no despedazarnos unos a otros. Los más jóvenes, en pleno estado de crecimiento intentaban a veces colarse más de una vez en la fila, pero siempre había un guardia de uniforme que, fusil en mano, vigilaba se cumpliera el flagelo ordenado por sus superiores. Los intentos fallaban y el hambre los golpeaba en sus años jóvenes. Entonces, un obrero de piel curtida con ademán paterno se acercaba y le entregaba su ración de pan, al tiempo que les decía: "Mira cabro, hay que aguantarse aunque duela; lo que quieren es dividirnos por hambre y que por hambre delatemos a nuestros compañeros".

En esos días con dolor y hambre, abren la puerta de nuestro camarín a una hora inadecuada. Un soldado hace llamar a Marino Tomic, joven militante de la Izquierda Cristiana. Todos volvimos la mirada hacia sus ojos para expresarle nuestro ánimo y confianza; en aquellos días cualquiera llamada podía significar la muerte. Se levanta Marino y sale del camarín, como hombre y militante, a paso firme y sereno. Nos quedamos tragando la impotencia del destino incierto del joven camarada.

Pasan los minutos y vuelve a abrirse la puerta. Es de nuevo Marino, esta vez para entrar y en sus manos trae un paquete. Lo asaltamos con preguntas. ¿Para qué te querían? ¿Te trasladan o te dejan libre? Nos responde excitado: "Nada de eso; me llamaron para entregarme este paquete que envía mi familia". Fue el primero de nosotros en alcanzar algún tipo de contacto con la familia. Estaba vívamente emocionado. Cesamos las preguntas y a todos nosotros llegó el aliento de la primera familia que con éxito lograba acercarse a nuestras frías baldosas. Renacía así la confianza en nuestras fuerzas.

Marino fue al rincón de baldosas que ambos compartíamos. Tomó el papel que portaba un pequeño mensaje y lo releyó varias veces. Era la añorada letra de su madre, que en cinco líneas le enviaba su cariño y aliento, la esperanza en Dios y su hijo. Luego tomó el paquete y me lo pasó diciéndome: "Tú eres

el jefe del camarín, adentro vienen cinco naranjas, cuatro panes y un pedazo de queso. Me lo envía mi familia pero aquí somos todos una familia y debemos compartir el dolor y el pan como hermanos". Eran las palabras puras de un joven cristiano que abrazando la causa del pueblo hacía militante el verbo amar de la nueva iglesia.

En una reunión relámpago, discutimos el método para distribuir tan preciado tesoro. Se trataba de una cantidad pequeña, incluso para aplacar el hambre de cualquiera de los 156 hambrientos. Comienzan a surgir diferentes proposiciones; algunos son partidarios de rifarla entre los quince grupos, de modo que alcance casi a medio pan por cabeza, media naranja y 25 gramos de queso; otros son de opinión de dárselas a los más enfermos y golpeados. En la discusión van surgiendo argumentos en favor de una y otra tesis, algunos se esfuerzan por buscar variantes que concilien la exigua cantidad con el hambre oceánica. La discusión toma cuerpo para durar siglos. Pero entonces se para un obrero de pelo blanco y corazón rojo y plantea la única solución de clase.

"Compañeros, las naranjas, el pan y el queso no me alcanzarían ni para taparme un hoyo de la muela. Con el hambre que tenemos nos comeríamos una panadería con español y todo adentro... Yo no sé cómo lo hizo Dios para dividir los panes, pero sé que ninguna división nos quitará el hambre a que los perros fascistas nos han condenado... Propongo no una división para quitarnos el hambre, sino una unión para sobrevivir y resistir... Propongo que lo dividamos en 156 partes iguales... Es cierto que no nos quitará el hambre, pero nos dará las fuerzas para aguantar de pie y seguir luchando"...

Con Marino reunimos a los quince jefes de grupos y con la ayuda de un hilo arrancado de una frazada cortamos en quince pedazos el queso, en dos cada naranja y en 0,4 los panes. Luego cada jefe de grupo en una verdadera ceremonia repartió con su gente la operación dividiendo en partes iguales, incluso las preciadas cáscaras de las frescas naranjas de la unidad. Terminada

la faena de la división y la distribución familiar, en medio de risas y tallas nos dispusimos a darle el bajo a tan suculento festín. Fue cierto que no nos quitó el hambre, lo que sí alcanzamos fue un peldaño más de unidad. Esa unidad del hambre compartida, del reparto doloroso, pero fecundo, de un cuarto de queso en ciento cincuenta y seis partes.

EL ENSAYO

"Manos a la nuca... ¡Alinearse!... De frente... ¡Ar!"

En una tarde de primavera el sol nos calienta el rostro recién lavado y los aún mojados y prolijamente peinados cabellos. En doble fila marchando militarmente vamos, una treintena de hombres, en dirección a la piscina. Allí será la despedida con la amada esposa, la hermana, o la hija prisionera. Caminamos a un mismo paso, rodeados de centinelas. Encabezan la marcha dos oficiales con sus cascos de guerra y el fusil atento. Vamos alegres y tristes, sonrientes y serios, confiados y serenos. Antes de partir nos han sentenciado:

"Decidimos acceder a vuestras peticiones. Hoy verán a sus mujeres o familiares detenidos en la piscina; es para que se despidan. Para nosotros es un ensayo, vamos a observar el comportamiento que tengan... Si no hay llantos ni escenas, probablemente autorizaremos una visita general de los familiares antes que evacuemos el Estadio y sean trasladados a sus lugares de confinamiento".

Fue el discurso del Comandante del Campo de Detenidos del Estadio Nacional que aquella tarde terminó, como tantas veces con la ya familiar orden: "¡Manos a la nuca... Alinearse!... ¡De frente... Ar!..."

En el trayecto pasamos a metros de la reja del Estadio que separa el coliseo de la calle. Más allá se divisan los rostros dolidos de cientos de madres, de hermanas, novias y esposas. Cientos que forman miles. Miles que a diario se agolpan tras la reja con

la esperanza de ver o divisar a su ser querido. Muchas tienen niños en brazos, muchas levantan la mano y gritan un saludo. Queremos separar las manos y abrir los brazos para estrecharlas a todas en un cálido encuentro, pero no podemos olvidar la clara sentencia del comandante y la fría vigilancia de los guardias que nos impiden separar las manos de la nuca y romper la militar formación. Continuamos la marcha.

Abren el portón de la piscina, hay más guardias que de costumbre, cada diez pasos un centinela de punto fijo.

—¡En este cuadrante verán a las mujeres... Nadie puede salir de él... Tienen treinta minutos y cuidado con lo que hablen...! —Es la voz del oficial que tras su casco de guerra y de sus oscuros lentes, esconde el rostro para más tarde no ser identificado.

Como flores van apareciendo nuestras compañeras. Con el pelo suelto al viento, parecen rosas o jazmines. Mi valiente morena viene volando con su flor en el pelo y su sonrisa de nácar. Cada pareja busca su nido, el cuadrante se agranda para cobijar tanto amor contenido. De la cintura la llevo a una jacarandá de racimos de lilas y blancos de perfumado aroma a primavera. Nuestro nido con frescura a tierra, a pasto, deja pasar los tibios rayos de sol que han mateado la piel joven de mi pequeña morena. Me miro en sus ojos grandes mientras encierro sus delgadas manos en las mías. Miramos alrededor de aquel jardín de amor.

Algunos se besan, otros ríen. La mayoría como nosotros, se mira a los ojos intentando darse todo este amor contenido, toda la fuerza, ternura y esperanza.

—Pensé que ya no te vería, —fue lo primero que me dijo—. Lloré de impotencia porque nos separan aún más... ¡Todo esto es tan injusto! Pero no te preocupes, ahora estoy más tranquila porque nos llevarán a la Cárcel de Mujeres, y eso es mejor que continuar aquí.

Su voz nace preñada de amor y ternura. Se desliza, suave, como un arroyo cristalino y transparente, el dolor por el amor ausente.

—Amor... no sabemos cuánto durará esta pesadilla; ya son muchos los días que llevas detenida y quizás pasarán muchos más. Debemos hacernos un examen autocrítico de las costumbres que hemos adquirido en la prisión, revisar punto por punto todos los movimientos que hacemos en el día, cuántas horas le dedicamos al sueño, qué hacemos para entretenernos, distraernos y también superarnos. Podemos pasar mucho tiempo encarcelados y hay que plantearse como primer objetivo SOBREVIVIR, y sobrevivir con las menores huellas posibles de esta vida de prisión.

—Te amo, mucho... a ti y a nuestro hijo. Este amor nos dará las fuerzas para seguir de pie. Pero es necesario sacar rápida experiencia de lo que estamos viviendo, hay que buscar las formas para defenderse mejor, escucha bien lo que tengo que decirte: lo PRIMERO es defender la vida. Defenderla del hambre, del frío, de las enfermedades, de la pena. Defenderla de todo lo que significa la prisión. La consigna es SOBREVIVIR a toda costa, menos la traición. Para ello ahora debes revisar tu vida y ordenarla. Es necesario combatir el ocio que desemboca en cavilaciones que destruyen la esperanza; con tus compañeras debes realizar actividades, inventar juegos, hacer charlas, conseguir algo de leer y sobre todo si pueden hacer actividades productivas que ocupen la mente y las manos. Es necesario cuidarse de...

Interrumpo las instrucciones de guerra, porque ha llegado un grupo de nuevas compañeras; trajeron sobre unas tablas sandwichs y refrescos disueltos en agua. Están repartiendo su cargamento de solidario amor a cada una de las parejas. Nos sonríen con picardía, pero a la vez con franco aprecio. Ellas no han recibido visitas de sus novios, sus padres, sus hermanos o sus esposos. Quizás estén en otro campo de concentración o están siendo perseguidos en estos instantes. Tal vez algunos ya han encontrado la muerte en la sala de torturas o en el paredón. Pero ellas se han hecho presente, apareciendo como fugaces golondrinas, portando un mensaje solidario al reencuentro del amor.

"Ellas tenían preparada esta sorpresa, cuando supimos que autorizarían este pololeo; estaban más contentas que nosotras mismas. Nos decían que era como si también a ellas las vinieran a ver. Por eso también se han arreglado". Y era cierto, parecían mariposas volantes de pareja en pareja o más propiamente de flor en flor. Unas eran jóvenes con sus rostros aún infantiles, queridas y heroicas camaradas de prisión. Se han ido como vinieron, alegres y volando.

"Todos estamos orgullosos de ustedes, se han portado más valientes que los propios hombres, por eso las queremos más. Ruth, esto es un ejemplo de conducta para todos nosotros en la prisión, en el dolor y el sufrimiento se está forjando la unidad, nuestra actividad diaria también debe tener presente esta tarea. Individualmente no somos nada y fácilmente nos aplastan, pero unidos y organizados lo somos todo, debemos organizarnos para resistir, para sobrevivir."

"No creas que no estamos organizadas. Y también muy unidas. Es como si nos hubiéramos conocido siempre, nos queremos y nos respetamos, repartimos el trabajo diario y nos cuidamos unas a otras. Organizamos juegos y charlas." Pienso mentalmente cuán fuertes y acerados son los destacamentos militantes de las fuerzas del pueblo. Me di cuenta que la experiencia de un camarín es la de todo un Estadio, que la del Estadio es también la de la Piscina. Me doy cuenta que miles, en diferentes cárceles y campos de concentración, estando presos, prisioneros, estamos combatiendo. Acaricio el rostro de mi compañera, la traigo hacia mi pecho, hago correr su suave pelo negro por entre mis dedos. Ella me abraza fuerte como queriendo refugiarse en mi corazón, estamos unos minutos en silencio. Es la hora en que el amor se expresa a través del calor de los cuerpos, del contacto eléctrico de la piel, es la hora de la ternura.

Los minutos han pasado inmateriales pero inexorablemente. Se acerca la hora de la despedida. Con su cuerpo cobijado en mis brazos le sigo hablando...

"Es necesario cuidarse también del hambre. Come siempre todo lo que te den, aunque sea intragable. Incluso la grasa o el aceite que queda en los pocillos debes untarlo y comerlo. Ellos quieren apagarnos la vida, cercarnos con el hambre hasta que delatemos a nuestros camaradas. No gastes inútilmente las energías, resérvalas para resistir, para sobrevivir. Cuídate también de las enfermedades, hoy juegan en favor del enemigo; hay que lavarse diariamente aunque el agua sea un hielo, también lavar la ropa, hay que cuidarse de los piojos. ¡No abandonarse ni un minuto, jamás bajar la guardia! Debes dormir sólo lo necesario para reponer en debida forma las energías. No ayuda a la larga, buscar en el sueño una vía de escape a la dura realidad".

"Es mejor enfrentarla con entereza y decisión. Es probable que en la Cárcel de mujeres te interroguen, debes responder la verdad, de ningún modo inventar nada. Te preguntarán de tu detención. Cuenta tal como fue. Te preguntarán también de tu vida, dónde trabajas y muchos datos muy fáciles de verificar. Debes responder la verdad. Y cuando te pregunten sobre las actividades políticas no debes contestar nada, tampoco inventar, allí está el peligro más grande, niega toda tu actividad política, y no porque haya nada de malo o comprometedor en ella, sino porque si aceptas o cuentas algo, ellos supondrán siempre que sabes más de lo que les has dicho, aunque lo hayas dicho todo. Entonces ya no descansarán, ni te dejarán en paz".

"Te quiero, amor... Seré firme y sobreviviré para ti, para nuestro hijo y para seguir luchando". Sus ojos negros y profundos confirman la decisión indomable de sus palabras.

Nuestros carceleros anuncian el fin de la visita. Con un beso sediento de amor y libertad, nos despedimos seguros uno del otro y ambos de nuestros camaradas. Fue un oasis verde, de sol, amor y esperanzas en aquella jungla de muerte y cemento.

CHACABUCO: PAMPA DE SOL Y SEQUEDADES

Chacabuco es parte de la historia de Chile. Junto a "María Elena", "Lautaro", "Pueblo Hundido" y muchas otras oficinas son el testimonio, mudo y carcomido por el tiempo, de lo que fuera, a comienzos del siglo XX, el saqueo despiadado y sangriento que el imperialismo inglés y la burguesía nacional hicieran de las riquezas minerales del desierto nortino chileno. Chacabuco fue uno de los tantos centros de explotación y miseria, en los cuales miles y miles de mineros extraían a golpes de barreta la dura costra de nitrato para cambiarla por unas cuantas "fichas" acuñadas por la Anglo-Lautaro Company o Mister North, como únicas monedas reconocidas por la única pulpería de cada oficina salitrera. Con ellas podían comprar unos cuantos productos para seguir viviendo, para seguir trabajando, para seguir muriendo. Allí nació la clase obrera a la conciencia y organización. Por allí pasó mil veces Luis Emilio Recabarren, fundador del movimiento obrero chileno.

Chacabuco, como todas las oficinas salitreras, murió cuando, a raíz de los avances científicos exigidos por el belicismo de la primera guerra mundial, se descubrió la fórmula del salitre sintético. Entonces, los "inversionistas" desmontaron las maquinarias utilizables y lanzaron a la cesantía a miles de obreros. El desierto nortino es el desierto más árido del mundo. No quedaba otro camino que emigrar en busca de trabajo a otros confines de Chile. Así se repartió también la semilla de rebeldía sembrada por Luis Emilio Recabarren en los corazones de legendarios obreros.

De la época del salitre no quedó nada para Chile. Sólo los pueblos marchitos que aun guardan la huella del hombre explotado y el dolor suspendido en el recuerdo.

El 9 de noviembre de 1973, Chacabuco volvió a ser un lugar maldito para el pueblo, un lugar de miseria y de dolor. Sólo que ahora el amo era otro imperialismo, sólo que ahora no se apagaban sus vidas para sacar salitre a golpes de sudor y sangre,

sino que se enterraban las vidas en la pampa de sol y sequedades para seguir explotando a otros obreros. Sólo que ahora, para mantener la dominación imperialista y restaurar al capitalismo en Chile, era necesario convertir Chacabuco y cien lugares más, en campos de concentración y exterminio.

Cerca de mil prisioneros torturados y engrillados llegaron a Chacabuco al encuentro con ese dolor suspendido en el recuerdo. En medio del desierto, a dos mil metros de altura y sobre una meseta, la Junta fascista había ubicado otro campo de concentración. En el corazón de la abandonada oficina había construido una copia idéntica de los campos de concentración nazis.

GUITARRAS PRISIONERAS

"Me trajeron por cantor... Y aquí no seguiré cantando". Había sido la respuesta huraña, pero valiente, de Ángel Parra cuando, a punta de groserías y fusiles, un grupo de militares intentara en el Estadio que el artista divirtiera a los carceleros con su guitarra.

Ahora que crecía la organización y la unidad de los presos era necesario abrir el abanico de aquella riqueza humana encerrada por el fascismo. Había que mostrar al mundo el "tipo de hombre" que la Junta mantenía encerrado. Como erupción volcánica nacía Chacabuco prisionero. Era un desgarrado grito de vida en medio de la pampa y sus sequedades. La fuerza vital nacida del dolor y la sangre de esos hombres, debía también expresarse en canciones y guitarra. Por ello, Ángel se sumó con todo su talento a la tarea de mantener la vida y los valores humanos, en aquellas condiciones de cárcel, sangre y muerte. Se trataba de plasmar en la música, en la poesía, en la pintura, en la propia arena calcinada del desierto, y en la alambrada levantada para destruirnos, nuestros propios rostros, nuestra amargura y nuestra esperanza. Levantar y expresar a través del arte, la rebeldía indómita de aquellos combatientes.

Es cierto que en el propio Estadio, la ira de los puños apretados convirtiéndose en canto, dibujó en el cielo la decisión desafiante de seguir luchando, pero aquél, siendo el nacimiento del canto prisionero, era más que nada una manera de darnos calor y pan para recordarnos que seguíamos vivos. En Chacabuco se inició una nueva etapa, una fase superior, donde saltando de la interpretación entusiasta e ingeniosa, se abría paso a la nueva creación que hablaba del drama que en Chile se vivía, pero sobre todo hablaba de la fuerza invencible allí encerrada.

Recibimos de los obreros de un mineral nortino una guitarra, un bombo y un charango. Era la solidaridad proletaria de nuestros hermanos de clase que, enfrentados a la represión y al hambre, no olvidaban esa parte del pueblo encarcelado. Con aquellos instrumentos, más algunos que, partiendo de las manos de nuestros familiares, lograron saltar la alambrada, comenzó en Chacabuco un serio y admirable trabajo de creación musical. Allí, como en todas las prisiones de Chile.

FILISTOQUE ES ASCENDIDO A COMANDANTE

En Chacabuco y muchos kilómetros a la redonda no había más que prisioneros y carceleros. La antigua y abandonada oficina salitrera de la Anglo-Lautaro Company de los tiempos del imperialismo inglés, había sido declarada monumento nacional bajo el gobierno del presidente Allende; por esta razón la circundaba un muro hecho de calamina y madera que dejaba un único acceso. De allí salía el camino que, después de un kilómetro y medio, empalmaba con la carretera panamericana, donde también estaba instalado el puesto de guardia principal que, con su monumental barrera, impedía la entrada o salida a toda persona ajena al personal militar de custodia. Más allá del cierre de calamina, rodeando toda la periferia de la oficina, se extendía, con un ancho de doscientos metros, el campo minado. En aquella zona y en todas las direcciones había sembrada una mina

terrestre dispuesta a volar en mil pedazos a quien osara pisarla. Más allá de las minas se extendía ancho y llano el desierto más árido del mundo, el desierto del norte grande. Chacabuco fue una de las oficinas más importantes, de casi cinco kilómetros de diámetro, cuya superficie sólo en parte era ocupada por los prisioneros. Eran casi cien mil metros cuadrados encerrados por una alambrada de malla de dos metros y medio de altura, continuada en su parte superior por seis alambres de púa electrificados. Cada cien metros, una torre de vigía provista de un potente reflector y una monumental ametralladora punto 30: había un solo lugar de acceso y salida, protegido por un gran portón de grueso candado custodiado por el segundo puesto de guardia principal. El resto de la oficina, es decir, la plaza, la filarmónica, la iglesia, la antigua maestranza y la huerta, quedaban en la zona militar que ocupaba el resto del campo, con su comandancia, casino de oficiales, casino de suboficiales, la casa del comandante, la casa de los oficiales, la casa de los suboficiales y soldados, el hospital de campaña y otras dependencias menores. Una fuga en Chacabuco era imposible, al menos sin una importante ayuda externa.

Filistoque era un prisionero, pero no era un preso cualquiera. Prisionero político que no había sido dirigente, sino militante de las filas del pueblo. Por eso le habían volado a patadas los dientes en el interrogatorio, pero Filistoque "se les fue en collera" y no pudieron con él. Era, sin lugar a dudas, uno de los nuestros, pero uno especial. Era un personaje en el campo. Se ganó el cariño de todos y, hasta cierto punto, la simpatía de algunos carceleros. Filistoque, siendo militante de la izquierda, era sobre todo un patiperro, un buscavida. De un metro noventa, macizo, de anchas espaldas, entre rubio y canoso. Bordeaba ya los cuarenta y cinco, pero tenía la personalidad de un niño maldadoso, de ojos claros y cara de turco, simpático, sembrado de profusa pilosidad en el pecho, los brazos y los hombros, podía parecer un orangután con su andar cadencioso, pero más que nada su barriga lo

delataba como bueno "pa'l patache, pa'l blanco y pa'l otro"[4], un típico gourmet criollo de esos que el domingo en la mañana van temprano al mercado, compran cebollitas tiernas, las primeras frutillas de la temporada, mariscos y verduras a montones. Se instalan en el patio de su casa o en la de algún amigo, y con exquisita delicadeza van cortando en fino de milímetros el perejil o el cilantro para la ensalada de tomate. Filistoque es de los que, en camiseta y suspensores, una mañana de domingo se sienta bajo el sauce de su casa a jugar una partida de brisca, acompañado de un borgoña de espeso tinto y rojas frutillas. Su vida era de un bohemio proleta. Jamás un trabajo fijo, pero tampoco vivía de sus rentas porque no las tenía. Vivía de lo que ganaba en los mil y un empleos que tuvo. Trabajó en el hipódromo y allí aprendió las mañas del mafioso ambiente de las carreras. Había sido jugador de fútbol profesional, garzón, guardaespaldas y mil cosas más. Ahora, era preso y en Chacabuco no tenía ni el borgoñita ni el "patache de mariscos" a mano, pero mantenía su ánimo y su jovialidad. Su estilo de buscavida lo había llevado a tener alguna amistad con los suboficiales y gente de tropa, en un plano, por cierto, separado del político, manteniendo mágicamente su dignidad de preso. Con chistes y cuentos divertidísimos los engatusaba y les "doraba la píldora", así conseguía que se paletearan en alguna "gauchada"[5]. En más de una oportunidad consiguió que un suboficial le regalara un pollo del casino de los oficiales, algo de verdurita y un poco de aceite. Cuando esto ocurría Filistoque era amigo de los amigos, invitaba a medio mundo a compartir su mesa prolijamente preparada. Cuando fallaba el abastecimiento desde las filas enemigas, estaba instalado en cualquier casa del interior del campo haciendo maravillas culinarias con alguna encomienda recién llegada. Así era Filistoque; una mezcla de preso político, gourmet criollo, pato

---

4 Bueno "para la comilona, para el vino blanco y para el tinto"

5 Así conseguía que le concedieran algún pequeño favor.

malo y buscavida, pero con una norma a toda prueba: leal con sus amigos y su militancia.

Se acercaba el 21 de Mayo, "día de las glorias navales" de la Marina Chilena. Al final de la primera semana de mayo hubo, como de costumbre, cambio de guardia. Temprano, a la hora del izamiento del pabellón nacional, se hizo cargo el nuevo teniente de seguridad de todo "el personal de detenidos". Había estado ya varias semanas en el campo desempeñando las mismas funciones, por eso conocía a Filistoque como a todos nosotros. Terminamos la canción nacional, todavía estábamos formados, cuando nos dijo:

—¡Poner atención acá!.., En unos días más se celebran las glorias navales. Habrá un desfile en Antofagasta. Quiero que para esa fecha mi compañía tenga su propia banda de guerra. Todos los que sean instructores en Banda de Guerra... un paso al frente!

Nosotros íbamos a todas las "parás"... Total había que romper de alguna manera la rutina del campo, y éramos lo suficientemente mayorcitos para pararnos en seco cuando intentaban usarnos en contra de nuestros propios compañeros. Instruir a los soldados para que aprendieran a tocar trompeta, pitos, cajas y bombos rompía la prohibición de contacto que había establecida por los superiores, lo cual nos permitía a nosotros entrar en el frente enemigo. Salieron adelante como doscientos voluntarios, entre ellos, por cierto, Filistoque. El teniente de seguridad seleccionó a seis, entre los cuales estaba Filistoque. De los seis nombró a uno de jefe, a Filistoque.

Rompimos la formación y los seis "instructores" encabezados por su jefe Filistoque, escoltando al Teniente, salieron del campo rumbo a la comandancia. En el patio de la Comandancia estaban los "pelados" que formarían la banda de guerra de la compañía del nuevo teniente. Eran unos cuarenta conscriptos. Cuando vieron aparecer al teniente, rápidamente de un salto, formaron militarmente. Entonces fue cuando el teniente con voz militar les dijo:

—¡Poner atención acá...! Estos van a ser sus instructores... Y éste —indicando a Filistoque— será el jefe. De ahora en adelanteee... será el Comandante Filistoque. ¿Entendidooo?... Todo lo que él ordene se cumple.

Así fue como Filistoque, que no era un preso cualquiera, fue convertido en "comandante". Todas las mañanas después de la formación se abría el grueso portón del campo para dejar salir a los "instructores de la banda de guerra". Desde el interior del campo, nosotros escuchábamos los estridentes trompetazos, el acompasado resonar de los tambores y el potente bombo de la banda de Filistoque. No pasaron muchos días cuando nos topamos con él y le preguntamos por los progresos de su banda. Allí fue cuando nos contó que lo habían ascendido a comandante. Nos apretamos la "guata" imaginándonos a los "presos de guerra" mandando a sus propios carceleros. Era demasiado inverosímil y así se lo hicimos ver a Filistoque, y su respuesta fue la más sencilla de todas: "Los invito mañana, a ver un ensayo, a eso de las diez y media..."

Filistoque ya en esos días hacía valer su condición de comandante, por lo que mandaba a los otros instructores temprano, después de la formación, y salía del campo alrededor de las diez y media de la mañana luego de haber desayunado por segunda vez en alguna casa, en medio de la risa general, mientras contaba algunos pormenores de la banda de guerra.

Esa mañana estuvimos a las diez en punto en el portón de salida del campo, tratando de divisar por entre la alambrada a Filistoque. Sólo se veía a la banda de guerra acercándose en grupos alrededor de cada instructor. Estaban todos menos Filistoque. Ya comenzábamos a impacientarnos, cuando lo vimos acercarse desde el interior del campo. Serían las diez y media. El sol pegaba fuerte en los rostros. Filistoque caminaba a paso cansino y sonriendo. Vestía como de costumbre a esa hora, inmaculada camiseta blanca sin mangas, unos también inmaculados calzoncillos tipo "short", unas sandalias y un gorro azul de

prominente visera, con su cara de turco simpático, su sonrisa sin dientes y su redonda barriga. Parecía cualquier cosa menos "comandante". El centinela de guardia inmediatamente le abrió el portón. Filistoque ni siquiera se dignaba mirarlo. Antes de cruzar la reja nos dijo: "Vamos a pasar revista a estos muñecos". Desde la puerta, dando un silbido puso en aviso a la banda de su presencia.

Entonces se disolvieron rápidamente los grupos y todos partieron a ocupar su puesto en la militar formación. En unos segundos se acomodaban los instrumentos, la ropa, y se alineaban sacando pecho. Nosotros mirábamos estupefactos, desde el interior de la reja, esta inusitada escena que se desarrollaba frente a la plaza. Ya Filistoque estaba a pocos metros del compacto grupo formado de casi medio centenar de soldados del Ejército de Chile, del mismo ejército que nos mantenía presos, sólo que esta vez, en lugar de fusiles cargaban trompetas, cajas, platillos, flauta y bombo. Filistoque avanza y el grupo mantiene rígida formación: es todo silencio y respiración contenida.

Entonces Filistoque esconde su barriga haciendo resaltar su blanca camiseta interior y sus pulcros calzoncillos, y en un ademán marcial se lleva la mano derecha a la visera azul de su gorra, imitando cómicamente el saludo militar a la tropa. En el acto resuenan las trompetas, el redoblar de los tambores, los pitos, el bombo y los platillos. Sin bajar la mano de la visera, Filistoque, erguido, con todo el aire en sus pulmones y el poto echado hacia atrás, cruza por delante de la "banda de guerra" pasando revista a la tropa. Alguien que está con nosotros dice: -"lo que tocan son los honores al comandante."

Terminada la inspección de la revista, Filistoque imitando, no sin éxito, la cortante voz de mando, característica de los milicos, les da la orden:

—Poner atención acáaa... Encajonar la banda de sur a norteee... —Y girando sobre sus talones agrega—: conversión a la derechaaaa... De frenteee... ¡ar!...

Con solo girar en sus talones Filistoque ha quedado a la cabeza de la banda, dándole sus espaldas a ésta. A su frente se extiende la calle principal de lo que fuera la antigua oficina salitrera. Con su metro noventa y su indumentaria —tan blanca como estrafalaria— resalta por sobre los petisos soldados a los que llama irónicamente "muñecos". Levanta la mano con el puño cerrado y blandiendo el brazo, como en las concentraciones populares, hace avanzar a sus "muñecos" en correcta formación al compás de marciales himnos militares. Escoltan la banda de los soldados, los "instructores", ayudantes de Filistoque, que con gritos y voces de mando corrigen la formación. Toda esa mañana estuvimos gozando las maniobras del comandante Filistoque que, en calzoncillos, dirigía su "banda de guerra".

No pasaron muchos días cuando, de manera intempestiva, dieron por los parlantes del campo la orden urgente de formación. Eran como las cuatro de la tarde y ya estábamos todos formados según la división por pabellones. Cada jefe había sacado el "parte de fuerza" y ya se había ubicado en el centro de la cancha junto a los demás jefes de pabellón y el "ancianísimo". Así estábamos cuando aparece el teniente con un despliegue impresionante de fuerza: tropas por todos lados, emplazan las ametralladoras punto 30, bordean la cancha por las espaldas nuestras con centinelas de rodilla en tierra prestos a disparar. El oficial toma la cuenta del "parte de fuerza", ordena a los jefes de pabellón ponerse al frente de su gente. Y comienza a darnos una feroz "filípica":

—¡Poner atención acáaa!... Hoy se ha violado una orden inquebrantable. Este hecho no puede volver a repetirse nunca más...

¿Qué había pasado? Esa tarde el teniente había tenido que montar en su "jeep" para ir rápidamente a buscar, a dos kilómetros de la Carretera Panamericana, a Filistoque y su banda de guerra. Al "comandante Filistoque" se le había hecho chica la oficina Chacabuco y tomando a sus "muñecos", como el flautista

encantado, los había conducido por la calle principal de la antigua oficina salitrera, enfilando hacia la monumental barrera que bloqueaba la única entrada al cierre de calaminas. El puesto de guardia sabía que Filistoque tenía grado de "comandante" por lo que se apresuró a subir la barrera mientras él, con el puño en alto abandonaba el campo seguido de los compases marciales de su banda de "muñecos". Tras algunos minutos de marcha, había alcanzado la carretera panamericana y había continuado su marcha rumbo al sur, vestido con sus flameantes calzoncillos blancos, su suéter, sus sandalias y su camiseta, seguido siempre de sus sonoros "muñecos". Más atrás había aparecido un veloz "jeep" militar tratando de darle alcance. A bordo, seguramente de pie, iba vociferando el teniente ocupante.

Cuando rompimos la formación nos acercamos a Filistoque para capturar una explicación de tan insólito hecho. Nos dio la misma explicación que le había dado al teniente: "Todos estos días los muñecos han entrenado en la tierra. Y cuando desfilen en Antofagasta tendrán que hacerlo sobre pavimento. Y claro... no es lo mismo marchar sobre tierra que sobre pavimento". La respuesta era propia de Filistoque, y seguro que ésa y no otra, había sido la motivación. Porque nadie, incluido Filistoque, se le habría ocurrido fugarse de un campo de concentración acompañado de una sonora banda de sus propios carceleros. Allí mismo en la Panamericana fue dado de baja el comandante Filistoque que, sin jinetas, volvió a ser el mismo prisionero Filistoque de siempre.

Lo importante del "affaire" fue, no sólo haber puesto en evidencia la grotesca incapacidad del ejército comandado por los fascistas y las "mentes brillantes" que hay entre sus oficiales, que se convirtieron en el hazmerreír nuestro por un buen tiempo, sino, además, sirvió para romper las disposiciones que prohibían la confraternización entre prisioneros y tropa, lo cual, por cierto, dificultaba el trabajo de esclarecimiento a realizar en ella. Filistoque y sus instructores ayudaron así a destruir parte

de la propaganda fascista que los oficiales inculcan a la tropa en relación a la calidad humana de los presos políticos.

EL PINTOR Y LA SEÑORA

La mayoría de los chacabucanos eran obreros, al igual que en todos los campos de concentración de la Junta Militar fascista. Pero el fascismo, persiguiendo y encarcelando en primer término a los obreros por representar los intereses de la ínfima minoría de explotadores, también persigue a otras capas de la población. Nadie queda exento de la amenaza de cárcel, a no ser la gran burguesía dueña del capital monopólico y los amos imperialistas. Por ello, aparte de los profesionales y técnicos, de los estudiantes y empleados, en Chacabuco había un buen número de intelectuales y artistas. Muchos de ellos eran grandes figuras de la cultura contemporánea chilena, pero la Junta Militar, partiendo por las universidades, aplastaba y perseguía la cultura.

Los intelectuales y artistas, con la ayuda de los obreros y los campesinos, pronto aprendieron a sobrevivir en las duras condiciones de la prisión. Y pronto también hicieron brotar su arte en las sequedades del desierto. Ayudaron de esta manera, grandemente, a darle impulso y vida a Chacabuco. Se montaron no sólo talleres literarios, de teatro o folclore, sino que también florecieron los talleres de pintores. En ellos se capturó la inmensidad del desierto, las calcinadas arenas, los multicolores atardeceres, y también las ruinas silenciosas de esa historia hecha de sudor y salitre, de la cual no quedaba más que polvorientas calles, descoloridos pabellones y una iglesia vacía. Allí se retrató también a los oprimidos. Se pintó la esperanza en cartulinas navideñas. Se plasmó la vida prisionera sobre cualquier papel.

Un día, uno de los comandantes del campo, alto y prepotente, pasaba revista por el interior del campamento. Se encontró así con las pinturas de Patricio, quien no las regalaba al que se las pidiera. Las iba amontonando en su casa-taller. Patricio era

un pintor que aunque de la joven generación, ya era perfectamente conocido y premiado en varias exposiciones. Era además profesor de la Facultad de Bellas Artes en la Universidad. El comandante quedó impresionado de encontrar belleza en un lugar donde se había ordenado reprimir y encarcelar. Esperaba tristeza, nostalgias y abandono: encontró lo contrario. Pero era demasiado prepotente y fascista para decir algo. Se fue sin duda molesto y sin decir ninguna palabra.

En la tarde hizo llamar a Patricio a la comandancia del campo. Allí le preguntó si era pintor y a qué se dedicaba afuera. Patricio le respondió que efectivamente era pintor de profesión y que toda su vida seguiría pintando. El comandante le preguntó entonces si estaría dispuesto a pintarle un retrato de su señora. Había cambiado el tono de sus palabras, por un minuto perdía la prepotencia avasalladora. Patricio percibió de inmediato el cambio de tono, entonces se le ocurrió decir que no tenía materiales, que un buen trabajo requería de muy buenos materiales y que los que le habían mandado de casa ya se habían agotado. El comandante insistió que quería un retrato para su esposa y que estaría dispuesto a darle facilidades para resolver el problema de los materiales. Era lo que Patricio estaba esperando, entonces le soltó el doblajo: le dijo que sí y, de una sola pedida, se armó para dibujar un siglo. Convinieron finalmente en que el comandante le haría llegar una fotografía de su esposa.

Al día siguiente llegó un soldado a la casa-taller de Patricio portando un sobre cerrado que le mandaba el comandante. En el interior venía una fotografía de la esposa. Aun cuando hubo opiniones en contra, la mayoría éramos partidarios de que inmortalizara a la veterana. Patricio vivía con su madre y era justo que si había oportunidad en estas condiciones de ganarse algunos pesitos lo hiciera. Por otra parte, pensábamos que cualquier vínculo de dependencia que creáramos hacia nuestros carceleros, podía usarse en algún momento en nuestro favor, y ya se había conseguido materiales para el taller donde no sólo pintaba Patricio.

El pintor se dio todo el tiempo necesario y también innecesario. Pintaba el retrato en medio de otros trabajos y del tiempo que le dejaban otras actividades incluidas el ocio. Periódicamente aparecía el comandante a preguntar por el trabajo. Hasta que un buen día al pintor se le ocurrió una pillería.

—¿Por qué no hacemos traer a la vieja?, —dijo muy suelto de cuerpo —. Sería cuestión de decirle al comandante que con la fotografía no basta para captar la expresión.

A todos nos divertía la idea y se la apoyamos, era como mostrarle a ellos algo de nuestra fuerza. El pintor pidió ver al comandante y le dijo que necesitaba conocer personalmente a la señora para hacerle un buen retrato. La verdad es que cualquiera de los bocetos, bien podía contentar a muchos. El comandante accedió y le prometió que el próximo domingo la traería al campo.

Y así fue como apareció el domingo, más pintada que un cuadro de Picasso. El pintor salió con su caballete y sus materiales rumbo a la Comandancia. Allí, después de conocer a la señora, la hizo posar en todas las posiciones que se le cruzaron en la mente. Y en un arrebato de atrevimiento le pidió que se sacara parte del maquillaje. La exigencia era una ofensa, pero pudo más la vanidad de la señora que casi sin protestar, se lavó la cara. Varias veces más le dio cita el pintor a la señora. A todas concurrió luego de haber recorrido, cada vez, los 200 kilómetros que separan Antofagasta de Chacabuco.

El pintor terminó su obra, no sin antes haber ayudado con su pincel a corregir todo lo descorregido del rostro real de la señora. Quedó con bastantes años menos y favorecida en todo lo que se pudo hacer sin arriesgar la verdadera expresión de la veterana, la que quedó maravillada con su retrato. Patricio también quedó feliz puesto que le cobró el equivalente a un sueldo y medio de un obrero calificado, y también nosotros, puesto que habíamos descubierto un punto débil en el prepotente comandante.

EL TATA SÁNCHEZ

El "Tata Sánchez" era la personificación de la clase obrera. De rostro arrugado, manos callosas de prominentes venas, nariz aguileña y bigotes emblanquecidos por el tiempo, siempre vistiendo su overol azul gastado, de gruesa mezclilla, un sweter de cotelé negro y amplia visera, un pañuelo blanco atado al cuello que usaba cada vez que la transpiración le venía a la cara. De mirada cariñosa y profunda, hombre de pocas palabras y de caminar gastado pero sereno; era la imagen, para todos nosotros, del obrero, del maestro. Había nacido a comienzos del siglo, un día 28 de noviembre. Era el menor de cinco hermanos que, como él y su padre, eran obreros. Desde los trece años venía trabajando para ganarse el pan y el techo. En una vida de sudor y esfuerzo había alcanzado ahorrar tan sólo para tener una modesta casita hecha con sus propias manos en una población de la periferia de Santiago.

Hacía muchos años que era obrero de la construcción, más precisamente estucador y yesero. Un día nos contó algo de su vida obrera. Era "oficial ayudante" de maestros yeseros. Acarreaba materiales y les ayudaba a preparar la mezcla "pa'l enlucido". Trabajaba en la construcción en Santiago. Se trataba de una firma muy grande que ganaba todas las propuestas importantes del gobierno. Los "futres" ganaban mucha plata, pero a ellos les pagaban una miseria.

"Ya tenía dieciocho años y fui llamado al servicio. Me tocó en el regimiento de San Felipe. Era regüeno pa' la pelota. Con mis hermanos jugábamos en la "Unión Carmen" en la Plaza Bogotá. En el regimiento había un equipo de fútbol y nos probaron a todos de entradita. Yo quedé al tiro, pintado como "basgüin" izquierdo. Pasábamos dándole patadas a la esférica y así le sacábamos la vuelta a las otras pegas[6]. El equipo era más o menos y se hacían partidos contra el profesional de San Felipe. A veces

6 ... Y así evitábamos los demás trabajos.

también íbamos a jugar a Santiago. Así conocí a la "señora Juanita", en un partido contra el "San Felipe". Ya no me acuerdo si ganamos o perdimos, pero yo gané a mi vieja. Después del partido nos fuimos a su casa, empezamos a conocernos y nos juntamos. Cuando salí del regimiento me tentaron con hacerme profesional del "San Felipe". Estuve jugando un tiempo pero pagaban muy mal, así es que me retiré. Nos vinimos con la "señora Juanita" a Santiago. Yo volví a la construcción y vivíamos en una piececita que arrendábamos en una pensión barata. Era el período de la crisis, no había casi pega, todo escaseaba y había que tener cupones para comprar. Ya estábamos sindicalizados aunque todavía eran los primeros tiempos. Yo pertenecía al Sindicato de los Estucadores, que en ese tiempo era sindicato aparte del de la construcción. Ahí conocí a Juanito Vargas Puebla; estaba empezando como orador. Me acuerdo que con otros compañeros lo acompañábamos con un cajón al hombro por las plazas y parques. Juanito se subía arriba del cajón y empezaba a hablar. Hablaba contra la carestía de la vida, contra los patrones, contra el gobierno, contra todo. Nosotros dos éramos su auditorio y teníamos el cargo de aplaudirlo cuando llegaba a las partes culminantes de su discurso. A veces se juntaba gente y Juanito le ponía más color a la cosa. Después se convirtió en un gran dirigente. Dimos muchas peleas importantes con el gremio que más tarde se unió a todos los obreros de la construcción en una sola federación y las peleas fueron siendo cada vez de más envergadura. Con los años fui pasando de oficial ayudante a ayudante tercero, segundo, primero, hasta llegar a ser maestro yesero. ¿Ustedes saben cómo se hace el cielo raso o el "enlucido"? Yo les voy a explicar. Primero el maestro yesero tiene por fuerza que tener "güen ojo", porque él es quien coloca los niveles, ya sea para enlucir una pandereta o el cielo raso. Los niveles son la parte más delicada del trabajo. Si están mal sacados, el enlucido va a quedar chueco o disparejo. Después de colocar los niveles se hace la mezcla: hay que preparar una cantidad suficiente para

cubrir todo un paño. No se puede hacer todo al tiro porque el yeso se seca muy rápido y no se puede trabajar. Preparada la mezcla hay que empezar a tirar con la espátula y sin parar hasta cubrir todo el paño. No se puede parar y hay que tener muy buena muñeca. Esta es la parte más pesada del trabajo. Después con el "parache" y la "plana" se le va dando nivel y se pule el enlucido. En la construcción se gana a veces muy buena plata como yesero, cuando la obra es grande. El problema es que hay muchos meses de paro. Bajo el gobierno del compañero Allende había buena pega. Se estaba construyendo como nunca. Además los salarios eran harto distintos a los de antes. *Pero no hay mal que dure cien años, ni pena que por bien no venga"*.

El Tata Sánchez, que desde muy joven era yesero, tenía la espalda encorvada de tanto trabajo. Más tarde supimos que tenía cáncer a los huesos, consecuencia de tanta explotación y miseria.

Venía con nosotros desde el Estadio, lo habían arrestado el mismo día del golpe de Estado, en una industria metalmecánica. Se desempeñaba en ella como albañil, en las reparaciones del edificio. Era una industria monopólica que había pasado a manos de los trabajadores en el Área Social, durante el Gobierno Popular. Allí hubo resistencia armada contra los golpistas: como leones habían combatido los trabajadores defendiendo su gobierno. Pero las fuerzas bélicas del enemigo eran infinitamente superiores, muchos cayeron y muchos fueron apresados.

El Tata estaba entre ellos, pero jamás habló de lo que había pasado, ni nunca se le oyó ni siquiera una referencia a ese día.

Desde la inauguración de Chacabuco como campo de concentración vivíamos en la misma casa con otros diez compañeros: él era el único obrero al comienzo, el resto éramos ingenieros, periodistas, empleados fiscales o estudiantes. Lo habíamos elegido unánimemente jefe de la casa. Inmediatamente ganó el respeto de todos nosotros y se convirtió en nuestro líder. No había ido a la escuela pero sabía leer y escribir. Había aprendido en su sindicato. Muchas veces organizamos discusiones literarias después

de leer un mismo libro, o discutíamos temas científicos o políticos después de que algunos de los especialistas iniciara la conversa con alguna charla. El Tata participaba de igual a igual con todos nosotros en cualquier tema. Era hombre que jamás se cansaba de aprender, de investigar, de buscar la verdad. A todos nos trataba de usted, pero en ello no había sumisión ni apocamiento. Siempre había expresado así su respeto por la persona humana y en aquellos días de antihumanismo el "usted" del Tata sonaba a grito de rebeldía que reivindicaba la condición humana de todos nosotros ante la barbarie fascista. Cada vez que dio su opinión frente a un tema se abrió paso la verdad de clase, expresada con las palabras más sencillas y también, por eso, las más claras y elocuentes. Con su característica humildad aportaba la sabia experiencia de una vida de trabajo.

Nos enseñó algo que ni los ingenieros, ni los periodistas, ni los estudiantes habíamos aprendido en el pizarrón. Nos enseñó a defendernos de la vida dura, a sobrevivir con las manos y el ingenio, nos enseñó a superar las difíciles condiciones de la prisión. Quizás todos habíamos cocinado más de una vez en la vida, y hasta alguno podía considerarse un maestro en tallarines a la italiana. Pero cocinar en Chacabuco era distinto. No había cocina, ni ollas, ni cuchillos. No había mesa donde afirmarse. No había nada a excepción de un poco de cereales, pan duro y algunos condimentos que sabiamente la señora Juanita le había pasado al Tata el día de las visitas en el Estadio. Fue el Tata quien, de un pedazo de latón, confeccionó nuestro primer cuchillo, quien de un tarro de grasa ya oxidado, a fuerza de rasparlo con arena, hizo la primera olla chacabucana. El mismo que nos enseñó a cocinar de cien maneras distintas y con sólo tres elementos.

Al comienzo de nuestra vida en Chacabuco no teníamos nada. Tan sólo una colchoneta, un par de frazadas, nuestra escasa ropa y una litera de madera. Ni siquiera donde sentarnos, porque las literas estaban construidas como camarotes. El primer día salió el Tata en busca de ladrillos y desclavando un par de tablas de

su propia cama hizo las dos primeras bancas. Más tarde con otros obreros fabricó martillos, hachas, sacaclavos, serruchos. Con esas rudimentarias herramientas y con la colaboración entusiasta de todos nosotros se construyeron las primeras mesas, bancas y roperos para toda la familia prisionera. Día a día nos iba enseñando a defendernos, siempre con pocas palabras, tratando de usted, su pañuelo al cuello y el lápiz en la oreja, agachado, clavando, aserruchando, nos mostraba, con su ejemplo, el camino.

El Tata Sánchez militaba en las filas del pueblo desde hacía muchos años. Había ayudado a formar varios sindicatos. Siempre había trabajado por la unidad de la clase obrera. Muchas veces había sido despedido por defender los intereses de su clase contra los patrones. Muchas veces lo habían golpeado en la policía y no era la primera vez que conocía la prisión por defender los derechos de los humildes. Era un luchador anónimo, de paso cansino, pero de largo alcance. Todos los domingos salía a vender la prensa obrera. Era querido por sus compañeros de trabajo y sus vecinos que le llamaban el maestro Sánchez. Había trabajado por Salvador Allende en todas las campañas y más de una vez le alcanzó a estrechar la mano. Era parte de la historia de la lucha del movimiento obrero chileno.

Llegó un día especial para el Tata Sánchez. Un día especial para millones como él, un día especial también para nosotros. Había que hacer algo, no podíamos hacer mucho, debido a que nuestro mundo era pobre y reducido: estaba enmarcado por la alambrada del campo de concentración. Pero había que expresarle nuestro cariño y afecto al Tata, había que festejarlo con un saludo militante, de pie y combatiendo. Entonces se decidió hacerle una fiesta donde estuviera todo el pabellón presente. Nos pusimos de acuerdo con los jefes de la casa, fijamos una hora y convinimos el lugar. Todo el mundo fue avisado del festejo que se le brindaría al Tata y a cada uno se le pidió un aporte para amenizarla. A medio día recogimos las cuotas de pan, té, azúcar, café

escaso y preciado, algunas conservas, otros entremeses guardados para las ocasiones importantes. Nos fuimos a decorar la mesa elegida, acarreamos mesas y bancas, con arpilleras cubrimos el techo del patio. Encendimos los fuegos y comenzamos a preparar los sandwichs. Litros de gaseosa diluida en agua, hacía las veces del añorado tinto chileno.

A las cinco de la tarde empezaron a llegar los comensales. Era la hora convenida. Cada uno con su pocillo de aluminio y su cuchara en la mano. El Tata les va recibiendo y todos le abrazan. "Feliz Cumpleaños Tata, y que todos sus deseos se le cumplan, especialmente uno". Estamos todos a la hora prevista. Marcelo ha traído su guitarra y Julio el bombo. Comienza la fiesta como corresponde. Un par de cuecas chacabucanas han salido a la palestra. Mientras nosotros servimos té, café y jugos, se ha dado la orden de atacar comistrajos. Manuel se ha puesto de pie y propone un brindis por el Tata Sánchez: "Queremos saludarle en este día, decirle lo mucho que lo queremos por lo que usted es y representa. Feliz aniversario querido Tata Sánchez." Todos levantamos nuestros pocillos y brindamos con el Tata apoyando las palabras de Manuel. Alguien pide que Marcelo cante alguna de las canciones del "Oratorio de la Pasión según San Juan" compuesta por Ángel. Estamos todos. Nadie ha faltado a la cita. Otro compañero le pide entrada a los cantores. Se pone de pie y luego de unas felicitaciones al Tata, le recita uno de los poemas del Canto General de Pablo Neruda. Después de los versos salta un viejo luchador que además de ser socialista es tangómano. Acompañado por Marcelo en guitarra interpreta unos tangos de la vieja guardia como homenaje al Tata que también es tangómano. Pronto están los dos cantando. Son tangos que sólo ellos conocen. Al oído de la guitarra se nos han unido nuevos comensales de otros pabellones, se integran con su hambre y también con versos y canciones. Alguien propone que cada casa entregue un saludo al Tata. Se para el primer jefe de casa y da comienzo a una seguidilla de pequeños discursos.

"Los de la casa 35 nos sumamos a este festejo para saludar al Tata Sánchez, ejemplo de conducta y compañerismo en esta prisión..."

"Los de la casa 40 reafirmamos nuestra confianza en el destino histórico de quienes, como el Tata Sánchez, mueven con sus manos y con su trabajo el mundo. Saludamos por ello su condición de obrero..."

"Los de la casa 37 saludamos la sencillez y la modestia del Tata, su espíritu de colaboración y su presencia activa en todas las actividades del campo que van en el bien común..."

"Los de la casa 41 queremos decir nuestro aprecio y cariño por el Tata Sánchez, decir que su ejemplo nos da la seguridad de un amanecer de paz y de felicidad. Conociendo al Tata y a través de él a todos los trabajadores, no nos cabe duda que esta noche de dolor en Chile es transitoria. Saludamos su espíritu unitario, su nobleza y lealtad para con el más débil, saludamos su espíritu de sacrificio y su abnegación. Saludamos su vida y trayectoria de lucha".

Cada casa entregó un cálido y sincero saludo al Tata Sánchez. Cuando todos hubieron terminado, él se paró y comenzó con estas palabras. "Quiero agradecer a todos los compañeros que han intervenido por sus cariñosas palabras. Dichas hoy tienen un significado especial. Las entiendo, no hacia mi persona, sino referidas a mi condición de trabajador, a mi condición de obrero... Muchas gracias."

Así, aquel día 1° de Mayo, al lado de las alambradas del campo de concentración de Chacabuco, celebramos un aniversario más de aquel obrero que había nacido un 28 de noviembre.

EL PUEBLO ESTÁ COMBATIENDO, COMBATE POR LA LIBERTAD, COMBATE POR LA VIDA

"¡Cuídate compañero! ¡No te quedes en la cárcel grande, sal con tu guitarra al mundo, para denunciar los crímenes, sal para

cantar a la lucha, a la resistencia, sal para que cantes para todos!" Eran nuestras últimas palabras para Ángel, para el cantor del pueblo prisionero, que aún prisionero seguía cantando y combatiendo.

Desde el lado adentro de la alambrada, con la emoción contenida y los puños apretados, miramos el batallón de sesenta ex-prisioneros que ya está subiendo al camión militar. Tras aquel minuto de silencio, el viento de la pampa se convierte en quena[7], las arenas en guitarras, el sudor en charango, en bombo las sequedades. Surge espontánea, unánime y sonora, la voz de los prisioneros: "La... a la... rai..la...la...la...a rai... lai.. lá...". Es la característica musical de los shows de Chacabuco, aquellos a los que tanto ayudó a darle altura, calidad y combatividad nuestro inolvidable Ángel Parra. Antes que parta el camión han surgido las cuecas chacabucanas, que con desatada alegría llenan los confines del desierto. Nadie dirige, pero de todos brota, en un tácito entendimiento, el himno que para unos significa el retorno al lejano hogar y, para los más, la esperanza renovada de alcanzar algún día la libertad. *"Llegó la hora de decir adiós, decir adiós. Digamos al partir nuestra canción, nuestra canción. En marcha hacia la luz del sol, iremos todos hoy. Se clavará en el cielo el eco de nuestro último adiós..."* El camión ya es sólo un pequeño punto negro en el horizonte rojo y amplio de la pampa salitrera.

Han pasado las horas, se ha ido el poeta, pero ha dejado sus canciones. Estamos todos reunidos nuevamente en la única puerta de acceso junto a la alambrada. Esta vez es para darle la bienvenida al nuevo personal que viene a reemplazar a los liberados, a cumplir la función de rehén para que el pueblo no se levante. Ya han llegado. Esta mañana despedimos a sesenta. Los que llegan son cien. El mismo avión que llevará a nuestros camaradas a Santiago ha traído desde allí a los "nuevos". El mismo avión que llevará a Ángel ha traído a Ernesto.

---

7 Flauta; instrumento musical del altiplano.

"¡Si es Ernesto! ¡Más flaco quizás, pero es él!"

"¡Juan... Juan! ¡Mira quién viene con los nuevos! ¡Es tu hermano!" Ernesto encabeza ahora el batallón de los nuevos. Nos ha visto y levanta la mano para saludarnos. Abren el portón del campo. El Tata Calvo, que está a nuestro lado y que es nuestro jefe en la oficina administrativa, me dice con los ojos tristes: "Ayer éramos 976 prisioneros... hoy por unas horas fuimos 916... ahora volvimos a subir... somos 1016 hombres". Los antiguos le han abierto camino a los nuevos. Con Juan vamos escoltando la columna que se adentra por entre los pabellones. Aún no podemos abrazar a Ernesto. La fila de los centinelas que los va escoltando nos cierra el paso. Al fin la marcha se detiene. Les han asignado el pabellón número 40. Queremos, tanto nosotros como el resto de los compañeros, pasar el cerco para confundirnos todos en un mismo abrazo, darles nuestra bienvenida prisionera y solidaria. Estamos rompiendo el cerco cuando el oficial ruge:

—¡Poner atención acá! Todo el personal antiguo se retira de inmediato a sus pabellones. Solo el personal nuevo puede permanecer aquí. ¡En marcha!

Pero no obedecimos la orden. En lugar de irnos a nuestro pabellón nos parapetamos en una de las casas vacías del pabellón vecino. De allí mirábamos a Ernesto, como protegiendo su destino. Están distribuyendo en grupos, de a quince por casa, a los primeros. Ya se ha hecho de noche. Los últimos diez han quedado privilegiadamente junto a la última casa. Los militares se están retirando.

Como una avalancha aparecemos todos los antiguos. Hay apretones de mano, abrazos y palabras de afecto entre los conocidos y más que nada entre desconocidos. Hay el encuentro solidario de siempre entre presos de la Junta Militar Fascista. Los antiguos han traído velas para el agua caliente clandestina. Allí se ve un mate y también una guitarra con que algún discípulo de Ángel quiere aportar un pequeño "esquinazo". Han llegado tarde y no les han repartido ni frazadas ni colchonetas. Traen ham-

bre y sed. El "Ancianísimo" reúne a los jefes de los pabellones. Este nos informa que nuestros camaradas no tienen frazadas. Todo el mundo, encabezado por sus jefes, parte a sus respectivos pabellones. El Consejo ha resuelto una cuota de frazadas por pabellón, proporcional al número de hombres. Cada destacamento va en busca de su cuota. Mientras tanto el "Ancianísimo" les sigue informando de nuestra organización en el campo. Después de que esa noche nombran los jefes por casa y un jefe de pabellón ha vuelto la avalancha con más velas, con más pan, han traído también alguna conserva, té, azúcar, bancos, frazadas y algunas colchonetas de hombres con corazón limpio que quieren entregársela a los más viejos, enfermos o golpeados de los recién llegados. Vuelan bultos y bancas por encima de las cabezas. Un hormiguero de gente entra y sale de las casas, se tercian las conversaciones en el patio, en las angostas calles y los más osados han encendido una clandestina fogata para tomar el mate y acariciar en cantos la guitarra. Todos entrelazados, nuevos y viejos, vamos intercambiando informaciones...

—Esta guardia es vaca... Hay otras mejores... pero aquí no se pasa mal... —está diciendo uno de los veteranos de Chacabuco.

—Ya no nos aguantan la semana... cuando los tenemos amansaditos... —tercia orgulloso uno de los más jóvenes veteranos.

—¿Cuándo cayeron ustedes? —pregunta uno de los jefes de pabellón.

—Yo, ahora en enero ... Hace una semana que me detuvieron, —responde uno de los nuevos.

—¿Y como está la cosa afuera, compañero?, —vuelve a preguntar el jefe de pabellón.

—La represión sigue muy fuerte en todas partes... en los servicios y en las industrias están despidiendo mucha gallá..., también en las Universidades y en las escuelas han expulsado a miles de cabros... Los sueldos no alcanzan para parar la olla y el hambre está golpeando a los niños... Se está viviendo la crisis más grande que haya enfrentado el país, —responde uno de los nuevos.

—¡No podrán durar mucho estos milicos maricones!..., —ha dicho un obrero de rostro endurecido por la vida, escupiendo con rabia al suelo.

—Claro que no durarán mucho tiempo, compañerito, —responde tomando la palabra otro obrero, pero de los recién llegados—. El pueblo está combatiendo, los sindicatos están en la pelea... Todavía la mayoría organizados en forma clandestina. Pero ya hay varios que han conquistado en la lucha el derecho a existir abiertamente... por ejemplo, los viejos de la Federación de la Construcción se han ido de pliego de peticiones y andan trenzados en la inspección del trabajo sin bajarle el moño a los fachos... La gallá está perdiendo el miedo y la protesta se generaliza... Si se logra pronto el Frente Antifascista... les vamos a sacar la cresta en un solo round a estos maricones!...

Se nos ha venido encima la hora del toque de queda, que también rige al interior del campo. Debemos volver a nuestros pabellones de inmediato. A Juan se le ocurre una idea, que aunque arriesgada es aceptada por todos nosotros. Que llevemos esta misma noche a Ernesto a nuestro pabellón, más directamente, a su casa. Le proponemos la idea a Ernesto y éste acepta de inmediato. Tomamos los bultos y partimos rumbo al sitio convenido: allí podremos seguir la conversa en un ambiente más reducido y también más seguro.

Llegamos a la casa de Juan y organizamos de inmediato la reunión. Uno de los de la casa vigilará la calle desde la puerta, para avisarnos cuando venga la ronda. Otro se ha ubicado, arropándose con una manta, en el patio, para vigilar también la retaguardia. Yo coloco frazadas en las ventanas y en la puerta de la pieza para impedir que se vea la luz desde afuera. Juan ha echado a funcionar el calentador eléctrico "made in Chacabuco" en un tarro con agua. Otro compañero ha traído azúcar, té y unos restos de pan. En aquel ambiente familiar y libres de posibles soplones damos comienzo a la reunión.

Primero Ernesto responde a las preguntas de su hermano acerca de la familia. Aunque el padre está cesante, su hermana

menor ha tenido que dejar la escuela porque no hay plata para pagar la matrícula y comprar los útiles escolares, la familia está todavía firme y sin echarse a morir. El padre consigue esporádicos pololitos[8] y la madre hace vestidos tejidos, lava y plancha ropa ajena para ayudar a parar la olla. Además, como muchas otras familias de los presos políticos, recibe alguna ayuda, ya sea en alimentos, medicina o dinero, de parte del Comité Pro Paz, formado por las Iglesias.

—Es la ayuda de la solidaridad internacional que se reparte a través de las iglesias, —nos explica Ernesto.

Cuando Ernesto explica a su hermano las dificultades económicas y materiales por las que está pasando su familia, todos pensamos en la de cada uno. La conclusión es unánime. El peor daño que los fascistas nos hacen no es a nosotros mismos, sino a nuestros familiares. El peor dolor que nos causan no es la tortura sino el hambre de nuestros hijos y de nuestras madres. El peor castigo que recibimos es la imposibilidad angustiante de no poder hacer nada para ganar un pedazo de pan, no para nosotros, sino para lo más sagrado: la familia.

"¡Hijos de puta!", maldice uno de los muchachos más jóvenes de la casa, al tiempo que estalla en sollozos. Su padre había muerto hacía ya varios años y él, siendo el mayor de sus hermanos, era quien ganaba el pan para la casa como obrero de una fábrica textil nacionalizada bajo el Gobierno del Presidente Allende.

"Esta es la dura realidad que se vive afuera", nos dice Ernesto. "Con la Junta fascista hay hambre en todos los hogares, no sólo en los de los presos políticos. Es triste ver cómo en las calles andan los niños pidiendo limosna. He visto en el centro a un grupo de mocosos esperar en la salida de un restaurant que los empleados saquen afuera el tarro de la basura, para luego lanzarse de cabeza a sacar los restos de comida, limpiar con las manitas un pedazo de pan y llevárselo a la boca. Me he quedado mirándolos con los ojos llenos de lágrimas. Después echaban pan y restos de

8 Pequeños trabajos ocasionales.

comida en una bolsita, luego se fueron a buscar en otro tarro, pienso que no eran niños huérfanos, seguro que esa comida de las bolsitas la llevarían más tarde a sus hogares, a sus hermanos y a su madre... En Chile ya nadie duda que hay hambre. Esta se ve en todas partes, en los hogares humildes, en las poblaciones y en la calle..., es un hambre tangible, diaria, ensordecedora y aplastante. Son miles los cesantes, y no solamente son obreros o campesinos; miles de empleados y también de profesionales que han quedado sin trabajo. La Junta Militar dice que reduce el gasto fiscal para eliminar la inflación y con este pretexto están echando a miles de empleados y profesionales a la calle. Gente de todos los partidos políticos diariamente va engrosando las filas de los cesantes. Partieron por los de izquierda, pero pronto siguieron con los demócratacristianos y ahora nadie está seguro donde trabaja. La verdad es que la inflación, lejos de disminuir, sube a niveles increíbles. Alzan el pan y la bencina cuadruplicando el precio de una vez y los salarios se mantienen inmóviles. La gente está desesperada. Para enfrentar el hambre trata de vender las pocas cositas que compró durante el Gobierno Popular. Salen a la calle a vender a precio de huevo una plancha eléctrica, un juego de cuchillería, un par de zapatos o cualquier cosa. Pero no hay plata, y aunque el precio sea ridículo nadie lo puede comprar. Son verdaderas caravanas de gente las que tratan inútilmente de vender sus cosas para comer. A mi madre al principio le fue regular con los vestidos de lana que teje, pero cada vez le cuesta más venderlos. También el lavado ajeno y el planchado se hacen cada día más escasos. Los únicos que están ganando plata a manos llenas son los grandes monopolios, sobre todo las grandes empresas de capitales yanquis; esos son los que verdaderamente están mandando. También los milicos están enriqueciéndose, pero no todos, sino los generales y los altos oficiales. Los pequeños comerciantes y los industriales medianos están arruinados, cada día quiebran nuevas empresas pequeñas... ¡Todo esto que está pasando es lo que se llama fascismo!..."

A fin de restablecer la dominación imperialista y restaurar el capitalismo, han impuesto el más brutal régimen fascista. El Estado policial permanente es la herramienta que les permite mantenerse aún en el poder. Reniegan de cualquier tipo de estructura democrática, incluso aquella en que exista hegemonía burguesa. El régimen fascista impone la sumisión de toda la sociedad a los intereses minoritarios del imperialismo y de la gran burguesía. Se ejerce así la dictadura terrorista de los monopolios. Para impedir que el pueblo se organice y luche, mantiene el estado de sitio y el toque de queda. Allanan diariamente las industrias, las poblaciones, las universidades, y también las iglesias, los cines y los transeúntes. Chile sigue pareciendo un país ocupado por un ejército extranjero. Por eso también, el descontento es grande..."

—Bueno, cuéntanos qué pasa con la gente joven. ¿Es cierto que la Junta trata de ganársela...? —pregunta un dirigente estudiantil que vive en la casa de Juan y que también está preso desde los primeros días del golpe.

—Claro que la Junta intenta ganar para sus posiciones a la juventud y hace llamados para movilizarla. Pero la inmensa mayoría de la juventud repudia a la dictadura. Y eso, por una razón muy simple. Porque la Junta Fascista no le ofrece nada a la juventud. Porque también los jóvenes, ya sean obreros, campesinos o empleados, se ven igualmente sometidos a condiciones de superexplotación o cesantía. El Estado policial restringe severamente el funcionamiento de cualquier forma de organización social, por ejemplo: los clubes deportivos tienen que pedir, para sesionar, una autorización a la comisaría de su respectivo distrito, deben llevar la lista de los asistentes a la reunión y los carnets de identidad de los mismos. Lo mismo ocurre si cualquier organización deportiva, cultural, o simplemente un grupo de amigos, quiere organizar fiesta. Y claro, no solo hay que cumplir este requisito, sino soportar un allanamiento prolijo y detenido en medio de la reunión o la fiesta, con el peligro de

que se lleven a unos cuantos detenidos. Entonces, la juventud por un lado no tiene trabajo y por otro, si lo tiene, gana sueldos miserables. En la industria la allanan y la reprimen. Igual cosa sucede en la población donde vive. Participar en un club deportivo, ir a una fiesta, significa un riesgo. Es decir, a los jóvenes les está negado el derecho a vivir como jóvenes... Donde hace más esfuerzo la Junta por ganar a los jóvenes para el fascismo es en las escuelas y universidades. De partida ha expulsado a cerca de 60 mil estudiantes acusados de activistas políticos. Entre ellos, claro, la mayoría son simpatizantes de izquierda, pero también hay demócratacristianos. Con la política de "reducir el gasto fiscal" han privatizado la educación y ahora se debe pagar una matrícula altísima, a la vez que comprar los útiles escolares que antes eran gratis para los niños. Según los propios maestros, el índice de deserción por causas económicas es altísimo. Además, dicen ellos que muchos niños se desmayan por hambre en las salas. Más de diez mil postulantes a la Universidad quedarán este año fuera de ella, por una parte, debido a la situación económica y, por otra, porque ha disminuido el personal docente y se han cerrado carreras en las Facultades de ciencias sociales y de filosofía. La Junta se orienta a convertir las Universidades en centros de enseñanza clasista a los cuales tengan acceso sólo los hijos de la burguesía. Han instalado rectores militares en todas las universidades y dirigen policialmente la educación, transformándola en un instrumento ideológico para fascistizar a la juventud. Se dan clases en los cuarteles y se reemplaza las cátedras de sociología por cátedras donde se les prepara "contra la guerra subversiva" y contra el pueblo. Han creado una policía estudiantil con los elementos de las organizaciones fascistas para actuar como "colaboradores" de la Dirección de Inteligencia Nacional que no es otra cosa que copia de la Gestapo de Hitler. Es decir, han convertido el sistema educacional chileno en un aparato militarizado, autoritario y represivo, cuya finalidad es imponer la ideología del fascismo y colocar la enseñanza al ser-

vicio de los grandes monopolios... A pesar de todo esto, la Junta no logra ganar a su lado a la Juventud y la resistencia crece día a día, en los estudiantes y en la juventud trabajadora...

—Cuéntanos ahora de la resistencia. ¿Es cierto que ya ha habido huelgas y que también hay pintadas y volantes en contra de la dictadura?

– Primero hubo, naturalmente, un repliegue de las fuerzas populares. Era necesario adecuar sus estructuras y su organización para desarrollar una lucha de carácter clandestino, puesto que el marco democrático en que se desarrollaba antes ha sido reemplazado por el régimen de terror. A esta altura, las fuerzas de izquierda ya han reorganizado sus fuerzas...

El loro de la puerta da aviso que se acerca la ronda de los centinelas. Apagamos rápidamente la luz y sin hacer ruido nos metemos vestidos bajo las mantas. Se hace silencio y se escucha el paso de las botas de los centinelas que pasan por enfrente de la casa. Un haz de luz ha salido de las linternas de los guardias y penetra en la casa. Mantenemos la respiración temiendo lo peor. Pasan los segundos y se escucha alejarse lentamente la patrulla. Esperamos varios minutos en silencio, hasta que aparece el loro de la retaguardia:

—Ya se han ido, creí que iban a entrar, pero solo alumbraron para adentro desde la calle. No va a volver a pasar otra ronda hasta la madrugada...

Volvemos a encender con precaución la luz, designamos a otros dos para relevar a los compañeros en los puestos de vigía y reanudamos la charla. Prosigue Ernesto:

"Todos los partidos de la Unidad Popular están funcionando desde la ilegalidad, y lo más importante, funcionan a nivel nacional. Se sigue recibiendo golpes, claro está, pero ya hay continuidad en el funcionamiento de las direcciones nacionales, regionales y locales. Hay casos de partidos en que la DINA ha logrado detener a toda una dirección nacional y a los pocos días ya se ha estructurado una nueva. Lo mismo ocurre en el caso de

la Central Única de Trabajadores y de los sindicatos. Es a través de la organización clandestina como se hace la denuncia abierta del carácter de la dictadura, de sus crímenes y de su política antinacional. Desde allí se orienta y se organiza la lucha de masas. La forma clandestina es la que permite, al tiempo que sortear la represión, mantener el vínculo con las masas. El objetivo más importante de hoy es desarrollar abierta la acción de masas. Por eso se ha definido como asunto clave la recuperación de los derechos sindicales y, en primer término, el derecho de petición y huelga. Se trata de oponer a la dictadura la acción de masas, movilizándolas por sus reivindicaciones concretas y más sentidas, como son el derecho al trabajo y a un salario justo; y en el caso de la juventud: a la educación, al deporte, a la recreación... Las fuerzas del pueblo han planteado que el único camino para derrotar a la dictadura es a través de una unidad patriótica antifascista, capaz de unir a la mayoría de los chilenos, esto es, construir un amplio frente antifascista donde tengan lugar todos los hombres, mujeres y jóvenes de nuestro pueblo. Un frente capaz de derrocar a la dictadura, de conquistar una democracia renovada y de retomar, con el apoyo mayoritario del pueblo, el camino de los cambios revolucionarios. Y este frente se está construyendo por la base, en las organizaciones del pueblo, donde éste vive, trabaja, estudia y se recrea. Allí, en la acción de masas y en la movilización por los problemas más sentidos y concretos, se está plasmando la unidad. El fascismo pretende la destrucción de toda vida independiente de las organizaciones sociales del pueblo, quiere transformar al país en un cuartel y anular toda forma de actividad democrática. La junta ilegalizó la Central Única de Trabajadores y las federaciones estudiantiles, reemplazándolas por organismos pantalla que se manejan desde arriba. Igualmente impiden la generación democrática de los dirigentes sindicales, estudiantiles o de cualquier orden, designándoles verticalmente. La lucha de la resistencia se desarrolla en sentido contrario. Se trabaja por conquistar el derecho

a la organización independiente y democrática, generar, desarrollar e impulsar toda forma de organización de masas, sindicatos, centros culturales, clubes deportivos, etc. Primero en forma ilegal, para luego, cuando se ha acumulado la fuerza suficiente, pasar a funcionar abiertamente. Está demostrado que cualquier actividad social, unitaria, democrática y progresista, cualquier actividad que afecte al desarrollo de la vida misma, a la postre, choca inevitablemente con el fascismo. Un ejemplo sencillo y modesto es en relación con las fiestas. La Junta militar mantiene el estado de sitio y el toque de queda. Cuando se organiza una fiesta, se está desafiando una disposición de la dictadura. Y si se organizan cada vez más fiestas o actividades tratando de imponer el derecho a reunirse y hacer una vida de jóvenes, estamos en la práctica rompiendo la política impuesta por la dictadura. Reuniéndonos con las masas tenemos la oportunidad de conversar, de programar nuevas actividades, de forjar la unidad y de ir pasando a formas cada vez superiores de lucha. En el caso del frente estudiantil, la resistencia trata de abrir cauce a las más variadas expresiones de la actividad estudiantil, conquistando la independencia para sus organizaciones, liberándolas del tutelaje fascista. Recuperando el Centro de Alumnos y desplegando una intensa actividad social, gremial; cultural y deportiva, se va plasmando la unidad para la defensa de los intereses de todos los estudiantes. Se recupera la confianza en las propias fuerzas para luego iniciar acciones que cierren el paso a la militarización de la enseñanza, reivindicando el derecho a una educación democrática, científica y pluralista, para exigir mayor presupuesto y autonomía universitaria."

"De esta manera, con las masas se enfrenta la política reaccionaria de la dictadura. Todas estas acciones restablecen la confianza del pueblo en sus propias fuerzas, fortalecen la unidad, permitiendo el desarrollo del Frente Antifascista, en definitiva, para preparar el terreno para acciones de mayor envergadura".

"La resistencia también tiene una gran dimensión en lo que significa la solidaridad interna. En las fábricas, en las universidades, en las poblaciones, se organizan comités de ayuda y defensa de los presos políticos y sus familiares, se junta dinero para contratar abogados para los que tienen proceso, se ayuda materialmente a las familias de los encarcelados, se reúnen firmas para pedir la libertad etc. En las poblaciones proletarias, a través de la iglesia, se han instalado comedores infantiles para darles un plato de comida a los niños. Allí contribuye la Iglesia. De este modo, con la solidaridad internacional, con lo que se consigue con los pequeños comerciantes, con lo que dan los sindicatos que ya han conquistado vida legal, se ayuda a miles y miles de personas. Las mujeres organizan y preparan las comidas. Así, confluyen esfuerzos de muchas partes para enfrentar el drama común que es el hambre. Así también se crea la unidad, la organización y la fuerza de la resistencia. En esto de los comedores populares, la Iglesia, que se ha puesto cada vez en forma más decidida en contra de la Junta fascista, juega un gran papel. De otro lado, todas estas acciones tienen el sello de la unidad. En ellas participan abnegadamente comunistas, socialistas, radicales, cristianos con militancia en organizaciones de izquierda, democratacristianos, gente sin partido, sacerdotes, etc. Se puede decir que participa toda la población, exceptuando a los fascistas..."

"Huelgas ha habido y cada día aparecen más y con más vigor. Son brutalmente reprimidas. No todas se coronan con éxito, pero cada vez van ganando más fuerzas. Algunas consisten en paros de algunos minutos por mejores salarios. Otras nacen presentando un pliego de peticiones y la exigencia de libertad para los dirigentes encarcelados. Luego viene la huelga. Se desata la represión. Pero si están unidos y bien organizados, se puede triunfar. Hay varios casos ya de industrias donde se ha logrado un aumento sobre el dispuesto por la dictadura y también la libertad de los dirigentes presos. Hay federaciones que han logra-

do coordinar acciones simultáneas y pliegos únicos de peticiones de todos sus afiliados... La represión, de todas maneras, es muy fuerte y el trabajo se hace difícil.

"Un papel muy importante lo juega la propaganda clandestina. No sólo hay pintadas que exigen la libertad de todos los presos políticos, salarios justos, derecho al trabajo y fin a la inflación. También hay consignas contra la Junta y a favor del Frente Antifascista. Existen periódicos de la resistencia en forma de hojas mimeografiadas. Uno de ellos es 'Unidad Contra el Fascismo' del Partido Comunista y otro 'Liberación' que es el semanario de las Juventudes Comunistas. También el Partido Socialista y el resto de los Partidos de la Unidad Popular, tienen sus publicaciones. Y lo que abundan son los volantes que llaman a formar el Frente Antifascista y que denuncian los crímenes de la tiranía. Se ha llegado a un buen grado de organización para distribuirlos, porque se tiran hasta en el centro, en plena luz del día".

"¡Eso sí que me gusta!" exclama uno de los compañeros de la casa de Juan.

"Déjenme contarles una forma de hacerlo...", nos dice Ernesto. "Son octavillas escritas por los dos lados y firmadas por el Frente Antifascista. En general la tarea de lanzarlas en el centro corresponde a los destacamentos juveniles de la Unidad Popular. Lo que se hace es tomar un par de kilos de volantes y un tarro de agua que tenga igual peso que los volantes. A este se le hace un orificio en la base que se tapa con algún palito o tapón. Luego se fabrica una balanza simple con una tablita a la que se le coloca un tope en el centro para producir el balanceo. Con todos estos implementos se va un equipo llamado de "los aviadores". Se suben a uno de los edificios altos del centro. En la terraza buscan una cornisa e instalan su balanza. Previamente han calculado con el diámetro del orificio cuanto se demora en desequilibrar la balanza. Puede ser de 3 a 5 minutos. Sacan el tapón y se esfuman del lugar. Pasado el tiempo calculado, la balanza se desequilibra y caen desde el cielo los volantes. Entonces

la policía acordona el lugar, pero ya no están los propagandistas y sólo encuentran la inofensiva balanza en la terraza... Se han ideado muchos sistemas en lugar de agua o balanza."

"Lo principal es que la lucha crece día a día y se organiza mejor, como decía el compañero obrero esta tarde, cuando le preguntó uno de los jefes del pabellón lo que pasaba afuera... "El pueblo está combatiendo"

Testimonio de Luis Alberto Corvalán Castillo, ante la Comisión Investigadora de los Crímenes de la Junta Militar Chilena

UNA INTRODUCCIÓN NECESARIA

Quien escribe este testimonio es uno de los miles de jóvenes chilenos encarcelados y torturados por la Junta fascista. Me es posible escribir este relato y darlo a conocer a ustedes gracias a la solidaridad internacional que salvó mi vida, obtuvo mi libertad y me sacó del país.

Mi nombre es Luis Alberto Corvalán Castillo, chileno, 27 años, ingeniero agrónomo, casado con un hijo. Mis familiares más cercanos son mi esposa, mi madre y una hermana también detenida. Mi padre, senador de la República, y Secretario General del Partido Comunista de Chile, permanece prisionero desde hace más de un año sin que hasta la fecha le hallan configurado cargo alguno ni iniciado proceso.

Este testimonio se basa en la experiencia vivida durante once meses de cautiverio en los campos de concentración. Pretende ser un relato veraz y objetivo de la violación y atropello de los derechos elementales del hombre, que viví en carne propia o tuve que presenciarlos. Me motiva escribir este testimonio, no el dolor físico y moral que infligieron a mi persona, sino el dolor que me causa saber que, en estos momentos, miles de hombres, mujeres, jóvenes y hasta niños, así como yo lo viví ayer, padecen hoy la tortura, el hambre y el frío en los campos de concentración instalados por el fascismo en mi Patria.

El día 11 septiembre de 1973 a las 7 de la mañana me preparaba a marchar al trabajo cuando me entero de la tragedia que había comenzado. Vivía en el centro de Santiago. Era necesario, por lo tanto, trasladar en primer lugar a mi esposa y a mi hijo a algún sitio más seguro; los llevo a la casa de unos parientes. Me dirijo a continuación a mi puesto de trabajo, siguiendo, al igual que todos los trabajadores, la orientación acordada por la Central Única de Trabajadores (CUT) para enfrentar cualquier intento en contra de su Gobierno ganado legal y constitucionalmente. Eran aún las primeras horas del día, caminaba por las calles de la ciudad ya convulsionada y sacudida por la tragedia de sangre que se iniciaba; había vivido 26 años en Santiago, sin embargo aquella mañana mi vieja ciudad era desconocida para mí, parecía una ciudad en guerra, parecía un territorio invadido, una ciudad ocupada por fuerzas extranjeras, Esa mañana los trabajadores pasamos a ser blanco del enemigo, pues las Fuerzas Armadas disparaban a matar. Por primera vez en mi vida veo ametrallar y masacrar gente que muere sin saber lo que había de fantástico o de real en esta amarga realidad.

Aquella mañana del día 11 fui detenido dos veces consecutivas. En ambas oportunidades me encierran en un calabozo abarrotado de obreros. Pero soy puesto en libertad; mi cédula denuncia que no soy obrero, por estas razones me dejan en libertad. Ese mismo día el golpe militar planeado y dirigido por el imperialismo y la oligarquía nacional está orientado a aniquilar a la única clase que es capaz y está dispuesta a dar su vida para parar el fascismo en defensa de la libertad y la democracia, en defensa de su Gobierno: la clase obrera. Más tarde, conocería yo la autenticidad de esta verdad histórica cuando en los campos de concentración descubriera que el origen de la inmensa mayoría de mis compañeros de prisión eran obreros, y cuando aprendiera de ellos, de su ejemplo heroico, la infinita fortaleza y capacidad de la clase obrera para resistir las duras condiciones

de los campos de exterminio sin claudicar jamás en sus anhelos de liberación.

Al fin logro llegar a mi puesto de trabajo. Allí los trabajadores reunidos conocen de sus dirigentes la gravedad de la situación que se vivía, a la vez que acuerdan medidas para defender al Gobierno Popular. Se conoce, a través de las emisoras controladas ya por los sediciosos, la instauración del estado de guerra interna, del estado de sitio y del toque de queda. Debemos entonces permanecer dos días encerrados en la empresa, sin poder salir y sin comunicación con nuestras familias, a la vez que sin alimentos. Las calles están patrulladas por efectivos militares, desde helicópteros y aviones bombardean y ametrallan los barrios vecinos; la industria textil de enfrente es asaltada por el ejército, ametrallan más de dos horas a los trabajadores allí concentrados. Durante dos días y sus noches, así como también durante los días siguientes, continúan las operaciones militares que descargan sus disparos de muerte en contra de la población indefensa.

Por fin, el 13 de septiembre, recién se permite circular por algunas horas, las cuales aprovecho para dirigirme a mi domicilio en busca de ropa y alimentos para mi hijo de tan sólo ocho meses de edad; se los llevo a mi esposa y allí me entero que también en ese sector, como en todo Santiago y en el país entero, se masacra al pueblo. La situación es grave en extremo, decido volver a mi domicilio en busca de más alimentos y de medicinas para el niño; el toque de queda anunciado anteriormente es adelantado y debo entonces pernoctar en mi domicilio. Al día siguiente estoy preparado para salir a las 6 de la mañana, hora en que debía levantarse el toque de queda, pero antes de salir me doy cuenta de que el edificio donde vivo está rodeado de militares y que se está ejecutando un gran operativo militar de allanamientos y detenciones.

FUI DETENIDO EN MI DOMICILIO EL 14 DE SEPTIEMBRE DE 1973

Cerca de quinientos militares y una cincuentena de policías civiles están llevando a cabo el operativo de allanamientos; el sector es acordonado, nadie puede salir ni entrar del radio de acción del operativo que cuenta, además, con un helicóptero que sobrevuela el edificio, con tanquetas, cañones sobre vehículos motorizados y nidos de ametralladoras dispuestos en lugares estratégicos: es claro que la orden es aniquilar a toda la población al menor indicio de resistencia. Desde el primer piso comienzan lo que luego se conocería como "operación rastrillo", departamento por departamento, persona por persona, incluidos ancianos, mujeres y niños son cacheados en medio de disparos, golpes y de la destrucción de sus bienes materiales. Instalan también lo que ha pasado a ser uno de los denominadores comunes entre el fascismo hitleriano y el fascismo chileno: las hogueras de libros en medio de la calle. Mientras unos lanzan por las ventanas bibliotecas enteras, otros apilan los volúmenes en la calle para prender fuego a la cultura. A las seis de la tarde llegan a mi departamento, ubicado en el piso veintiuno y último del edificio. Con fusil en mano me ponen contra la pared, me golpean al tiempo que comienzan a destruir mi hogar bajo pretexto de buscar armas. Luego, engrillado, soy conducido también a golpes hasta la calle para subir al ómnibus dispuesto para el traslado de los detenidos de aquel operativo.

INGRESO ESA MISMA NOCHE EN EL CAMPO DE CONCENTRACIÓN DEL ESTADIO NACIONAL

Engrillado y en compañía de una treintena de vecinos habitantes del mismo edificio, en su mayoría extranjeros, somos conducidos primero al Cuartel General de Investigaciones (Policía Civil) lugar donde nos hacen nuestra primera ficha policial. Luego, nuevamente a golpes, nos obligan a subir al ómnibus para

ser trasladados, esta vez, al Ministerio de Defensa; allí estaba ubicado el estado mayor de la traición a Chile. Tanques, cañones, trincheras construidas con sacos de arena, alambradas, reflectores antiaéreos, nidos de ametralladoras y un altísimo número de tropas concentradas aseguraban la protección de los "valientes" oficiales golpistas y de su cuartel general. Sin bajar del ómnibus se recibe la orden de "Estadio Chile" como destino final, pero allí no somos aceptados, el comandante de ese campo dice: "Ya no cabe más gente, tenemos más de cinco mil prisioneros". Se resuelve entonces llevarnos al recién inaugurado Campo de Detenidos del Estadio Nacional.

Allí somos recibidos, al igual que todos los detenidos, por un siniestro comité de recepción formado por dos filas de más de veinte carabineros a cada lado, armados y borrachos, que dejan una calle en medio. Debemos pasar por el centro de aquel pasillo, el que cae pasa de nuevo, nos advierten. Al pasar nos golpean con los fusiles, nos dan de patadas, unos han puesto la bayoneta al fusil. Se sienten disparos, debemos pasar con las manos en la nuca, momentos antes que nosotros había pasado otro grupo de prisioneros y habíamos visto que, al tiempo de pegarles, se le había disparado a quemarropa. Más tarde yo sería compañero de celda de parte de aquel grupo, eran trabajadores agrícolas que habían permanecido detenidos desde el día del golpe en una comisaría de Maipú. Allí habían sido torturados y ahora ingresaban al Estadio. A su llegada asesinaron a un compañero, venían recomendados por la comisaría local en la cual tenía influencia el antiguo patrón de la granja agrícola en que trabajaban. El grupo de detenidos del cual formo parte somos gente de clase media, ese factor frena la sed de sangre del siniestro comité de recepción acostumbrado a reprimir y masacrar a los obreros, pero educado en el respeto a la pequeña y gran burguesía; somos pasados sin bajas al interior del Estadio, nos colocan frente a la pared con los brazos extendidos, apoyados en la punta de los dedos, las piernas separadas y a un metro de distancia

del muro. En aquella posición de suplicio debemos permanecer largas horas mientras somos golpeados, algunos se desmayan y caen al suelo, la posición es insostenible porque consume todas las energías, a ello se suma el efecto de los golpes. Las mujeres son las primeras en desmayarse, los valientes uniformados no han hecho distinción de sexo. A los que caen al suelo los continúan golpeando e insultando. Quienes nos detuvieron hacen entrega de los prisioneros a los carceleros del Estadio, entregan nuestras fichas policiales; se armó un gran alboroto, carreras van y vienen pues mi ficha dice que soy hijo de Luis Corvalán, Secretario General del Partido Comunista de Chile.

Me sacan a un lado y comienzan a golpearme con mayor violencia aún, siento que mi cabeza sangra y que las fuerzas me abandonan. Es difícil percibir el tiempo cuando se está sometido a esas condiciones, quizás una hora o más me siguen golpeando sin descanso; son muchos los "ablandadores" y cada cual quiere dar su parte lo más contundente posible, ya no siento dolor, me están golpeando en el suelo. Me amenazan al tiempo que me golpean: "¡A este hijo de puta lo matamos al tiro!", vociferan. "A este, yo quería tener en mis manos, conmigo va a cantar todito... párenlo para que lo fusilemos". Llega un oficial de alta graduación, al parecer del Servicio de Inteligencia Militar (SIM). Cesan de golpearme y el oficial ordena desvestirme y comienza a revisarme centímetro por centímetro el cuerpo y el cuero cabelludo, presiona con fuerzas los dedos en un mezcla de pródiga revisión y de morbosidad sexual, revisan mis ropas y ordenan vestirme. El oficial y soldados me conducen a un cuarto pequeño, distingo allí magnetos para la "picana eléctrica", garrotes de goma, jeringas y otros objetos que no puedo clasificar y que son semejantes a un instrumental médico; me hacen la segunda ficha de identificación con mis datos personales y familiares. Al final, el oficial hace unas anotaciones cifradas en una de las esquinas superiores de la hoja. Me envían al camarín número siete del sector sur poniente del Estadio, el sector más fuertemente

custodiado, donde instalan a los supuestamente más peligrosos. Tiempo después me entero que las anotaciones cifradas -y hechas con rojo por el oficial del SIM en mi ficha- correspondían a quienes pasábamos a Justicia Militar (JM) y Consejo de Guerra, indicando que el sujeto es portador de "buena información" y recomendaba la pena de fusilamiento. Todo ello se había decidido en unos minutos y no en base de una investigación de mi vida, obviamente, se había decidido por el "delito" de ser hijo de Luis Corvalán.

MAS DE SETENTA DÍAS EN EL CAMPO DE CONCENTRACIÓN DEL ESTADIO NACIONAL

Me arrojaron la madrugada del 15 de septiembre al camarín número 7 del sector surponiente del Estadio. Allí ya estaba una veintena de compañeros y seis mujeres; la mayoría mostraba productos de un maltrato inhumano; sus rostros sangrantes aún, sus cuerpos con heridas de ácido, yataganes o quemaduras de cigarros; varios con fracturas en las costillas o extremidades. Entre ellos se encontraban siete obreros de la Granja Agrícola Cerrillos de la Comuna de Maipú, provincia de Santiago, granja que conocía puesto que la atendía profesionalmente. Me cuentan que ellos también habían ingresado esa noche al Estadio, que habían escuchado cuando me golpeaban. Habían sido detenidos el mismo 11 de septiembre en el lugar de trabajo cuando el antiguo patrón de aquella granja, intervenida legalmente por el Gobierno Popular, comandando una patrulla de carabineros, había hecho arrestar a sus antiguos trabajadores para recuperar la industria y que, para ello, no había tenido reparos en disparar y herir en presencia y complicidad de los carabineros de Maipú. Su nombre, Gumercindo Bisbal; hoy propietario nuevamente de la granja. Los trabajadores, por orden suya, fueron conducidos a la comisaría de Maipú, en la cual fueron bestialmente torturados por el delito de laborar en una empresa del área social.

La noche del 14 de septiembre habían sido enviados al Estadio Nacional. Cuando ingresaban, uno de los siniestros "comités de recepción" les habían asesinado a quemarropa a un camarada. Entonces yo recordé las dantescas imágenes de mi ingreso al Estadio, recordé al grupo de trabajadores prisioneros que ingresaron momentos antes que nosotros y cómo dispararon contra aquellos hombres indefensos.

Los primeros cuatros días los pasamos sin comida y sólo con una frazada por cada siete prisioneros. Fueron quizás los días más duros; constantemente entraban patrullas de carabineros a nuestro camarín, si era de noche nos levantaban a patadas y nos colocaban contra la pared en posición de suplicio, nos golpeaban preguntando nuestros nombres, o bien, nos golpeaban sin hacernos preguntas mostrando una crueldad inaudita, un sadismo enfermizo. Una noche querían obligarnos a tener relaciones sexuales con nuestras compañeras de celda; para ello eligieron un haitiano, también prisionero designado porque era negro, le dieron la orden de cometer tal atrocidad pero el haitiano no sabía español y de seguro no estaba dispuesto a tal crimen por caro que fuera su precio, entonces un oficial que se había arrancado las jinetas para no ser reconocido como tal, avanza y lo golpea con su fusil rompiéndole la cabeza y dejándolo en el suelo inconsciente. Se volvió al resto para seguir su plan de provocación, entonces nuestra heroica abuela Mercedes Ferrada de más de 70 años de edad, prisionera por su condición de militante comunista, condecorada con la medalla Luis Emilio Recabarren, levantó su voz tierna, pero firme y serena, pidiéndoles que se fueran, que nos dejaran en paz. Borrachos como estaban se desconcertaron ante tan firme actitud y se retiraron pero antes de hacerlo cogieron a un muchacho boliviano para golpearlo a gusto y del cual nunca más supimos. Estas escenas se repetían día tras día y noche tras noche.

Al quinto día ya no éramos una treintena de prisioneros en aquel camarín sino 156 seres humanos hacinados en 25 metros

cuadrados. El Estadio había sido destinado a cumplir el triste papel de campo de concentración, tortura y exterminio de chilenos y extranjeros que se encontraban en Santiago por aquella época. Según lo reconoce el propio general Gustavo Leigh a la prensa, el día 25 de septiembre de 1973, en el Estadio Nacional éramos ya más de 7 mil personas en espera de ser interrogadas. Más tarde, el 8 de octubre del mismo año, el Coronel Ewing, Secretario General de la Junta Militar, declara la existencia de 10 mil detenidos en el Nacional. En dos meses, por el Estadio pasamos no menos de 30 mil personas.

A partir del 20 de septiembre se regulariza en el Estadio un régimen de campo de concentración. Nos mantienen en los camarines como animales, a la espera de los interrogatorios, grupos de 150 a 200 por camarín, en una superficie de baldosas de no más de 25 metros cuadrados, sin más abrigo que una frazada. Debemos turnarnos para dormir en el suelo, uno encima de otro, de modo de aprovechar al máximo el espacio, al tiempo de combatir el frío invernal. Es tan fuerte el hacinamiento que no podemos caminar en el interior del camarín, debemos, por lo tanto, permanecer de pie o sentados días enteros, de este modo el cansancio y el rigor de la presión se hace sentir con mayor intensidad. Los más jóvenes instalan su reducido espacio vital en las repisas de 40 a 50 centímetros de ancho, que hay en los camarines para colocar la ropa o zapatos de los deportistas, hoy se colocaban allí a seres humanos por días semanas y meses; allí duermen, conversan, piensan y viven como si fueran aves de jaula. Nuestra ración diaria consiste en un cucharón de cereales cocidos, a veces con grasa o bien sólo en agua, un pan, y con frecuencia medio pan, al día, más una taza de café de trigo. Era todo cuanto recibíamos de nuestros carceleros cada veinticuatro horas, siempre y cuando alcanzara para nuestro sector, y por cierto, cuando no llegaba a otro sector del Estadio el nuestro era privado de tan mísera alimentación. Eran tales las condiciones de hambre que la Cruz Roja, impactada por aquella situación,

hizo esfuerzos encomiables para obtener autorización a fin de ingresar alimentos extras, enviados o recogidos por los familiares nuestros. Así fue como en algunas oportunidades en que la Cruz Roja repartió naranjas y plátanos, ambos frutos fueron devorados por nosotros con cáscara y todo, pero ello no era suficiente para aplacar el hambre que nos consumía y muchos compañeros llegaban incluso a comer basura, papel o madera para engañar las tripas. En aquellos días sobrevivíamos esperanzados en la ración del día siguiente; muchos, en aquellas horas eternas de espera, conocimos por primera vez el hambre. Los primeros veinte días los pasamos encerrados: 156 seres en aquel reducido espacio, sin ver el sol, sin aire, absolutamente incomunicados. Era un infierno, todas las noches descargas de fusilería impedían conciliar nuestro sueño, a la vez que para otros significaba el sueño eterno. A veces entraban a los camarines y disparaban en el interior para atemorizarnos. No teníamos atención médica, ni medicamentos; el frío, el hambre, la presión sicológica, el dolor de las lesiones que nunca fueron curadas, más la devastadora acción de las enfermedades, nos iba convirtiendo en cadáveres en vida. Se cumplía así la primera etapa del plan de preparación y aniquilación física a que debían ser sometidos los prisioneros antes de los interrogatorios, según indican los manuales de guerra norteamericanos y según indica la preparación recibida en las academias de guerra norteamericanas, para la instrucción de los militares latinoamericanos en Panamá y Texas. Los fascistas militares chilenos cumplían en el Estadio Nacional, como en todos los campos de concentración, los métodos de torturas enseñados por el imperialismo.

LOS INTERROGATORIOS DEL VELÓDROMO EN EL ESTADIO NACIONAL

Diariamente, temprano en la mañana, llegaba un oficial con una lista a los camarines del sector sur poniente. Eran las lis-

tas de los llamados a interrogatorios; muchos de los que sacaron nunca más los volvimos a ver, no volvieron al camarín ni al Estadio, ni a la vida. Quienes volvían llegaban destrozados, fracturados por los golpes, sangrando; los interrogatorios eran verdaderas carnicerías.

El 12 de octubre de 1974 toca mi turno. Soy conducido al disco negro ubicado en la pista de ceniza del Estadio. Me hacen formar con cerca de 50 compañeros. Tapados, con una frazada en la cabeza, cada uno somos conducidos por una nutrida patrulla militar al siniestro velódromo. En el camino nos van golpeando al tiempo que nos amenazan y que, por sobre nuestras cabezas, se escuchan ráfagas de ametralladoras. Ya en el velódromo somos entregados a la custodia del personal militar especializado, el cual, sin duda, había sido seleccionado entre los más brutos y salvajes como "ablandadores" para la custodia previa a los interrogatorios. El personal militar del velódromo en aquella semana o mes, provenía de Punta Arenas, provincia de Magallanes, la más austral del país, así evitaban al máximo la posibilidad que se diera alguna relación de parentesco o amistad entre los detenidos y sus carceleros, lo cual era una base necesaria para ese trabajo tan inhumano. Nos pasaron lista y nos fueron situando por lotes en las graderías, pasillos o pistas del velódromo. Soy ubicado con otros seis compañeros en uno de los pasillos exteriores. Con la cabeza aún cubierta con la frazada, debo permanecer por horas con las manos en la nuca, los pies separados a un metro de la muralla y con la frente apoyada en el muro. En esa posición de suplicio debo esperar mi turno en tanto que escuchamos los alaridos de hombres y mujeres que ya están en plena sesión de interrogatorio y tortura. Quienes nos custodian se pasean en silencio para golpearnos en el momento más inesperado por nosotros, también disparan a nuestro lado. Debemos mantener la posición de suplicio y en tensión, esperando siempre el golpe a traición. El deterioro profundo de nuestro organismo provocado por la falta de alimentación, la merma de la resisten-

cia por las enfermedades y las heridas de las primeras golpizas que nos fueron propinadas, la presión sicológica ejercida en la primera parte del plan de preparación de los detenidos, son los factores que inciden directa e intencionalmente en el desgaste acelerado de la resistencia del detenido y de sus energías vitales y últimas. El objeto de tal preparación es llevar al prisionero al punto crítico de la resistencia humana; de ese modo conseguir un ser atemorizado, débil, lleno de angustiosa desesperación; en síntesis, un prisionero apto para el interrogatorio. **Era la aplicación práctica del entrenamiento recibido por los oficiales chilenos en Panamá y Texas, en las Academias de Guerra que el imperialismo financia en América Latina. Los mismos que más tarde, convertidos en gorilas, masacran al pueblo en defensa de los intereses económicos de las compañías transnacionales y de las burguesías locales.**

A medio día me nombran por los altoparlantes y me conducen a golpes de fusil, corriendo por las escalinatas, con los ojos cubiertos por la frazada a la sala de "interrogatorios intensivos".

Al entrar a la sala de interrogatorios todavía corriendo, me reciben con una patada en el plexo solar, iba con las manos en la nuca. Mi cuerpo exhausto por las horas previas de suplicio, no resiste y se dobla sin aire. Me obligan a golpes a incorporarme, me hacen correr en círculo por la sala con la cabeza gacha y cubierta por la frazada, para estrellarme con violencia y de improviso contra la muralla que en ese sitio es de bolones de piedra, se lanzan varios contra mí para golpearme desde todas las direcciones, entre tanto me amenazan con fusilar, me insultan, me obligan a mantener los brazos en alto mientras me golpean el plexo solar con un objeto contundente, varias veces caigo al suelo desvanecido por la violencia de los golpes y sin poder respirar siento que me asfixio y pierdo el conocimiento. Me sostienen entre varios y me desvisten, me colocan una apretada venda elástica en los ojos; aún no me hacen ninguna pregunta, sólo

golpes insultos y amenazas. Antes de comenzar las preguntas debo resistir otra paliza bestial, ahora desnudo. La sensación de impotencia se hace mayor a la vez que los golpes son más feroces. Me conectan los electrodos en los genitales y comienzan las descargas eléctricas de la "picana", se me relajan los esfínteres y me golpean, al tiempo que aumenta la intensidad de la corriente eléctrica. Me conectan otros electrodos en las sienes y los oídos, me siguen golpeando en diferentes partes del cuerpo, los riñones, el cuello, la nuca; pero de preferencia no bajan el castigo del plexo solar; y usan para golpearme, almohadillas mojadas. Un médico les va indicando los lugares que deben golpear, al tiempo que intensifican el castigo físico aumentan también la intensidad de la corriente eléctrica, pierdo el conocimiento. Me reactivan tirándome agua y aplicando nuevos golpes de corriente en forma intermitente, comienzan las preguntas: "¿Dónde está tu padre, hijo de puta? ¿Cuáles son las caletas donde se esconde?... ¿Dónde tienen escondidas las armas? ¿Quién dirige el Plan Zeta?... Danos nombres, colabora o te fusilamos... Ningún comunista o hijo de comunista merece estar vivo".

Respondo que no sé nada de lo que me preguntan. Cada momento aumentan el castigo, me aplican electricidad en el ano y me introducen un objeto punzante por él. Me desmayo varias veces y me vuelven a reactivar, dos veces tengo conciencia que me sacan la venda elástica para que el médico observe mis pupilas. En forma muy difusa distingo oficiales de la Fuerza Aérea, del Ejército, Carabineros y personal de civil. Me comienzan a golpear la cabeza al tiempo que aumenta la electricidad de la sien y los oídos, me tienen tendido en el suelo desnudo, tengo conectados electrodos en los pies, genitales, ano, pecho, hombros, boca, oídos y sienes. Con las botas cargan con fuerza mi cuerpo para impedir que me libre de los electrodos por las convulsiones producto de la corriente, con más violencia cargan aún la bota que afirma los electrodos de las sienes y oídos. Siento que me voy a reventar, cuántas horas llevo allí, no podría precisarlo, soy

ya incapaz de responder a las preguntas, sólo emito sonidos guturales, la inconsciencia se va tornando permanente, no siento los golpes y casi no reacciono a la electricidad. Me ordenan que firme un papel, no soy capaz de hacerlo y sabía que si firmaba sería el fin. No firmo. Me amenazan con matarme en el acto y disparan, pero no muero; estoy en el límite final de mi resistencia, los golpes y la corriente siguen en aumento pero yo ya estoy inconsciente.

Despierto tendido en el suelo, tapado con una frazada, tengo convulsiones epilépticas, la boca seca; no puedo moverme, sangro de la cabeza y el rostro, estoy a la intemperie, es de noche. Soldados me custodiaban apuntándome con sus fusiles automáticos; formados en silencio mis compañeros esperan el desenlace; mujeres, ancianos, hombres y adolescentes casi niños forman la escena más desgarradora que he visto en mi vida, sus rostros desencajados, la mirada vacía y ausente, atónitos frente a la bestialidad sufrida, unos apoyan a los que no se pueden mantener de pie, ya no hay lágrimas, sus ojos están secos de tanto llanto y sufrimientos, el silencio muestra el vacío que la violencia, la humillación, el castigo físico, más allá del límite humano, ha dejado en nuestra mente y en nuestro corazón, la experiencia amarga de comprobar la transformación en bestias de seres con forma de humanos, pero de contenido fascista. Los equipos interrogadores habían terminado ese día.

El oficial a cargo de nuestro traslado al Estadio se acerca para mirarme, mueve en sentido de desaprobación la cabeza al comprobar en una rápida ojeada mi estado, acostumbrado, como seguro estaba, a recibir a los interrogados en esa situación. Sin más trámite llama a tres voluntarios de entre los prisioneros para que me trasladen. Salen tres jóvenes obreros, me levantan en peso y hacen una silla de manos para llevarme. Así iniciamos la lenta marcha hacia los camarines del Estadio. Allí nos recibe un suboficial destacado para la distribución de la comida en ausencia del Servicio de Inteligencia (SIM) de guardia aquella

noche. Se estremece al ver mi estado, revisa de la carpeta de los interrogados mi ficha, allí se indicaba que debía volver al día siguiente a continuar el interrogatorio, ubica al resto de los prisioneros y me deja para el final. Desaparece y quedo en la pista de ceniza tendido bajo el disco negro, punto de partida del calvario a que son sometidos los prisioneros que van a interrogatorios. Es entrada la noche, solo militares se ven en las graderías en sus puntos de guardia. Esto significa que ha pasado el primer interrogatorio de más de siete horas y que aún estoy vivo, pero no hay seguridad de lo que ocurrirá más adelante. Me pregunto por qué tanto ensañamiento en la tortura. Sólo meses después, cuando el abogado que defendería mi causa pudo ver mi expediente, encontraría la explicación a tanta brutalidad y sadismo: querían que yo firmara una declaración hecha por ellos y que se conserva en mi expediente de preso político, en la cual aceptaba tener conocimiento de la existencia del Plan Zeta, que aceptaba haber recibido instrucción militar en Cuba y la existencia de arsenales del Partido Comunista. Todo ello perseguía más que un castigo hacia mi persona la importancia capital de poseer un documento que comprometiera a mi padre. No lo consiguieron, ese documento está aún sin firma. Vuelve el suboficial con dos compañeros de mi antiguo camarín. La lógica del movimiento de prisioneros indicaba que yo no volvía a ese camarín luego de ser interrogado, les ordena que me escondan allí y que me nieguen si van a buscarme, rompe los papeles que ordenan mi vuelta al velódromo para el día siguiente y me salva la vida.

Debo declarar que de ningún modo fui el más torturado y golpeado entre los miles de prisioneros del Estadio. Miles de jóvenes, de mujeres e incluso madres embarazadas fueron flageladas en forma más brutal y sádica. Muchos murieron en los interrogatorios, otros fueron a morir en los campos de concentración, hospitales o en sus casas como consecuencia de las golpizas recibidas. Recuerdo los cuerpos heridos y destrozados en las torturas de Osiel Núñez, Marino Tomic, Alfonso Guerra,

Juan y su hermano Ernesto Ruilova, César Cupello, todos dirigentes juveniles; recuerdo a Samuel Riquelme quien fue ingresado al Estadio luego de haber sufrido 18 días de interrogación y tortura en la Academia de Guerra de la Fuerza Aérea, sólo las manos y el rostro mostraban la fisonomía de un ser humano, el resto era una masa sanguinolenta producto de las quemaduras de cigarrillo y ácido, de las heridas de los "corvos" de las fuerzas especiales entrenadas en Panamá, de los infinitos pinchazos del "suero de la verdad", de los golpes con objetos contundentes. En las muñecas y tobillos mostraba heridas de un par de centímetros producto de haber sido colgados largos períodos. Samuel Riquelme, ex subdirector de la policía Civil e Investigaciones bajo el Gobierno Popular, fue bestialmente torturado. Hoy se encuentra en la Penitenciaría de Santiago sin cargo ni proceso, cumpliendo una condena que no se ha dictado. Recuerdo a Darío Pavez, recuerdo a Rodrigo Rojas quien por semanas fuera torturado bestialmente en el velódromo y quien, al igual que Samuel Riquelme, Ossiel Núñez y tantos otros, mantuvieron una conducta de valentía y firmeza a la vez que profundamente solidaria y humana que mostraba la infinita diferencia existente entre fascismo y socialismo.

La Junta militar ha plagado de campos de concentración y centros de tortura la patria chilena; en ellos se masacra y extermina a miles y miles de patriotas que no tienen otro delito que profesar las ideas de la liberación de los oprimidos. Esta es una realidad que viví en carne propia, que vivo en la carne de mi padre prisionero y en los miles de hombres y mujeres que en estos momentos sufren el hambre, el frío y la tortura en Chile. Tal genocidio se comete por mandato y en defensa de los intereses económicos de las compañías imperialistas y de los monopolios nacionales; tal genocidio se cumple bajo la presencia directora y vigilante de los asesores norteamericanos y de la policía brasileña. Para tal genocidio se contrata los servicios de Walter Rauff criminal de guerra nazi que hoy asesora la Dirección Nacional

de las Investigaciones (DINA), la gestapo chilena. Denuncio haber constatado en los campos de concentración del Estadio Nacional y Chacabuco la presencia de policías brasileños y asesores norteamericanos.

DENUNCIAMOS LAS TORTURAS A LA CRUZ ROJA INTERNACIONAL

Días después de aquel interrogatorio, cuando ya pude caminar, salgo con mis compañeros de camarín a las graderías del Estadio, allí logramos ubicar al señor Lemamn, alto comisionado de la Cruz Roja Internacional, a quien le hacemos la denuncia acerca de las torturas del velódromo. Los militares fascistas del Estadio Nacional como en todos los campos de concentración, trataban y tratan de esconder sus crímenes. La Cruz Roja no tenía acceso al radio velódromo, así como le estaba prohibida la entrada a los camarines y escotillas de los incomunicados que, más que incomunicados, eran los compañeros que mostraban en sus cuerpos todavía las heridas de las torturas. No es misterio para el mundo que allí se asesinaba y torturaba a seres humanos, pero los fascistas ponían y ponen todo el celo posible para evitar que esto sea comprobado y constatado por los organismos internacionales. Cuando el Cardenal de la Iglesia Católica visitó el Estadio, la mayor parte de los detenidos, y por cierto todos aquellos que tuvieran huellas del maltrato ese día debimos permanecer encerrados en los camarines y con orden expresa de no conversar ni hacer ruido so pena de castigo. Estoy seguro que la intención del Cardenal era conocer la situación real de todos los detenidos a la vez que entregarnos su palabra de aliento y solidaridad, pero le negaron ese derecho porque temen que se compruebe la magnitud del genocidio que a diario cometen.

Al día siguiente de hecha la denuncia ante el alto comisionado de la Cruz Roja Internacional, señor Lemamn, éste llega acompañado de un médico de ese organismo quien me revisa y com-

prueba las huellas de los golpes y las quemaduras de los electrodos de la "picana eléctrica", también revisa a otros compañeros torturados. Levanta un informe médico que va a acompañar un reclamo formal de parte de la Cruz Roja Internacional al coronel Jorge Espinoza, Comandante del Campo de concentración del Estadio Nacional, frente al maltrato inhumano infligido a los detenidos durante los interrogatorios. Pese al prestigio de la Cruz Roja Internacional y pese a la fuerza de la gravedad de los hechos denunciados, los interrogatorios continúan siendo criminalmente salvajes e inhumanos. Los cambios que el Coronel Espinoza dispone traen como resultado la eliminación de la tortura como recurso de investigación, claro está que se sigue desarrollando la brutalidad y se observan mayores medidas para ocultar el genocidio.

MI ESPOSA Y MI PADRE TAMBIÉN ESTABAN DETENIDOS

Al tiempo que yo permanecía en el Estadio, también mi esposa permanecía allí detenida. Fue arrestada el día 19 de septiembre de 1973 en la casa de su tío, donde el día del golpe militar yo la había dejado junto con nuestro hijo. Tres camiones de militares habían llegado a esa casa en busca de su padre, Pedro Vuskovic, exministro de Economía del Presidente Allende; al no encontrarlo, se llevaron a mi esposa que amamantaba al pequeño de tan solo ocho meses de edad. Arrestaron también a los dueños de la casa y dejaron por una semana una patrulla militar escondida en ella, colocaron micrófonos ocultos, controlaban el teléfono, en fin, montaron una trampa. Ingresada, como todas las mujeres allí prisioneras, debió soportar el vejamen, el ultraje, la tortura, la presión sicológica, el hambre, el frío y la más estricta incomunicación; nuestro hijo en tanto, que había sido recogido y escondido por unos vecinos, ambulaba de casa en casa y por cierto que no se tenía noticias de él.

En una de las sesiones de interrogatorio que mi esposa tuvo y que fue realizada en el Ministerio de Defensa, cuartel general de los golpistas, le preguntaron por su padre –Pedro Vuskovic– cuya cabeza estaba a precio. Respondió que estaba asilado en la Embajada de la República de México. Entonces llamaron a la Embajada y le ordenaron que preguntara por su padre y le dijera que estaba prisionera y que ella quedaría libre si él se entregaba. Estaba claro que ella estaba jugando también el propio papel que yo jugaba en relación a mi padre: el papel de rehén. El chantaje que se planteaban los militares desde las oficinas del Ministerio de Defensa no era, por cierto, la libertad de uno por el otro, sino que, en aquellas condiciones de terror fascista, la alternativa era la libertad de uno por la vida del otro. Estaba claro que para ellos no era lo mismo ni se conformarían con tener a la hija encarcelada en lugar del padre. Afortunadamente las Embajadas conocedoras ya de los métodos gansteriles y criminales de los militares fascistas, no aceptaban llamadas desde fuera. Esta medida de defensa a los derechos humanos de los asilados, impidió la criminal maquinación urdida y llevada a cabo desde las oficinas del Ministerio de Defensa.

Cuatro meses estuvo mi esposa detenida; primero en el Estadio Nacional, luego, cuando éste fue cerrado, en la Cárcel de Mujeres de Santiago. Durante ese periodo ni le formularon cargos ni le hicieron proceso, fue liberada gracias a la presión de la solidaridad internacional y a las gestiones de la Iglesia, el 31 de Diciembre de 1973. Pese a que había estado detenida, su libertad no significó la conquista de la tranquilidad necesaria para reunirse con nuestro hijo, intentaron nuevamente detenerla y debió asilarse en la Embajada de México. Sólo el 25 de febrero autorizaron su salvoconducto para salir del país; una hora antes de la partida fue posible el reencuentro con su hijo, había de por medio seis meses de separación. El pequeño no reconoció a su madre y llorando pedía volver, allí comenzó mi esposa a sentir la magnitud del crimen cometido en contra de nuestro pequeño.

Hoy ha pasado más de un año del golpe militar y nos encontramos en tierras lejanas al genocidio que se comete en Chile. Sin embargo nuestro hijo, por las noches, sigue llorando y extiende sus bracitos pidiendo volver. ¿Cuántos son los niños de mi patria que hoy lloran a sus padres muertos o encarcelados por la dictadura fascista? No lo sé, pero sí sé que el crimen mayor, el crimen que no tiene perdón, es el que se comete hoy en Chile en contra de nuestros niños, los niños chilenos.

Luís Corvalán, mi padre, también está detenido. Inmediatamente después del golpe fascista, su cabeza fue puesta a precio. Lo arrestaron el 27 de septiembre de 1973. Sin juicio ni proceso intentaron fusilarlo, la intervención inmediata, enérgica y resuelta de la Unión Soviética ante las Naciones Unidas, exigiendo el respeto a su vida fue escuchada por la humanidad entera y respaldada por los demócratas del mundo; esto impidió la consumación del crimen. Fue recluido en la Escuela Militar Bernardo O'Higgins. Allí fue salvajemente torturado y flagelado, cinco días lo tuvieron en un baño a oscuras sin alimentación, agua ni abrigo. Después pasó a una celda; durante semanas no lo dejaban dormir, cada 20 minutos lo obligaban a levantarse para escuchar los insultos y las amenazas de los "cadetes militares", aprendices de oficiales, fascistas en crecimiento. Era invierno en Chile y lo obligaban por las noches a caminar descalzo por los jardines mojados de la Escuela Militar, para de ese modo, ir minando su resistencia y destruyendo su organismo, pretendían matarlo por enfermedad, no habían podido fusilarlo y vivo era una bandera de la solidaridad para con el pueblo de Chile.

Luego fue enviado a la Isla Dawson, al campo de concentración y exterminio bautizado con el nombre de "Isla de la Muerte". Se halla en el extremo sur de Chile, cuando ya se alcanza la Antártica. El clima de esa isla impide la permanencia de seres humanos durante la época de las nevadas; antes del golpe era una base naval de la Armada, por su inhospitalidad y porque quedaba aislada del continente durante la mayor parte del año

haciéndose imposible su abastecimiento, era ocupada únicamente en la temporada de verano. Sin embargo, la Junta fascista instaló precisamente allí el campo de concentración para recluir a los dirigentes de la Unidad Popular con el claro propósito de exterminarlos físicamente, a espaldas del pueblo y del mundo.

En Dawson, mi padre es obligado a cumplir inhumanos trabajos forzados en agotadoras jornadas. A él, como a todos los dirigentes allí prisioneros, los obligan a cortar árboles y construir postes de alambrado, reacondicionar senderos y caminos sin más instrumentos que sus propias manos. Son obligados a recoger turba en los terrenos pantanosos inundados de agua, semidesnudos y descalzos, con temperaturas de 15 y 20 grados bajo cero y con vientos de 100 a 150 kilómetros; en medio de ratas y algas deben cumplir penosas jornadas. Durante los trabajos sufren heridas que se infectan, y se les niega la atención médica y también los medicamentos. Pero no sólo eso; por alimentación les dan un pedazo de pan duro y una taza de café por la mañana. Completa la dieta un plato de agua hervida con cereales desechados por la Armada. Todos, en pocos meses, bajan de 15 a 20 kilos. Se cumple así un tratamiento intensivo de destrucción moral y física en un proceso de continuada vejación.

Múltiples eran las fórmulas escogidas para vejarlos. Cada vez que alguno se demoraba en obedecer una orden era castigado con 50 "tiburones", es decir, flexiones cúbito dorsal, o bien era obligado a recorrer kilómetros y kilómetros con un saco lleno de arena o piedra sobre sus espaldas. Todas las noches eran despertados de improviso por los guardias, después de haber cumplido fatigosas y largas jornadas para formar, sin motivo alguno, frente a sus respectivas literas. A toda hora eran apuntados por los fusiles de los guardias sicópatas con el objeto de destrozarles los nervios, más de un tiro accidental o intencional salió de aquellos fusiles, uno de esos disparos fue a dar en una de las muñecas de Daniel Vergara que fuera Subsecretario del Interior del Presidente Allende lisiándolo para el resto de su vida por cuanto no tuvo atención médica.

En mayo de 1974 fueron evacuados de la "Isla de la Muerte" gracias a la fuerza de la solidaridad internacional y a la presión de los demócratas de Chile; pero antes de abandonar la isla debieron hacer el trayecto desde el lugar en que está ubicado el campo de concentración hasta el lugar de embarque, descalzos y semidesnudos con sus objetos personales sobre la cabeza atravesando arroyos y ríos como despedida de aquel infierno. Fueron embarcados en un avión de la Fuerza Aérea, amordazados y engrillados, sin conocer el destino final.

Fueron trasladados a Santiago, allí distribuidos en diferentes unidades militares que se mantuvieron en secreto incluso para los familiares, querían comenzar la farsa de los procesos para asesinarlos. Hoy están nuevamente reunidos en un mismo campo de concentración: Ritoque, provincia de Valparaíso.

En el campo de concentración de Ritoque pude verlo después de prácticamente un año y sólo por algunos momentos, se le permite la visita exclusivamente a mi madre y hermanas; no le está permitido a los abogados siquiera una comunicación escrita con él, las visitas son cortas, esporádicas y en presencia de militares. Allí, en medio de fusiles apuntándonos, estuve con aquel hombre al que le encarcelan su familia, le expulsan a sus hijas de la Universidad, le embargan la casa que arrienda, le roban sus escasos bienes y le impiden a sus familiares la posibilidad de trabajar, con el claro objeto de doblegarlo por el hambre. Allí, en medio de fusiles miro su rostro, sus manos y su cuerpo marcado por la tortura, los trabajos forzados y la prisión; enfermo y debilitado físicamente mantiene su corazón y sus ideales más limpios, más firmes y más en altos que nunca. En su alma generosa no hay lugar para el dolor propio, en ella se anida el dolor del drama de su pueblo, tampoco hay lugar para la venganza, pero sí para la confianza en las fuerzas del pueblo, en su unidad y su lucha, fe en el triunfo de los oprimidos, en la justicia de los pobres de mi patria. Allí, en medio de los fusiles conversamos de nuestra familia, de nuestra casa, y aquel hombre que ha declarado y de-

mostrado amar la vida y la libertad, pero no temerle a la muerte si es preciso morir por una causa justa, nos daba consejos como padre; pedía a la mayor de mis hermanas enseñara en casa a las más pequeñas las lecciones que por orden de la dictadura no podían ya aprender en la escuela, nos recordaba darle alimento a sus gallinas, cosechar el nogal y limpiar el techo de las hojas otoñales; ya no estaba su presencia y su cariño de padre con nosotros y sus palabras cálidas estaban lejos de los ojos infantiles de la menor de mis hermanas.

A ese hombre todo él humanismo, de limpia trayectoria como dirigente, esposo y padre, pretenden acusarlo y enjuiciarlo como reo de "alta traición a la patria", precisamente quienes masacran y asesinan a la patria toda, traicionando a Chile. Pretenden acusarlo, a pesar que ellos mismos han archivado, porque se la encontraron consigo el día que fue arrestado, una copia de la carta firmada por él a nombre del Partido Comunista de Chile y dirigida al asesinado Presidente Salvador Allende, en la cual se señalaba el respaldo de los comunistas a la iniciativa de convocar a un plebiscito, iniciativa que el día 11 de septiembre iba a dar a conocer el presidente a la nación.

Hoy Luis Corvalán, mi padre, enfermo y debilitado físicamente por el criminal régimen de vida que le han impuesto, sigue ya más de un año preso, lo tienen en el campo de concentración de Ritoque en la provincia de Valparaíso, sin que hasta la fecha se le configure cargo concreto en su contra ni se le haya iniciado proceso alguno. Cumple así, él y su familia, una condena que no ha sido dictada por tribunal alguno sino por la dictadura fascista ante el "delito" de ser un luchador del pueblo.

NO HAY FAMILIA EN CHILE QUE NO TENGA ALGUN PRISIONERO

A diferencia de otros regímenes de represión que ha vivido nuestro pueblo, éste se distingue no sólo por su crueldad sin

límites, sino también porque reprime en forma masiva, defendiendo los mezquinos intereses de una ínfima minoría privilegiada, y extiende su represión a todos los sectores de la sociedad y el pueblo.

En el Estadio Nacional tienen presos a médicos, ingenieros, abogados, periodistas, arquitectos, artistas, profesores, comerciantes, empleados, obreros, campesinos, estudiantes, están representados todos los niveles de actividad de Chile, sólo están ausentes los oligárquicos y los traidores.

En el Estadio Nacional muchos de los que allí estuvimos tenemos a nuestras esposas, otros a sus hijos, hermanos o madres. La dictadura fascista no se contenta con encarcelar al dirigente o al obrero organizado, simplemente también encarcela a su familia, también le mata a sus familiares. Recuerdo a un joven brasileño que también tenía a su esposa detenida en el Estadio, fue salvajemente torturado por militares chilenos y por policías brasileños, fue a dar al hospital de campaña instalado en el interior del campo, allí murió como producto de las torturas y de una obstrucción del tubo digestivo que no fue intervenida por orden expresa del Comandante del Campo, el Coronel Jorge Espinoza, quien, luego de su destacado papel de carcelero en el Estadio, fuera nombrado Secretario Ejecutivo del Comité Nacional de Detenidos. Pero este no fue el único caso de vida mutilada que yo conocí de cerca. En octubre, durante un tiroteo producido en todos los sectores del Estadio con el objeto de amedrentarnos, un trabajador chileno allí prisionero fue encontrado, luego del tiroteo, por varios de nosotros, ahorcado en uno de los baños del sector maratón. Sus compañeros de camarín contaban que, a raíz de las bestiales torturas a que había sido sometido, se hallaba en el punto de la resistencia y el control, ya habían logrado, antes de su muerte, volverlo loco.

La bestialidad y la perversión en el Estadio no tenía límites. Muchos de los que allí estaban fueron interrogados en presencia sus esposas; en ocasiones fueron interrogadas o violadas ellas

en la presencia de sus maridos para que éstos confesaran y firmaran documentos que consignaban crímenes o delitos jamás cometidos. A muchos incluso, les fueron a buscar a sus mujeres a las casas para cometer tales barbaridades.

El Estadio fue cerrado el día 10 de noviembre de 1973. Cerca de 5 mil prisioneros fuimos distribuidos entre las cárceles, el Estadio Chile y un campo de concentración, que para tales efectos había sido rápidamente acondicionado: Chacabuco. Las mujeres fueron enviadas a la Casa Correccional o Cárcel de Mujeres en la provincia de Santiago. Por cierto, ninguno de los que allí partimos sabíamos nuestro destino, ésta era una de las normas de presión más empleada, la incertidumbre sobre los días futuros.

MAS DE OCHO MESES EN EL CAMPO DE CONCENTRACION DE CHACABUCO

El 10 de noviembre en el último grupo, por avión militar y engrillado, además de fuertemente custodiado, soy trasladado con cerca de 100 compañeros más, al campo de Concentración de Chacabuco. Cinco días antes, otros prisioneros del Estadio habían sido trasladados por barcos. Para ello desplegaron un monstruoso operativo de "custodia", cortando incluso el tránsito aquel día, entre el trayecto de Santiago y el puerto más importante de Chile, Valparaíso. Cinco días duró la travesía que mis compañeros soportaron estoicamente tirados en las bodegas húmedas y malolientes del buque "Andalien" esperando en cualquier momento ser lanzados por la borda a las aguas del Pacífico. Solo al quinto día, ya en el puerto de Antofagasta, vieron la luz del día nuevamente, de allí, por tierra y fuertemente custodiados, fueron llevados a Chacabuco.

Chacabuco era una oficina salitrera abandonada en la época de la crisis del salitre natural. Había sido declarada monumento nacional bajo el Gobierno del Presidente Allende. Ahora había sido convertida en un campo de concentración y exterminio de

obreros, campesinos y patriotas de otras capas de la población. En el fondo, Chacabuco volvía a ser lo mismo que era en la época de la despiadada explotación del imperialismo inglés: un centro de sufrimientos, de exterminio, de dolor para el pueblo trabajador. Chacabuco se encuentra en medio del desierto chileno, el más árido del mundo, a dos mil metros de altura sobre el nivel del mar; en el día tiene una temperatura de hasta 40 grados a la sombra y en la noche baja a cero, es un clima seco de calcinadas arenas.

NUESTRA LLEGADA: LA PRIMERA GUARDIA

Desde el aeropuerto militar de Cerro Moreno, en Antofagasta, fuimos llevados de rodillas a unos camiones, apuntándonos con fusiles a la cabeza durante los 200 kilómetros de trayecto. A las cuatro de la mañana y bajo una espesa niebla nos ordenan bajarnos, allí mismo comienzan a pegarnos uno a uno en la medida que vamos bajando, rodeados de tanques, cañones y ametralladoras nos conducen a la cancha de fútbol en el interior del campo, mientras nos alumbran con potentes reflectores y nos apuntan con ametralladoras; la temperatura alcanza algunos grados bajo cero; ordenan que nos desnudemos al mismo tiempo que nos golpean. Uno por uno somos revisados, tanto nuestras ropas, como nosotros y nuestros bultos personales; confiscan y destruyen los medicamentos y los alimentos que con tanto esfuerzo nos entregaron nuestros familiares en Santiago, antes de la partida.

Otra vez soy llamado para recibir los honores especiales en manos del propio capitán de seguridad. "Tu padre es un traidor hijo de puta", vocifera. Con pies y manos me golpea, ordena a un par de soldados seguir golpeándome mientras él va en busca de otros compañeros que aparecen en la lista; saca de la fila al profesor universitario Mario Céspedes, luego al folclorista Ángel Parra lanzando golpes e insultos y ordena a la tropa aumentar el castigo contra los desnudos e indefensos prisioneros.

Por fin termina la recepción y nos conducen formados a los pabellones que serán nuestras habitaciones, antes nos requisan la ropa y las frazadas. Las piezas son oscuras con tan solo el marco de las puertas y ventanas. Debemos dormir sobre camastros de tabla, pero el viento y el frío nos impiden conciliar el sueño.

A las 7 de la mañana, otra vez estamos formados en la cancha de fútbol, ahora para conocer el régimen del campo. Formados militarmente comenzamos a escuchar las instrucciones:

"7 a.m. Toque de diana. Tienen 5 minutos para levantarse vestirse, lavarse y asear sus viviendas, 20 minutos para desayunar". "7,30 A.M. Inicio de las actividades. Formación en la cancha, entrega del parte de fuerza, conteo numeral de los detenidos, izamiento de la bandera con el Himno Nacional; orden del día". "12,00 a.m. Formación en frente a los comedores, entrega del parte de fuerza y conteo numeral.

"12,30 p.m. Rancho–almuerzo. Tienen 30 minutos para almorzar, luego lavado de los utensilios, cuchara y tazón, limpieza de la cocina. Tienen hasta las 14,00 p.m. para descansar..." "14,00 p.m. Reinicio de las actividades hasta las 18,00 p.m." "19,00 p.m. Formación frente a los comedores, entrega del parte de fuerza y conteo numeral"

"20,00 p.m. Comida y retreta, toque de silencio"

Siguen las instrucciones:

"A partir de las 21,00 p.m. existe toque de queda, nadie puede salir de sus habitaciones quien salga se expone a recibir un balazo, los soldados tienen orden de disparar. Quien intente fugarse será fusilado. Quien intente suicidarse y no lo logre será fusilado".

Ya había aclarado y mientras siguen las instrucciones, consternados, nos vamos dando cuenta que nos encontramos en medio de una copia fiel de los campos de concentración nazis. Chacabuco, la oficina salitrera abandonada declarada monumento nacional, hoy tiene ya poco de eso, hoy tiene las alambradas electrificadas; tiene torre de vigía, en forma de atalaya con nido

de ametralladoras y reflectores; tiene en su perímetro un extenso campo minado. En medio del desierto, a 100 kilómetros a la redonda, no hay más que carceleros y nosotros.

Así comienza nuestra vida de prisioneros de guerra de la Junta fascista en uno de sus campos de concentración. La alimentación es peor que en el Estadio, a base de, supuestamente, cereales cocidos nos dan una mazamorra intragable a pesar del hambre crónica en nosotros. Tampoco tenemos derecho a escribir a nuestros familiares y, por cierto, tampoco a recibir una nota de éstos por cuanto desconocen nuestro paradero. La presión sicológica pasa a ser ahora el arma favorita de nuestros carceleros para doblegarnos y destruirnos moralmente, a ese objetivo ayudan las miserables condiciones materiales que nos proporcionan; no tenemos agua potable, la que bebemos, aparte de microorganismos y también renacuajos, tiene un altísimo nivel de arsénico. Vivimos en medio de nuestros propios excrementos, de las moscas y las ratas que ya han comenzado a reproducirse vertiginosamente en aquel ambiente de suciedad y basura. Hacemos lo posible para eliminar la suciedad de las manos, porque no nos proporcionan materiales, debemos sacar hasta los propios excrementos. Pero no sólo esa basura nos rodea, también la basura humana nos rodea y "cuida": nuestros carceleros.

Porque basuras humanas y no otra cosa puede decirse de los oficiales de guardia en aquel período; quienes habilitaron, en las afueras del campamento, en una de las tantas casas abandonadas, un centro de torturas, a la puerta, calaveras pintadas sobre fondo negro y con dos tibias cruzadas. Un antiguo cepo de la salitrera, garrotes, magneto para la "picana eléctrica" etc, habían reunido las diabólicas mentes de aquellos oficiales con objeto de amedrentar y golpear a la veintena de jóvenes menores de edad que había con nosotros. Fueron amenazados de ser fusilados en el acto si decían una palabra de lo que habían visto o recibido, también fueron agredidos sexualmente. La Comandancia del Campo la ejercía el mayor von Krischmann y el capitán Minoletti.

NUEVAMENTE UN SUICIDIO

Ya en el mes de enero existe otra guardia en el campo; éstas se irán rotando para evitar que los prisioneros puedan confraternizar con la tropa "es peligroso porque son de la misma clase"; en la dirección del campo está el Mayor Ravest San Martín y lo secunda otro fascista declarado, el capitán Santander.

Sigue el maltrato físico y la presión sicológica en contra de los detenidos, a toda hora y en todos los detalles se hace sentir el peso del tratamiento y ablandamiento psicológico a que estamos siendo sometidos. La situación llega al punto crítico, se ha vuelto intolerable. Obviamente quieren desatar la explosión nuestra para, con ese pretexto, justificar una mayor represión. En aquel infierno, en aquel clima de inseguridad y provocación, un obrero y dirigente campesino de apellido Vega, que había resistido brutales torturas, no soporta más y se suicida colgándose de una viga en una de las casas del interior del campo.

En aquel período habíamos conseguido autorizaran recibir y enviar una carta de una carilla a la semana, cartas que por cierto eran sometidas a estricta censura previa por parte de los militares. Pero aquella garantía conquistada por los prisioneros también era usada por nuestros carceleros para hundirnos en la desesperación y la angustia: nuestras cartas o, mejor dicho, parte de ellas eran quemadas, de ese modo una parte importante de nuestros compañeros no recibía noticias de sus familiares y así aquellos esbirros intentaban destruirnos moralmente. ¿Qué pasaba con las familias de aquellos compañeros? ¿Habían sido asesinadas? ¿Aún no sabían el paradero de nosotros? ¡Cuánta desesperación y angustia nos causaba el dolor de aquellos hombres, cuánto daño nos causaba esta siniestra maquinación que realizaban con ese débil y esporádico hilo que nos acercaba a nuestros seres queridos y, sobre todo, cuanta lágrima y dolor les causaba a nuestras madres y esposas quienes tenían pleno derecho a pensar lo peor! Recuerdo las humildes mujeres que más tarde, cuando podíamos recibir visitas, llegaban al campo pre-

guntando por sus maridos o sus hijos, cuántas de ellas habían ya recorrido Chile a todo su largo, cárcel por cárcel, campo por campo, preguntando por su ser querido y desaparecido; recuerdo las lágrimas de sus voces dolidas de tanto preguntar y de tanto silencio corno respuesta. Es, sin duda, mayor el daño que la prisión causa a nuestras familias, que a nosotros mismos.

TRABAJOS FORZADOS EN CHACABUCO

Bajo la Comandancia del mayor Farías y de su segundo, el teniente Alexander Ananihas, se establecen, ya en forma sistemática, los trabajos forzados en Chacabuco. Hasta la fecha nuestros trabajos consistían principalmente en la limpieza y arreglo de las instalaciones del interior del campamento que, siendo obligatorias, al fin de cuentas también producían algún beneficio para nosotros, en el sentido de mejorar las pésimas condiciones materiales en que estábamos, pero bajo esta guardia comienzan a sumarse una serie de proyectos nacidos de la ignorancia, del desprecio, que por nosotros y el ser humano sentían nuestros carceleros, de la ambición de éstos, y de su objetivo, siempre en pie, de destruirnos física y moralmente.

Durante largas y fatigosas jornadas dejábamos todas nuestras energías, parte de nuestra vida, en una tan inútil como imposible canalización del agua filtrada por la copa de almacenamiento que nos surtía a través de las ardientes arenas de la pampa salitrosa. A los pocos centímetros el agua desaparecía para hundirse y ser tragada por aquellas resecas arenas de salitre y mineral, sin embargo nos obligaban a seguir trabajando, sudando bajo temperaturas de más de 40 grados al sol, sin agua y también casi sin herramientas, prácticamente con palos y trozos de metal. Por cada tres prisioneros colocaban un guardia con una ametralladora, era la ayuda moral de los militares.

Siendo el desierto chileno el más árido del mundo los militares inventan convertir el campo de Chacabuco en un vergel.

Duras jornadas soportamos picando y moliendo a pala y chuzo, la tosca salitrosa de aquel duro suelo que pretendían enverdecer, mientras nosotros preparábamos el suelo, en las noches los militares destruían nuestro trabajo.

Pero también inventaron trabajos forzados en relación con la ambición de dinero de nuestros carceleros. Descubrieron que la oficina salitrera era una mina de oro, vendían las piezas metálicas y tuberías que allí quedaban a la fundición de Mantos Blancos. Durante meses llevaron adelante este pingüe negocio que iba a parar a los bolsillos de los oficiales a cargo de nuestra custodia, en tanto que para nosotros significaba la explotación a punta de fusil de nuestra fuerza de trabajo prisionera en las garras del fascismo.

En aquel período por fin se consigue autorización para recibir visitas de nuestros familiares, quienes, con la ayuda del Comité pro Paz encabezado por la Iglesia, lograron arribar en grupos pequeños a Chacabuco. Sin embargo nuestra alegría se torna en dolor e impotencia cuando sabemos que nuestras madres o hermanas son vejadas y ultrajadas cuando son sometidas a una morbosa revisión por parte de los militares quienes las obligan a desnudarse antes y después de ingresar al lugar acondicionado para las visitas, lo que por cierto se hace en presencia de las miradas vigilantes de los militares.

MONTAN UNA PROVOCACIÓN

Quienes están a cargo nuestro no descansan ni descartan ninguna posibilidad para golpearnos, para vejarnos y destruirnos. Una parte importante de los detenidos ya no conservamos con nosotros documentos de identidad puesto que habían sido destruidos o extraviados por nuestros carceleros. Para remediar aquella situación nos hacen llenar los formularios correspondientes, nos sacan las fotografías y las huellas dactilares; al mes llegan nuestras cédulas de identidad y en ellas aparece, como

domicilio, nada menos que Chacabuco. Todo el mundo en Chile, y sobre todo las fuerzas encargadas de la represión, saben que en Chacabuco sólo existe el campo de concentración; por lo que aquel documento nos indica como proscritos durante los próximos diez años. Nadie podrá encontrar trabajo con aquel documento y todos quedamos expuestos a ser encarcelados nuevamente si por cualquier motivo somos revisados por una patrulla militar o policial en cualquiera de los constantes allanamientos y revisiones que a diario se hacen en la vía pública.

En el mes de mayo el Comandante Moya, oficial del Estado Mayor de la Primera División de Ejército, decide inspeccionar Chacabuco en su calidad de responsable máximo de los campos de concentración y cárceles de la zona norte. A su llegada ordena un gran operativo de allanamiento a nuestras viviendas, refuerza la dotación de personal militar en el campo. Luego sabemos que, como resultado de su visita, ha aparecido en Antofagasta una exposición que muestra objetos contundentes y cortantes supuestamente encontrados a los prisioneros de guerra de Chacabuco; han llamado a la prensa para dar a conocer que en Chacabuco se ha descubierto un intento de plan de amotinamiento y fuga. Aquello no era otra cosa que una maquiavélica provocación montada por el Comandante Moya para justificar sus planes de ajusticiar a varios de nosotros sin juicio ni proceso, apelando una vez más al expediente del intento de fuga. La intervención pronta y decidida de la Iglesia, así como nuestra disciplina a toda prueba, desbarata el siniestro y criminal plan.

Ante el fracaso del plan urdido por el Comandante Moya, éste, herido en su amor propio, dispuso severas sanciones en contra de todos los detenidos de Chacabuco. Por días suspendió la comida, anuló la autorización de enviar y recibir correspondencia de nuestros familiares y dispuso nuevos y más penosos trabajados forzados.

Durante los trabajos forzados dispuestos por el Comandante Moya tuve un accidente. Sobre mi cabeza cayó una pesada pieza

de fierro que me hizo una herida de varios centímetros. Como ésta sangraba mucho, decidieron enviarme al hospital de campaña del campo para curarme. Para desgracia mía, en aquella época estaba de oficial de seguridad el teniente Sergio Canals, quien alguna vez fue estudiante de primer año en la Facultad de Odontología y por alguna razón se cambió a la carrera militar, pero que ejercía en Chacabuco la función de cirujano, claro está sin tener la competencia para ello. Me vi obligado a aceptar que me interviniera en la cabeza, la cosió como sabía, de la peor forma y luego se infectó. Lo más peligroso era que, motivado en su frustrada aspiración, este oficial participaba en cuanta operación se hacía en el campo y éstas se hacían por cierto en los cuerpos de los detenidos quienes no teníamos derecho a reclamo. El hospital, en definitiva, también era un frente desde el cual se nos golpeaba; allí enviaban a dar atención médica a pediatras o ginecólogos; en lugar de medicamentos y antibióticos se nos daba un Mejoral o una vitamina "C". Quienes se decidían a asistir al dentista debían admitir les extrajeran el diente o muela enferma; no había que perder materiales con los prisioneros, porque "no son gente".

LOS PRESOS REPRESENTAN EL HUMANISMO: LOS CARCELEROS EL FASCISMO

Miles eran las violaciones a los derechos elementales del hombre que se cometían por parte de nuestros carceleros en nuestra contra y en contra de nuestras familias. Abusos de toda índole, desde robarnos los alimentos enviados por los nuestros hasta los trabajos forzados para enriquecer los bolsillos ya repletos de dólares de los oficiales encargados de nuestra custodia, pasando por el maltrato físico y la presión sicológica. Maltrato físico, expresado no sólo en el manejo de los detenidos para el rodaje diario del camino, manejo que se hace como si se tratara de arrear o contar animales; sino maltrato físico así mismo en la tortura, porque en Chacabuco también se instaló un centro de interro-

gación y tortura. A ese centro de flagelaciones fueron llevados durante varias noches tres compañeros de la CUT de Concepción; allí les aplicaron corriente eléctrica y les golpearon hasta la inconsciencia. Nuestros carceleros, no todos, claro está, eran el rostro siniestro y cruel del fascismo chileno.

Al otro lado de las alambradas y también al otro lado de las ideas, estábamos los presos, los hombres que soportan estoicamente el hambre, el frío, la incomunicación, la presión sicológica y la tortura; sólo por el delito de ser del pueblo, de luchar por los más puros ideales de la humanidad, la libertad y la justicia social. Esos hombres presos, vejados, humillados, debilitados y enfermos eran capaces, en todo minuto, en su conducta práctica, de reivindicar los valores humanos, hacer de la amistad, de la hermandad, del amor y de sus ansias de lucha, el pan que nos faltaba, el calor del hogar a que éramos privados; esos hombres eran capaces de construir de la nada, del dolor y de la ausencia de su hermano asesinado, un mundo infinitamente más humano y cálido que el de orgías y dólares de nuestros carceleros, que se hallaba al otro lado de la alambrada, el mando de la sangre y la traición a Chile.

Al otro lado de la alambrada estaban los presos, aquellos que jamás perdieron su condición de hombres, ni en los momentos en que las bestias del otro lado de la reja actuaban con mayor ferocidad; aquellos que esa noche fría de desierto, desafiando con su propia vida las bocas negras de las ametralladoras de las atalayas, acudieron en masa a la puerta del campo a ofrecer su sangre para salvar la vida de aquel muchacho que, vistiendo el uniforme militar se le había disparado un tiro durante su guardia, pero que para nosotros antes que nada era un ser humano, un joven que hoy cumplía el papel de instrumento de la represión y dominación del imperialismo y la burguesía, pero que mañana con el triunfo del pueblo, podrá nuevamente abrazar a sus hermanos de clase, podrá liberarse de las garras del fascismo para conquistar nuevamente su condición de ser humano.

SOY LIBERADO MIENTRAS ENCARCELAN A MIS HERMANOS

El 30 de julio de 1974 soy liberado gracias a la fuerza de la solidaridad internacional. Mientras yo y cincuenta compañeros más abandonamos Chacabuco rumbo a nuestros hogares, más de sesenta compatriotas llegan al campamento en los mismos transportes que nos llevarán a nosotros. En Chacabuco, a nuestra partida, quedaron cerca de 700 chilenos que, sin cargo ni proceso, cumplen una condena que nunca ha sido dictada, una condena que, teniendo principio, no tiene fin.

Escribo y entrego este testimonio con la esperanza de ayudar a poner fin a esa injusta condena que oprime el corazón de todos los chilenos amantes de la libertad y la vida.

LUIS ALBERTO CORVALÁN CASTILLO

Segunda parte del testimonio de Luis Alberto Corvalán Castillo

ACUSACIONES

ACUSO EN NOMBRE DE MIS HERMANOS CAÍDOS Y DE MIS COMPAÑEROS DE PRISIÓN

Acuso, en primer lugar, al imperialismo norteamericano.

El asesinato de miles de patriotas, la persecución, la cárcel y la tortura de otros centenares de miles; el drama y el dolor de más de 70 mil niños chilenos hoy huérfanos, el hambre y la miseria que vive hoy mi pueblo es, en primer lugar, responsabilidad del imperialismo norteamericano.

Son las grandes compañías multinacionales quienes, en función de preservar sus intereses, a sangre y fuego, arrasan con la vida de los pueblos e imponen como última y más feroz forma de dominación el fascismo.

Es el imperialismo el primer responsable del golpe fascista en Chile. Fue el imperialismo norteamericano quien creó y mantuvo el bloqueo económico al Gobierno del Presidente Salvador Allende; quien financió la contrarrevolución. Fue en las Academias de Guerra de Panamá y Texas donde los generales traidores y los oficiales torturadores recibieron instrucción militar para oponerse al pueblo y servir incondicionalmente al gran capital internacional.

A poco más de un año del asesinato del Presidente Allende, existen pruebas suficientes para sindicar al Gobierno de los Estados Unidos como el responsable mayor de la más brutal agresión imperialista en contra del pueblo chileno. Ha sido el propio Presidente de los Estados Unidos, Gerald Ford quien, el 16 de

septiembre pasado, ha reconocido públicamente que la CIA financió a periódicos y partidos políticos de la oposición, para "desestabilizar" al Gobierno del Presidente Allende; es decir, que la CIA se limitó a ejecutar la política elaborada por el "Comité de los Cuarenta", y que tales acciones se justifican porque "fueron para bien de los intereses de Chile y de nuestro país".

Denuncio y sindico a la ITT, ANACONDA, KENECOTT, FORD MOTORS, DOW CHEMICAL, RALTON PURINA, EXIMBANK, BANCO MUNDIAL, BANK OF AMERICA, FIRST NATIONAL CITY BANK, BANCO INTERAMERICANO DE DESARROLLO, COMITÉ DE LOS CUARENTA, CIA, WILLIAN COLBY, HENRI KISSINGER, RICHARD NIXON, Y GERALD FORD, ASÍ COMO A TODAS LAS EMPRESAS IMPERIALISTAS CON INTERESES EN CHILE, como los responsables principales del genocidio contra el pueblo chileno.

Testimonio en nombre de mis compañeros de prisión y en el mío propio, haber visto y constatado la presencia de policías brasileños y asesores norteamericanos, vestidos de civil o con el uniforme chileno, en campos de concentración y centros de torturas. Testimonio tener conocimiento de la participación directa de estos agentes policiales del imperialismo en las sesiones de tortura y exterminio a que éramos sometidos.

ACUSO A SUS LACAYOS, LOS GENERALES DE LA JUNTA MILITAR:

Acuso y sindico como responsables directos de los crímenes y de los atropellos y violaciones a los derechos humanos, sindicales y políticos a los cuatro generales traidores que hoy forman la camarilla fascista que gobierna Chile, quienes, pasando por encima de la Constitución y las leyes, asesinando al Presidente Salvador Allende y a miles de patriotas, se apoderaron del gobierno para, desde allí, servir intereses de sus amos: el imperialismo y la burguesía nacional.

Los acuso de entregar las riquezas básicas y la industria al capital extranjero. Los acuso de entregar la banca y la tierra de

los campesinos a la oligarquía. Los acuso de sumir en la cesantía, el hambre y la miseria, a todo el pueblo con el fin de preservar el sistema de explotación capitalista en Chile. Los acuso de cometer asesinatos e infligir torturas, prácticas diarias para impedir que el pueblo se levante por sus derechos.

Los acuso en nombre de mis hermanos caídos y de mis compañeros de prisión. Los acuso de robarle a Chile su libertad, de vender su soberanía, de asesinar y exterminar al pueblo.

Los acuso de agresión y ocupación imperialista por ENCARGO.

ACUSO A LOS CÓMPLICES Y EJECUTORES DIRECTOS DE LA BARBARIE:

No me es posible por la fragilidad de la memoria y porque siempre los fascistas tuvieron el cuidado de esconder sus crímenes o mantener en secreto la identidad de los autores materiales; sindicar con nombre y apellidos a los ejecutores directos de la barbarie que presencié o conocí durante mis once meses en los campos de concentración, en calidad de prisionero de guerra de la junta militar fascista chilena. Comienzo por tanto reconociendo lo limitada y precaria que resulta esta acusación ante tanto crimen y atropello a los derechos elementales del hombre, perpetrados por los esbirros de Pinochet.

1) Acuso al coronel Jorge Espinoza, comandante del Campo de Concentración del Estadio Nacional y luego Secretario Ejecutivo del Comité Nacional de Detenidos.

a. De ser responsable directo del asesinato de, por lo menos, dos prisioneros y del suicidio de un tercero, todos ocurridos en el campo de concentración del Estadio Nacional bajo su mando. Los nombres de las víctimas son para mí desconocidos; sí puedo indicar las circunstancias en que murieron por cuanto fui testigo del desarrollo de tales acontecimientos. El primer asesinado era un obrero agrícola de la Granja Avícola Cerri-

llos de la Comuna de Maipú; quien fuera ultimado a tiros la noche del 14 de septiembre de 1973 por la guardia de carabineros de turno, cuando era ingresado al Estadio Nacional. El segundo asesinado era un ciudadano brasileño, quien falleció en el hospital de campaña instalado en el interior del Estadio, murió como producto de las torturas que personal militar chileno y policías brasileños le infligieran en los interrogatorios del velódromo y como producto de una oclusión en el tubo digestivo derivado de los golpes y de la alimentación a que éramos sometidos, obstrucción que no fue operada por orden de la comandancia del campo. El nombre del coronel Espinoza fue denunciado, en esa oportunidad, por la esposa de la víctima al Alto comisionado de la Cruz Roja Internacional, señor Lemann. El tercero, también chileno, se suicidó colgándose de un cinturón en uno de los baños centrales del sector de la maratón. Fue empujado a tal determinación por el clima asfixiante a que fue sometido en innumerables sesiones de torturas.

b. De ser el responsable visible de mayor graduación en el Estadio, de las torturas, hambre, frío e incomunicación a que fuimos sometidos durante sesenta días alrededor de 30 mil personas que pasamos por ese campo de concentración.
c. De chantaje y extorsión en la persona de mi madre, por cuanto exigían de ella una declaración firmada en la cual renegaba del gobierno popular y de mi padre a cambio de mi libertad.

2) Acuso al mayor von Krishman y al capitán Minoletti. El primero, comandante del Campo y el segundo teniente de Seguridad, ambos de la primera División de Ejército.

a. De maltrato físico y tortura en contra de los 900 y tantos prisioneros trasladados del Estadio Nacional al Campo de Concentración de Chacabuco en la primera quincena de noviembre de 1973 y con motivo de la inauguración del Campo. De despojo y usurpación de las medicinas y alimentos que con

mucho esfuerzo nos entregaron nuestros familiares en Santiago, antes del traslado.

b. De presión sicológica, maltrato y morbosa agresión sexual, en contra de veinte menores de edad detenidos en Chacabuco y cuyos nombres conoce el Comité pro Paz en Chile auspiciado por la iglesias.

3) Acuso al mayor Retest San Martín y al capitán Santander; primero Comandante del Campo y el segundo Capitán de Seguridad, ambos de la Primera División de Ejército.

a. De maltrato físico y presión sicológica en contra de los prisioneros de Chacabuco.
b. De ser los responsables del suicidio del compañero obrero y dirigente campesino de apellido Vega; quien se ahorcó en el interior del campamento.
c. De quemar las escasas correspondencias autorizadas con nuestros familiares.

4) Acuso al mayor Farías y al teniente Alexander Ananhias, el primero, Comandante del Campo, y el segundo teniente de Seguridad ambos de la Primera División de Ejército.

a. De obligarnos a cumplir trabajos forzados durante fatigosas y penosas jornadas de hasta diez horas a pleno sol de la pampa. El producto de tales trabajos iba por cierto a parar a los bolsillos de ambos militares.
b. De ultraje y vejación a nuestras madres, esposas y hermanas, sometidas a morbosa revisión antes y después de ingresar al campo con motivo de las visitas autorizadas por orden superior.

5) Acuso al comandante Moya, oficial del Estado Mayor de la Primera División de Ejército y responsable de los campos de concentración de la zona norte.

a. De montar una provocación ruin, deleznable, en el mes de julio de 1974, en contra de los prisioneros de Chacabuco, con

el fin de llevar a cabo un ajusticiamiento masivo de los detenidos.

6) Acuso al teniente Sergio Cannals, del Regimiento Esmeralda de la Primera División de Ejército y Teniente de Seguridad del Campo de Concentración de Chacabuco.

a. De practicar la medicina; en concreto, de participar o realizar intervenciones quirúrgicas en los cuerpos de los detenidos sin tener preparación para ello y motivado tan solo en la necesidad de responder a su frustrada aspiración de estudiante de odontología donde no completó siquiera el primer año de estudio. Testimonio que el Teniente Sergio Cannals me intervino quirúrgicamente en la cabeza, lugar en el cual tenía una herida que me produje en los trabajos forzados.

LUIS ALBERTO CORVALÁN CASTILLO

SOLIDARIDAD

Último discurso de Luis Alberto Corvalán Castillo, pronunciado el 17 de octubre de 1975, en el mitin de solidaridad que se celebró en Blagoevgrad durante el I Festival de la Canción Política Amapola Roja

QUERIDOS AMIGOS Y COMPAÑEROS:

La solidaridad internacional, sustancia de los sentimientos internacionalistas de los pueblos, es una vertiente inagotable de estímulo para la dura lucha del combatiente chileno, que se ha transformado, sobre todo, en una fuerza de carácter estratégico que a diario ayuda a crear en Chile las condiciones para que el pueblo, uniéndose en el Frente Antifascista, avance a paso firme hacia la victoria final. Desde esta perspectiva es que saludamos a nombre de la juventud chilena al Primer Festival de la Canción Política, que nuestros hermanos del Komsomol Dimitroviano han organizado en la ciudad de Blagoevgrad. En él se escuchan las voces de los pueblos del mundo y su decisión de luchar incansablemente por la causa de la paz, el progreso social, la justicia y el socialismo. Hoy, cuando el imperialismo y la burguesía nacional han impuesto en nuestra patria la última y más extrema forma de dominación, el fascismo; cuando matando a Víctor Jara han querido asesinar el canto rebelde de la juventud chilena; cuando se ha condenado al hambre y a la miseria a la inmensa mayoría de los chilenos; cuando del asesinato, de la tortura y de los campos de concentración se hace una norma diaria, surge en los minerales, en las fábricas, en las escuelas y en el campo, la resistencia antifascista del pueblo que, expresada en mil formas y combates, va forjando la unidad de las fuerzas democráticas y progresistas que luchan por poner fin al crimen y a la barbarie, para romper las cadenas de la opresión y retomar el camino de los cambios revolucionarios.

A pesar de la tortura y el crimen, a pesar del hambre y la represión, nuestro pueblo está combatiendo. Combate por la libertad, por su dignidad, combate por la vida.

Con los puños apretados por la ira contenida va creciendo el canto de lucha de los obreros. Ni las balas ni los campos de concentración pueden impedir que crezca la lucha de los pobres por el pan, de los humildes por el techo, de los campesinos por la tierra, de la mujer por sus hijos. Esta lucha del pueblo chileno es parte de la lucha de los pueblos oprimidos y explotados por el imperialismo, lucha que, en nuestra época, está marcada por el avance y el progreso de las ideas del socialismo en el mundo, por la histórica victoria del pueblo portugués que, de pie, sigue resistiendo la agresión artera y criminal de las fuerzas reaccionarias e imperialistas.

La solidaridad internacional es una fuerza inmensa en la lucha de los pueblos en contra del fascismo y del, imperialismo. La liberación de Chile, el avance de la revolución en Portugal, el fin de los crímenes fascistas en España el éxito de la lucha de liberación de todos los países de Asia, África y América Latina, está íntimamente ligada al desarrollo y al fortalecimiento del campo socialista que, encabezado por la gloriosa Unión Soviética, es el pilar fundamental y conductor de la solidaridad internacional en el mundo.

Es por ello que hoy, junto con agradecer a nombre de la juventud chilena y desde esta tribuna antiimperialista, que es el Primer Festival de la Canción Política, todo cuanto ustedes, queridos camaradas han hecho y hacen en solidaridad con nuestro pueblo, queremos llamarlos a redoblarla, a hacerla cada día más grande y poderosa. Desde esta tribuna llamamos a la juventud del mundo a participar en lo que debe constituir la jornada más grande que cierre este año de lucha antiimperialista y de solidaridad con el pueblo de Chile, nos referimos a la Conferencia Mundial de Solidaridad con el pueblo de Chile que se realizará en Atenas entre el 13 y el 17 de noviembre.

¡Solidaridad internacional para repudiar y frenar los crímenes de la Junta fascista!

¡Solidaridad internacional para apoyar la justa lucha del pueblo chileno!

¡Solidaridad internacional para impedir la ayuda de las fuerzas reaccionarias e imperialistas a la Junta fascista chilena!

¡Solidaridad internacional para impedir que el fascismo condene a Luis Corvalán y a los dirigentes de la Unidad Popular prisioneros y salvar sus vidas!

¡La solidaridad ayuda a vencer!

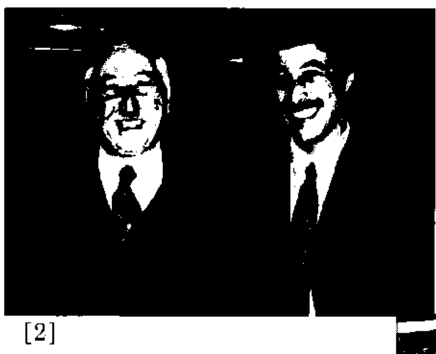
¡Viva el internacionalismo proletario!

¡Viva la lucha heroica del pueblo chileno!

¡Venceremos!



[1]



[2]



[3]

[4]





[5]

Detenidos del Nacional Recibieron a Parientes

7 ABRIL -74

AQUÍ APRENDÍ A CONOCER
LAS MANOS DE LOS OBREROS
SON ESAS MANOS LAS QUE HACEN
GUITARRA, POEMA, CANCIÓN, FÁBRICA
HISTORIA, AMOR
SON ESAS MANOS LAS QUE HACEN
LA VIDA.

CONE → Chau!

JD

[6]



[7]



[8]



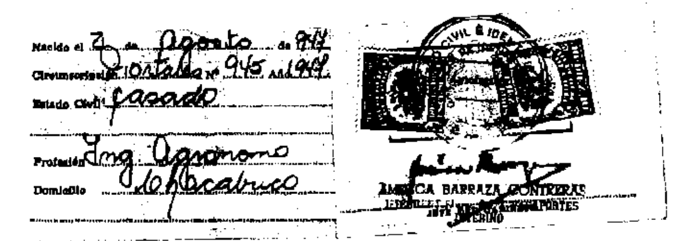
[9]


[10]


[11]

[12]


[13]


Nacido el 7 de Agosto de 1944
Circunscripción Ortalda N° 945 Año 1949
Estado Civil casado
Profesión Ing. Agrónomo
Domicilio 16 Pocabuco

AMÉRICA BARRAZA CONTRERAS
JEFE ... PASAPORTES
INTERINO

[14]

[15]

Luis Alberto Corvalán
ESCRIBO SOBRE EL DOLOR Y LA ESPERANZA DE MIS HERMANOS

Luis Alberto Corvalán
PRAVDA O BOJI

ЛУИС АЛБЕРТО КОРВАЛАН

LUIS ALBERTO CORVALAN
ESCRIBO SOBRE EL DOLOR Y LA ESPERANZA DE MIS HERMANOS

Луис Альберто Корвалан

Luis Alberto Corvalán
Schmerz und Hoffnung meiner Brüder

1.- 21 de enero de 1972. En el día de su matrimonio con Ruth Vuskovic. De pie, acompañado de su suegro, el ex Ministro de Economía del Presidente Allende, Pedro Vuskovic Bravo, y su padre, el senador Luis Corvalán Lepez. Abajo, sentados, Pedro Vuskovic Sansoevic, abuelo paterno de Ruth; Anselmo Céspedes, abuelo materno de Ruth y Víctor Castillo, su abuelo materno.

2.- Con su padre, el senador y Secretario General del Partido Comunista, Luis Corvalán, en Chile, poco antes del golpe militar.

3.- Lily Castillo, madre de Luis Alberto, compartiendo con Hortensia Bussi de Allende.

4.- 28 de diciembre de 1973. Diego Corvalán Vuskovic, en brazos de su abuela Lily Castillo de Corvalán, celebra su primer cumpleaños, sin sus padres, Luis Alberto y Ruth, ambos encarcelados.

5.- Poco antes del traslado al campo de concentración de Chacabuco, la dictadura permitió una visita de familiares a los presos políticos del estadio nacional. En la foto de prensa, su madre, Lily Castillo visitó a Luis Alberto, quien aparece tras la reja con su hijo, Dieguito, en brazos.

6.- Manuscrito : En un rincón de Chacabuco, en un papel utilizado como planilla de pago en los tiempos de las oficinas salitreras, Luis Alberto escribió lo siguiente.

"*Aquí aprendí a conocer*
las manos de los obreros.
Son esas manos
las que hacen guitarra,
poema, canción,
fábrica, historia, amor.
Son esas manos
Las que hacen la vida."

7.- En cuanto llegó al exilio, Luis Alberto se dedicó intensamente a las actividades solidarias con la resistencia chilena y, en particular, por la liberación de su padre, el senador Luis Corvalán Lepez.

8.- Durante una manifestación solidaria en la República Democrática Alemana, aparecen, de izquierda a derecha, su hermana María Victoria, su esposa Ruth y su hermana Vivian.

9.- Al salir de la cárcel, es recibido en Moscú por Evgeni Tiayelnikov, Primer Secretario del KOMSOMOL de la URSS.

10.- Durante una manifestación estudiantil de solidaridad con Chile, en Bulgaria.

11.- Con Gladys Marín, en la plaza roja de Moscú, tras depositar una ofrenda floral en el Mausoleo de Lenin.

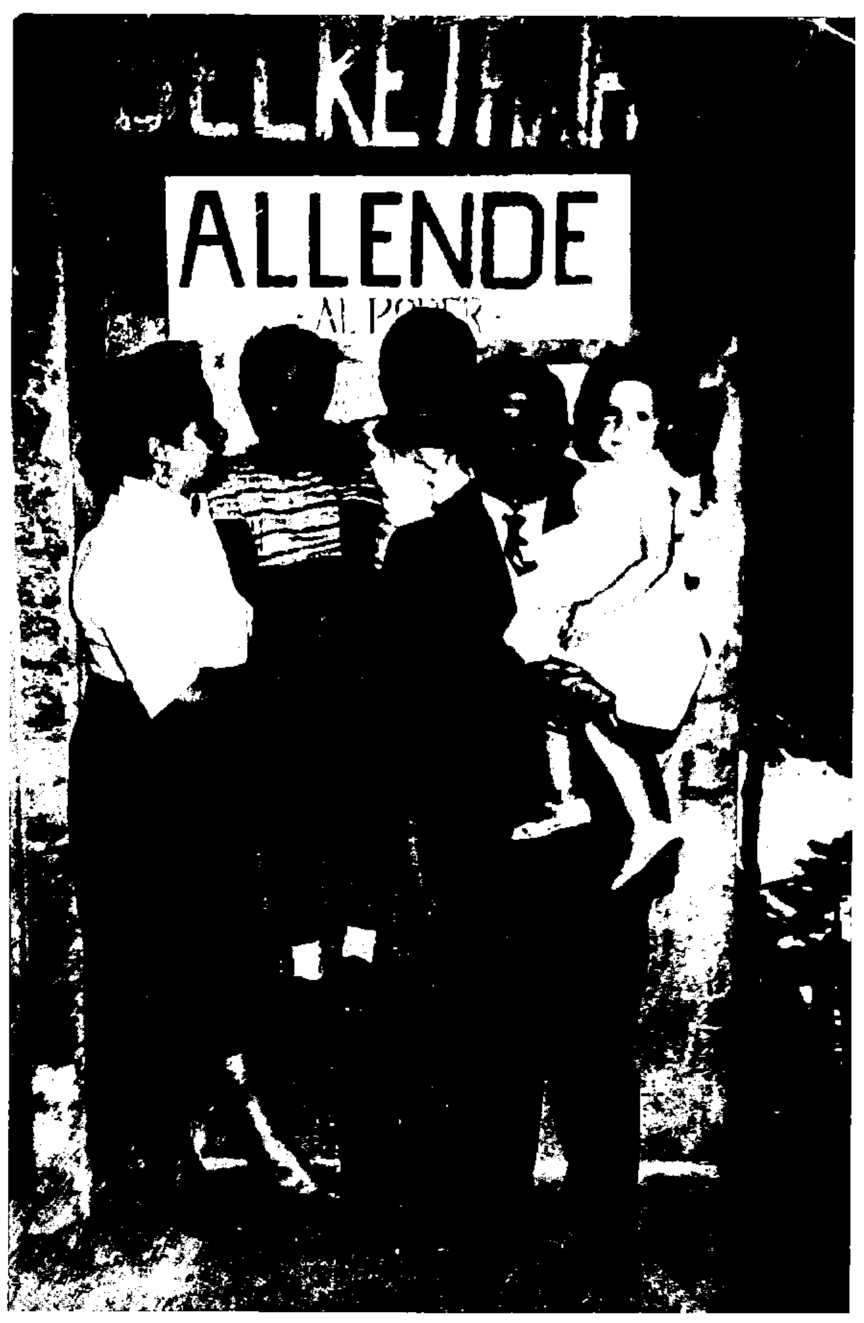
12.- Durante su permanencia en este sanatorio, situado en las afueras de la capital búlgara, Luis Alberto permaneció internado por exigencia de los médicos. Fue allí donde se dedicó a escribir la mayor parte de los originales de este libro, hasta pocos días antes de su muerte.

13.- Con el Conjunto Quilapayún, durante un mitin de solidaridad con Chile.

14.- Carnet de identidad entregado por los militares. Nótese que en el espacio para "domicilio" aparece : "Chacabuco".

15.- Ediciones de este libro en distintos países y en Chile bajo la dictadura

Índice



En la foto de izquierda a derecha: su madre Lili Castillo, su hermana Lily, Luis Alberto, su padre Luis Corvalán y su hermana Vivian

AGRADECIEMIENTOS

Ruth Vuskovic y Diego Corvalán agradecen —aunque tardíamente— de todo corazón, la valiosa cooperación de quienes ayudaron a publicar la primera edición sin la cual habría sido imposible esta segunda.

LILY CORVALÁN
RODRIGO INSUNZA
ANDREA INSUNZA
SHAIRA SEPÚLVEDA
FAMILIA BENAVENTE
GRACIELA GAJARDO
MARIO URZÚA
MANUEL CABIESES
OSIEL NÚÑEZ
HERNÁN VENEGAS
EULOGIO SUÁREZ
JORGE MONTEALEGRE
HENRY CRISÓSTOMO P.



Luis Alberto Corvalán, su hijo Diego y su esposa, Ruth Vuskovic

Luis Alberto Corvalán Castillo es un fiel exponente de la generación de los años sesenta, entregado en cuerpo y alma a la noble causa de la emancipación popular.
Tras el golpe de Estado cívico militar de 1973, fue encarcelado y sometido a castigos atroces, cuyas secuelas ocasionaron su muerte en 1975, poco tiempo después de su forzoso exilio.
Este es un testimonio sobrecogedor, que no alcanzó a concluir, pero que representa su mensaje para las jóvenes generaciones, a las que legó su integridad moral, su dignidad a toda prueba y su compromiso con la lucha libertaria y democrática de todos los pueblos del mundo.

Ediciones Tierra Mía